m$n 4

Marzo de 1964

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Más de 24 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 13 idiomas.



<u>Ni un centavo más le cuesta incluir</u> Nueva York y Miami en su viaje de ida o vuelta a Europa con Panagra-Pan Am Su pasaje de jet a Europa le permite hacer escala en Nueva York y Miami. ¡No se pierda las mil maravillas de la Feria Mundial de Nueva York que comienza el 22 de abril! Si lo desea, le prepararemos un "Plan de Crédito" especial para usted. Vea al Agente de Viajes de Panagra o visite la oficina de Panagra

¡MÁS JETS A MÁS CIUDADES!

PANAGRA

PAN AM

Así es la vida

En Palm Beach el invierno pasado estuve llevando en automóvil hasta una clínica a una amiga, varios días a la semana, para que recibiera tratamiento. Cada vez que aparcábamos el auto, un Rolls-Royce, echábamos una moneda en el reloj de estacionamiento y nos daba tiempo suficiente para la consulta. Cierto día la visita al médico se prolongó más de lo ordinario; sin embargo, a la salida comprobamos que el reloj aún marchaba e inclusive le quedaba bastante tiempo por correr.

Bajo el limpia-parabrisas encontramos un recado escrito que decía: "Noté que el reloj marcaba cero y me tomé la libertad de echar otros diez centavos. No podemos permitir que la policía afee un Rolls-Royce con una vulgar notificación de multa, ¿verdad? (firmado) Un mayordomo inglés que pasaba".

—H. F. L.

Este año, al iniciar mi carrera de profesor de primera enseñanza, resolví poner en clase los puntos sobre las íes. Terminé mi breve sermón advirtiendo a los muchachos que, para aprobar el curso, no bastaba "llevarle una manzana al profesor".

Aparentemente mis palabras tuvieron efecto. A la mañana siguiente uno de los alumnos se presentó con una enorme sandía. —C. W. T.

Muy temprano el sábado por la mañana papá fue al aserradero a comprar chapas de madera para arreglar la sala de recreo en casa. El encargado le preguntó:

—¿Prefiere usted esperar hasta el lunes para la entrega?

—La quisiera recibir hoy mismo, si es posible.

—Posible es —respondió el otro — pero siempre preguntamos primero. Algunos señores no quieren que se les entregue la madera el sábado, porque entonces sus esposas comienzan a acosarlos para que hagan el trabajo ese mismo fin de semana.

—C. P.

El viejo Bill había sido muy adicto a su sindicato, y era uno de los mejores mecánicos del taller. Cuando le llegó la hora de jubilarse le costó mucho trabajo adaptarse a la ociosidad. Tanto es así que se compró un auto viejo para desarmarlo y arreglarlo, y seis días a la semana se le podía ver entregado de lleno al trabajo. Un sábado, sin em-

bargo, no lo vi en el garaje. Llamé a la puerta de su casa para averiguar si estaba enfermo. Lo encontré perfectamente sano y le pregunté:

—¿No trabajas hoy?

—No —repuso con una amplia sonrisa de satisfacción—; no en balde conquistamos la semana de cinco días. — G. M.

TRASCURRIDOS unos meses después de someterse a una delicada operación quirúrgica, llevé a mi marido en el auto hasta el consultorio del médico para que lo mirara con rayos X. Al verlo salir, sumamente cariacontecido, le pregunté alarmada:

—¿Te encontró algo?

Sumido en la tristeza me contestó:

—Sí: el billete de veinte dólares que llevaba en la cartera y que estaba reservado para el nuevo equipo de pesca. — Sra. E. V. S.

SENTÍ nostalgia y pena cuando oí decir a mi hijita de diez años que pensaba ponerse rizadores para hacerse un peinado de moda, pues su determinación me hacía comprender cuán pronto pasa la niñez. Sin embargo, al poco rato quedé muy aliviada: al pasar por el cuarto de baño, observé que se estaba humedeciendo los bucles con una pistola de agua. — E. C.

LE PREGUNTARON una vez a mi madre si, ya que sus hijas estaban internas en la universidad, iba a participar más en las actividades del club. No titubeó en responder:

—Desgraciadamente no podré: es cierto que gané un automóvil, pero perdí vestuario. — C. M. D.

LE HABÍA ofrecido a la nueva vecina, que ya pasa de los 70 años de edad, llevarla en automóvil al supermercado. Al ir por ella salió de casa vestida tan elegantemente como si fuese a un té. Sorprendida de que se hubiese arreglado tanto para una simple salida de compras, le ponderé su atavío.

—No hago más que seguir el consejo que me dio mi madre hace muchos años — me dijo—. Le encantaba la equitación y siempre decía: "Nunca dejes de calzarte las espuelas; no sabe una cuándo encontrará caballo". — E. M. H.

MI HIJA discutía muy seriamente con su novio acerca de la importancia de llevar un presupuesto doméstico de gastos y ahorros. El muchacho estaba escandalizado por la falta de sentido práctico que demostraba la muchacha.

—Tomemos mi caso, por ejemplo —decía él—. No sólo tengo un título universitario, sino que cuento además con un capital de 7000 dólares. ¿Y tú con qué cuentas?

—Cuento contigo, mi amor —contestó ella sonriendo dulcemente—. Y con tu capital de 7000 dólares. — Sra. T. E. P.



Selecciones
del Reader's Digest

Tomo XLVII Nº 280 Marzo de 1964

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director de arte*: Emilio Gómez.

Administración

Douglas Mac Lean, *gerente*; Paul W. Thompson, *vicepresidente*; Marcos Kremzar, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Miguel Weil, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart* (*alemán*) Anne Mörike; *Cairo* (*árabe*) M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague* (*danés*) Onni Kyster; *Helsinki* (*finlandés*) Seere Salminen; *París* (*francés*) Pierre Dénoyer; *Montreal* (*francés*) Pierre Ranger; *Amsterdam* (*holandés*) Aad van Leeuwen; *Milán* (*italiano*) Mario Ghisalberti; *Tokio* (*japonés*) Seiichi Fukuoka; *Oslo* (*noruego*) Astrid Øverbye; *Río Janeiro* (*portugués*) Tito Leite; *Estocolmo* (*sueco*) Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

Cubierta: "Ave lira", por Tore Asplund

SELECCIONES
se vende
en las principales librerías
y puestos de periódicos

Argentina (m$n 40,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.

Bolivia ($b.2,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.

Colombia ($2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.

Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.

Chile (Eº 0,50*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.

Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.

Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.

El Salvador (60 cts.*) — PRODISA, Apartado Postal 1369, San Salvador.

Guatemala (Ø0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.

Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.

México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.

Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.

Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.

Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.

Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.

Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Uruguay ($4,00*) — A. M. Carcaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.

Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLVII, Nº 280, March 1964. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. *Impreso en Argentina*

Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Reconquista 319 - Buenos Aires

Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144









¿A quién le importa su motor Johnson?

(a más de 4,000 agentes Johnson)

El agente Johnson sabe que su negocio depende de clientes satisfechos. Por eso es que buen servicio es sumamente importante para él—y para usted. ■ La satisfacción del cliente comienza con la confiabilidad del motor Johnson. Por ejemplo, cada Johnson trabaja silenciosamente, y es resistente a la corrosión del agua de mar. Esta confiabilidad está respaldada por una garantía de 2 años en repuestos y mano de obra. ■ Nuestra línea Johnson 1964 incluye 14 modelos fuera de borda, 3 a 90 CF, y 3 unidades "Stern-Drive" de 88, 110 y 150 CF. ■ Vea al agente Johnson. ■ Outboard Marine International: Nassau, Bahamas, o Brujas, Bélgica.

Johnson es el primero en confiabilidad

Humorismo militar

En nuestra compañía, encargada del almacén de pertrechos, había un sargento tan tosco como útil. El único defecto que tenía era que cada seis meses, más o menos, salía de parranda y se metía en grandes líos. El comandante entonces le quitaba temporalmente los galones.

Últimamente le dieron un permiso de tres días para ir a Honolulú; allí se emborrachó y la policía militar lo metió preso. A la mañana siguiente lo mandó llamar el comandante para pedirle una explicación. El sargento reconoció que había hecho mal, pero, remangándose la camisa, mostró la parte superior de los brazos y dijo: "A que no me los quita ahora".

De uno y otro lado se había hecho tatuar galones de sargento primero. —T. J. W.

Nos habían mandado al Asia sudoriental y, como allí el servicio doméstico es abundante, creí que iba a desaparecer el problema de invitar a mis amistades. La nueva cocinera parecía una joya y lo que guisaba para nosotros dos le quedaba tan sabroso que resolví dar mi primera comida. Mientras servía cocteles a los invitados, hice una visita de última hora a la cocina, en el patio de la casa, para asegurarme de que todo iba bien. Consternada vi que la criada se disponía a freír en abundante manteca los bistecs de cinco centímetros que yo había reservado para la ocasión. Le expliqué como mejor pude, por señas, que deseaba la carne asada a las brasas. Ella tenía una expresión de perplejidad mientras yo, angustiada, le señalaba una y otra vez, primero los bistecs, luego el carbón. Al fin se dibujó en sus labios una amplia sonrisa con la que me indicaba que había comprendido.

Llegada la hora de la cena, se sirvió debidamente a los invitados... En cada plato había un bistec de solomillo frito en manteca, y al lado un gran trozo de carbón. —J. G.

Lo peor del campamento de instrucción era sentirse uno totalmente aislado. Sin embargo, a la décima semana se permitió a nuestra compañía comprar una radio. Jamás se había visto grupo alguno de soldados que disfrutasen más de una cosa. El jefe nos advirtió que, si no aprobábamos la próxima inspección general, nos quitaría el receptor, mas ninguno dio importancia a su aviso. Haciendo averiguaciones en el cuartel del regimiento, nos cer-

Satisfaciendo pedidos

Hacemos referencia al anuncio publicado con anterioridad, cuyo título era "Sabe usted... cómo forman sus carteras los fondos comunes de inversión?"

Dicho anuncio motivó el envío de gran cantidad de cupones solicitando nóminas de las empresas que fueron seleccionadas para integrar la cartera de valores de fondos comunes de inversión.

Con el objeto de satisfacer la lógica curiosidad despertada al lector, nos limitamos a transcribir ahora la cartera de Fondo CRECINCO, correspondiente al 28 de enero de 1964, de la cual surge contestación a todas las preguntas que fueron formuladas. La misma está dividida en dos grupos: valores privados y valores en el exterior.

VALORES PRIVADOS

Nº acciones	
25.000	Panificación Argentina
7.000	Saint Hnos.
10.000	Noel y Cía.
4.000	Bonafide
19.999	Grafex pref.
5.000	Févre y Basset
30.000	Metalúrgica Tandil
15.000	Pirelli pref.
66.000	Ing. Ledesma
10.000	Ing. Tabacal
23.230	Cía. Argentina del Sud
20.000	C.A.P.E.A.
5.857	Zagazola
29.900	Inst. Rosembusch
20.000	Codex
5.930	Electromac
10.000	Galileo
30.000	Introductora Bs. As.
6.000	Comerc. del Plata
25.000	Domec
36.940	Odol
5.000	Eugenio Diez
20.000	Kasdorf
30.000	Ferrum
10.000	Hierromat
15.000	Corcemar
25.000	Santa Rosa
30.000	Mol. Río de la Plata
20.000	Sasetru
57.500	Papelera del Plata
20.000	Plavinil Argentina
10.000	Hulytego
17.800	Cía. Química
27.000	Electroclor
20.000	Ind. Petroq. Koppers
11.920	Transradio Inter., pref.
65.000	Alpargatas
7.515	Suixtil
14.000	Cía. Gral. Fósforos

VALORES EN EL EXTERIOR

23.000	Bco. Inter. Desarrollo
100	Royal Dutch Petroleum
100	W. R. Grace & Co.
100	Standard Oil N. Jersey
200	General Electric
100	Socony Mobil Oil

El lector que desee una mayor información relativa a este moderno y seguro sistema de inversión, podrá dirigir directamente el cupón adjunto, a Fondo Crecinco, Corrientes 545, 10º P., Buenos Aires.

NOMBRE ....

DIRECCIÓN ....

CIUDAD .... F. C. ....

OCUPACIÓN ....

AQUI ESTAN LOS FAVORECIDOS CON EL



El día 12 de febrero de 1964, en la sede de SELECCIONES del READER'S DIGEST, Bernardo de irigoyen 974, Capital, se realizó la EXTRACCION DE BONOS ante el escribano público Sr. Horacio Arturo Robredo Albarracín, Registro Nº 303.
De entre los 10068 bonos recibidos se extrajeron los tres favorecidos, que correspondieron a las siguientes personas:

1er. PREMIO (Bono Nº 36.716)
Sr. Carlos A. Fernández (Ciudadela)

2do. PREMIO (Bono Nº 101.663)
Sr. José Farhat (Cap.)

3er. PREMIO (Bono Nº 64.997)
Srta. Concepción Scardamaglia (Cap.)

LA DISCOTECA DE SELECCIONES agradece muy especialmente a todos los que han participado en este dividendo y felicita cordialmente a los amigos mencionados

cioramos de que no podía cumplir aquella amenaza.

Al fin llegó el día de la inspección. Sólo al resultar suspendidos nos dimos cuenta de lo que nos tenía reservado el jefe. Nunca olvidaremos la orden que nos dio: "Esa radio está muy sucia: desármenla y lávenla por dentro". —J. E. R.

FORMAN parte de la gran red defensiva de radar de los Estados Unidos muchos aparatos pequeños auxiliares. Dos técnicos uniformados habían ido a examinar uno de éstos y se detuvieron en un restaurante cercano a tomar café. Mientras les servían se les acercó un campesino del lugar. Les preguntó si tenían algo que ver con el radar que estaba un poco más abajo, al borde de la carretera. Al responderle afirmativamente, les dijo: "Pues debe estar estropeado, porque pasé por ahí a 120 kilómetros por hora y no me acusaron de infracción". —J. R. K.

DURANTE la guerra, en 1942, me mandaron a Europa en un barco que parecía hallarse en estado demasiado ruinoso para llegar sano y salvo al otro lado del Atlántico. Mas, si el gobierno lo creía seguro, ¿con qué derecho podía yo criticarlo? Tal razonaba, al menos hasta escuchar una conversación entre nuestro sargento de cocina, veterano de la primera guerra mundial, y uno de los tripulantes del buque:

—Este carcamal me recuerda a la vieja nave herrumbrosa en que

atravesamos el mar durante la pasada guerra —dijo el primero.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el otro.

—El *Château-Thierry*.

El marinero palideció y exclamó:

—Pues este es el *Château-Thierry*.

— T. J. K.

Al pasar por la sección de vehículos de un cuartel militar observé a un joven soldado que, de pie frente a un camión de dos y media toneladas, señalaba al nombre de "Betty", pintado en la cubierta del motor, y sonreía ampliamente mientras un compañero le tomaba algunas fotografías. Luego, armado de un trapo, borró la pintura, fresca aún. Lo seguí observando mientras pintaba el nombre de "Susana" en el mismo lugar y se hacía fotografiar de nuevo. Luego repitió la misma maniobra con "Patricia".

Picado por la curiosidad le pregunté:

—¿Qué significa esto?

Algo turbado, me contestó borrando el último nombre:

—Tengo que escribirles a tres muchachas de mi pueblo. A cada una le había prometido hacer pintar su nombre en mi camión y estaba tomando fotos para que vean que he cumplido. Pero —prosiguió— en realidad sólo un nombre podemos poner a nuestros vehículos.

Y diciendo esto alzó un patrón de estarcir y pintó sobre la cubierta las palabras: "Ejército de los Estados Unidos".

— G. F. D.

Sección de prensa

Del "Post-Times", de Palm Beach (Florida)

Travesía inocente

UN "TRAWLER" es una embarcación desde la cual se dirigen maniobras de pesca. La Unión Soviética y su satélite Cuba cuentan con muchos "trawlers". Éstos, sin embargo, no andan a la pesca de peces. Muchos de ellos van bien provistos de aparatos electrónicos. Con tal cargamento, no podrían trasportar muchos pescados; así pues, se dedican a la pesca de información, cosa que ocupa mucho menos sitio, desde luego.

El tráfico de "trawlers" rusos se ha vuelto tan denso en las aguas litorales de los Estados Unidos que una subcomisión del Congreso investigó la situación y de resultas de ello informó que el curso que a lo largo de las costas siguen muchas de las unidades de la flota roja "no es ni el más corto ni el más rápido para las naves pesqueras que van de los bancos pesqueros del Atlántico del Norte a Cuba".

La Armada y el servicio de guardacostas estadounidenses permiten el uso de esa ruta de acuerdo con la doctrina de "travesía inocente", doctrina según la cual "a toda nave que no amenace la paz, el buen orden o la seguridad del Estado marítimo debe permitírsele el paso por aguas jurisdiccionales".

La cuestión, no obstante, es ésta: ¿Hasta qué grado son inocentes esos "trawlers"? ¿No sería prudente tomar una determinación bien clara como, por ejemplo, llevar a uno de esos "trawlers" hasta un puesto de la Florida y desguazarlo?

Del "Herald Tribune", de Nueva York

Una mácula en la revolución

NGO DINH DIEM merecía de su país una mejor recompensa que la muerte que encontró en Saigón, poco hace.

Durante el primer año de su gobierno, Diem hizo frente, valerosamente, a no pocas amenazas, no sólo contra su misma autoridad sino contra el propio Vietnam del Sur. Fue una gran tragedia el que más tarde se mostrara indiferente a las necesidades y sentimientos de los vietnameses y que persistiera más y más en que su política estaba en consonancia con la soberanía de su patria. Evidentemente, tal tendencia había alcanzado un punto en que sólo podía ser corregida por la violencia. Esperemos, sin embargo, que algún día un Vietnam libre, unido e independiente sabrá rendir homenaje a las virtudes que en un principio adornaron a Ngo Dinh Diem, a pesar de que haya de condenar sus subsiguientes errores.



D•U•R•A•B•L•E de lavado a lavado!

Esta elegante creación fue realizada por el distinguido profesional Sr. Ernesto Famá, utilizando PANTEN + REFORZADOR, que aportó ductilidad, "armado" y belleza perdurable al peinado.

PANTEN + REFORZADOR, fórmula original de Laboratorios Pantène, Basilea, Suiza, acondiciona los peinados con vaporosa flexibilidad, manteniendo su impecable elegancia **entre lavado y lavado.** Elaborado con los mismos principios básicos de la Loción Vitaminizada PANTEN; garantiza cabelleras sanas y hermosas.

Solicite a su peinador una aplicación.

La LEGITIMA AMPOLLA se distingue por el rulo

Y LA MARCA REGISTRADA

PANTEN + REFORZADOR

FORMULA ORIGINAL DE PANTENE S. A., BASILEA (SUIZA)

Sección de prensa

Del "Plain Dealer", de Cleveland

Beneficios de la cooperación

CUANDO empresas y trabajadores obran de común acuerdo, tal cooperación logra resultados insuperables. Prueba de ello nos la han dado los contratistas y el sindicato de pintores de Cleveland.

Durante el último decenio el negocio de la pintura había venido decayendo gravemente, a un ritmo promedio de seis y medio por ciento al año. En 1963, el sindicato y los contratistas establecieron el Instituto de Pintura y Decoración. El sindicato renunció a los honorarios adicionales que sus componentes debían percibir por horas extraordinarias de trabajo durante la temporada de fríos, del primero de noviembre al primero de mayo, con lo que ahorró a las empresas industriales y comerciales unos 500.000 dólares, y proporcionó 100.000 horas más de trabajo a los obreros pintores. El Instituto emprendió una campaña de propaganda a fin de fomentar la pintura como profesión y colaboró con diversas instituciones financieras con objeto de facilitar a los dueños de casa medios para que ocuparan a los artistas de brocha gorda haciendo pintar su casa a plazos.

El resultado ha sido que la disminución de volumen en el negocio de la pintura se ha detenido y se sabe que en la actualidad ha aumentado un 1,4 por ciento.

Del "Journal American", de Nueva York

Mejor que un banquete

UN BANQUETE y algún regalo constituyen aún las normales demostraciones de estimación que se dan a un viejo empleado al despedirle, cuando le llega la hora de jubilarse; pero, ¿no habría otras formas de expresarle tal estimación que fueran más dignas y significativas?

Hace poco, Roger Burman, gerente de ventas de la National Cash Register Co., cumplió los 65 años de edad y, según la política seguida por la compañía, debía retirarse, a la vez que la tradición indicaba que habrían de colectarse fondos para ofrecerle una cena y algún regalo. Burman mismo, sin embargo, pidió que no se le diera presente ni banquete alguno. Si sus compañeros insistían en hacer algo en su honor, dijo, podrían enviar alguna contribución a la obra filantrópica preferida por Burman. El resultado fue asombroso. La Asociación Pro Niños y Adultos Inválidos del Estado de Nueva York inició una campaña para reunir fondos en nombre de aquél, y ya los donativos recibidos casi llegan a los 19.000 dólares.

— Robert Peterson

La risa, remedio infalible

Un caballero de Memphis (Tenesí), llamado Troy Gatlin, tiene un parecido físico extraordinario con el presidente Lyndon Johnson; cualquiera diría que son gemelos. Un día Gatlin estaba con su esposa en un restaurante, y un grupo de comensales lo miraba, cuchicheando agitadamente. Al salir Gatlin, uno de aquéllos le dirigió la palabra confundiéndolo con el Presidente.

—¡Chitón! —dijo Gatlin, inclinando la cabeza ligeramente hacia su esposa—: ¡la dama que está conmigo *no es la señora Johnson*! — AP

Durante una fiesta en Nueva Orleáns un caballero neoyorquino conoció a una guapa damita rubia del Sur. Apenas pudo estar a solas con ella, le dijo:

—Preciosa, tú eres la mujer que me conviene... y te me vas a rendir como se rindió Richmond al general Grant.

—¿Quieres decir —apuntó ella, sonriendo— que vas a esperar *cuatro años* enteros a que me entregue? — D. B.

En una cantina de cierto pueblo de Montana estaba un grupo de cazadores tomando cerveza, después de una triunfal jornada. Todos vestían de rojo, tal como lo dispone una ley local. Una turista de Boston había entrado a hacer una llamada telefónica y, al terminar, preguntó al cantinero por qué todos ellos llevaban aquel atuendo.

—Es una ley del Estado, señora —repuso el otro.

—Me parece magnífica ley —exclamó la señora—. A los borrachos debían hacerlos vestir de rojo en todas partes. — L. B.

Indudablemente, los empleados de los hoteles de Miami Beach no piensan sino en las propinas. Mandé a un botones por una baraja, y vino 52 veces. — L. B.

Al pasar por un hospital militar, durante la guerra, un visitante vio a un soldado de la Guardia Irlandesa gravemente herido.

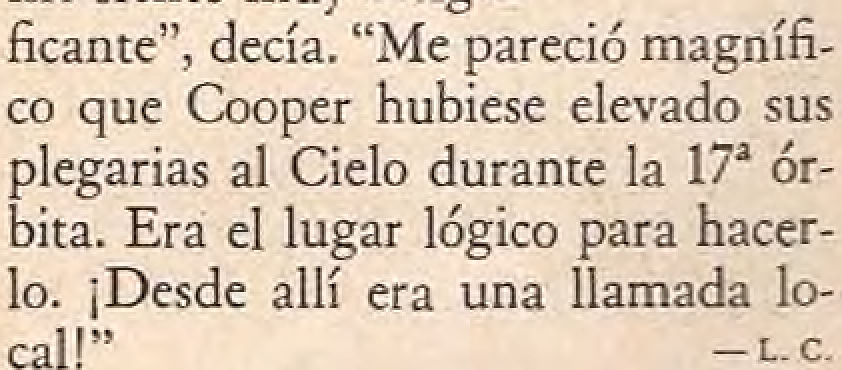
—¿Cuándo repatriarán a éste? —preguntó.

—No lo repatriaremos, sino que volverá al frente de combate —le informó un ordenanza.

—¿Al frente? —exclamó el visitante—. ¡Este herido se halla en un estado lamentable!

—Sí, señor... Pero él cree saber quién tuvo la culpa. — *The Irish Digest*

EL ACTOR Bob Hope, que se ha hecho célebre por haber viajado por todo el mundo dando funciones para los soldados, comentaba que había volado mucho. "Pero al lado del astronauta Gordon Cooper me siento muy insignificante", decía. "Me pareció magnífico que Cooper hubiese elevado sus plegarias al Cielo durante la 17ª órbita. Era el lugar lógico para hacerlo. ¡Desde allí era una llamada local!" —L. C.



DENTRO de una unidad móvil de la Cruz Roja, donde se tomaban donaciones de sangre, me hallaba yo reclinada en una cama esperando mi turno. En el lecho contiguo se encontraba una ama de casa, de aspecto fatigado, a quien la enfermera estaba felicitando por ser la octava vez que contribuía con medio litro. Ella contestó con un suspiro: "Que yo sepa, es el único trabajo voluntario que puedo hacer tendida en la cama". —R. W.

SIENDO estudiante de teología en un seminario protestante me tocó hacer una investigación sobre el punto de vista católico en cuanto al control de la natalidad. En una librería católica de Pittsburgo, sin mencionar mi filiación religiosa ni el hecho de ser soltero, solicité los libros que tuviesen sobre el método rítmico para evitar la concepción.

El dependiente me mostró la obra más conocida sobre el asunto, que se vendía a precio muy alto. Contrariado, le contesté que no disponía en el momento de esa cantidad, pero que volvería en cuanto la tuviera.

—Bueno —dijo el librero, sonriente, pensando seguramente que era yo recién casado—. ¡Que tenga usted buena suerte mientras consigue el dinero! —D. L. H.

Primer día de escuela. Al preguntarle la abuelita al niño qué había hecho en su primer día en el jardín infantil, el chiquillo respondió gráfica, aunque un tanto patéticamente: "Cantamos un rato, luego lloramos un rato . . . y después cantamos otro rato". (L. S., en *Commercial Appeal*, de Memphis) . . . La directora de una escuela de Los Ángeles comenta que lo más interesante de lo sucedido el día en que se inauguraron las clases fue el informe de asistencia que envió una de las maestras: "¡Auxilio! No falta ninguno". (E. K. H., en la *Revista de la Asociación Médica Norteamericana*) . . . Una madre tiene por costumbre iniciar el año escolar enviando con el niño una esquela que dice: "Se advierte que las opiniones expresadas por este chico no son necesariamente las del lado materno de la familia". (B. V., en *Star*, de Kansas City) . . . Al volver a casa el primer día de escuela, le preguntaron a una niñita si en el segundo grado le habían puesto profesora nueva. "No me parece", repuso ella. "Creo que es vieja". (A. E.)

la más distinguida manera de llegar...

CHEVROLET



Las puertas del nuevo Chevrolet Súper le abren un ciclo de prodigiosos acontecimientos. Usted participa de la envidiable emoción de poseer un sueño. En lo mecánico, por el poderoso impulso de su *nuevo y potente* motor Chevrolet Súper 3.800 de 125 HP reales, que le brinda mayor potencia y pique imcomparable... Por su inigualada suspensión: con resortes de acción progresiva adelante y hojas "Uniflex" extrafuertes atrás y sus amortiguadores de extraordinaria capacidad... En lo referente a su línea y suntuosidad ¡todo! La línea pura que define su época... El *interior renovado* y revestido con notables aciertos de buen gusto, calidad y confort, ofrece un ambiente de depurado lujo...

El Chevrolet Súper viene ya equipado con todos sus accesorios incluidos en su precio.

GM
GENERAL MOTORS
ARGENTINA



Es un producto GENERAL MOTORS ARGENTINA, S.A. miembro de la Asociación de Fábricas de Automotores.


CAP
LAS PREPARÓ,
Y CAP CALIDAD
LES DIO
CAP
CAP
En su establecimiento de
Mar del Plata, CAP selecciona
y prepara cuidadosamente
las mejores sardinas
con ese sabor tan suave
y delicado que las hace
únicas, exquisitas !
CAP
caballa
en aceite
CAP
ATUN EN ACEITE
CAP
CAP
CABALLA
SARDINAS
Y ATUN
EN ACEITE, EN SALSA Y AL NATURAL
Se. 2
GRATIS PIDA EL RECETARIO
DE COCINA ARGENTINA CAP
CASILLA CORREO 1240 - CORREO CENTRAL
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

Selecciones
del Reader's Digest

Tomo XLVII
Nº 280

Marzo
de 1964

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Nuevos pasos hacia la fuente de la juventud

Por J. D. Ratcliff

Los fascinantes descubrimientos del Dr. Hans Selye, el famoso autor de la teoría de la tensión como causa de enfermedad, quizá ayuden al hombre a luchar contra el envejecimiento.

El 19 de febrero de 1962, la víspera del lanzamiento de John Glenn en órbita alrededor de la Tierra, varios investigadores médicos del arma aérea de los Estados Unidos hallábanse en la Universidad de Montreal, reunidos en el despacho del Dr. Hans Selye, con quien trataban el problema de las tensiones a que se vería sometido el hombre en el espacio. Uno de los oficiales hizo esta vana pregunta: "¿No le preocupa al Dr. Selye la posibilidad de que arda su magnífica biblioteca, la mejor del mundo sobre glándulas de secreción interna y tensión orgánica de adaptación (*stress*)?"

El Dr. Selye no pudo evitar reírse. La biblioteca, dijo, comenzó a formarse en Viena, en 1848, y en el trascurso de más de un siglo jamás había sufrido un incendio. Además, en ese momento unos trabajadores instalaban un nuevo sistema de protección contra el fuego.

No habían trascurrido 24 horas cuando sobrevino la catástrofe. El incendio, probablemente causado por

la lámpara de alguno de los operarios, consumió revistas, folletos y libros de gran valor. La biblioteca quedó casi totalmente destruida.

La reacción general a este desastre fue una prueba reconfortante de la estimación que Hans Selye goza en el mundo. Las ofertas de ayuda para la reconstrucción se sucedían. El Instituto Rockefeller prometió enviar duplicados de los volúmenes que tuviera en su biblioteca. Un investigador ruso remitió copias de todos los trabajos que había publicado e instó a sus colegas a que hicieran lo mismo. Una madre de familia del Canadá envió un dólar y una nota: "No es mucho, pero quería contribuir con algo". Fundaciones e individuos de muchos países han aportado más de 600.000 dólares para rehacer la biblioteca de Selye.

En todos los sentidos, Hans Selye es en la actualidad uno de los más notables investigadores científicos. Con un equipo no más complejo que unas pinzas de disección ideó una teoría de tanta trascendencia como la concepción de Pasteur sobre el origen microbiano de las enfermedades. Según Selye, cuando es persistente la tensión orgánica de adaptación, de *cualquier* naturaleza que sea —ansiedad, traumatismos, fatiga continuada— causa la mayor parte de las enfermedades que afligen a la humanidad, desde el endurecimiento de las arterias y las cardiopatías hasta la artritis.*

Y ahora Selye ha expuesto una teoría aún más asombrosa: con el trascurso de los años, el organismo humano pierde su capacidad para regular el metabolismo de ciertas sustancias, en particular el calcio, cuya acumulación en varios puntos del organismo explica decenas de enfermedades, desde la artritis hasta la formación de cálculos biliares. "La vejez misma", según las ideas de Selye, "podría ser la manifestación del paso del calcio de los huesos a los tejidos blandos". Si se pudiera evitar esta trasferencia, quizá se podría detener el envejecimiento y se haría realidad el sueño de tantas generaciones: la fuente médica de la juventud.

Nacido en Viena hace 56 años, Hans Selye es de complexión delgada y pelo gris corto y levantado. Su padre, su abuelo y su bisabuelo eran húngaros y fueron médicos. Cuando tenía ocho años, Selye hablaba cuatro idiomas: húngaro, que aprendió de su padre; alemán, de su madre vienesa; francés, de una institutriz, e inglés, de un preceptor.

Selye vive con austeridad. Se levanta antes de las cinco, hace flexiones de brazos cuerpo en tierra, monta en una bicicleta estacionaria, se da una ducha fría, se prepara él mismo el desayuno y entra en su despacho a las seis. "He observado", dice, "que las tres horas de soledad que preceden a la llegada de los demás es la parte que más rinde del día".

Véase "¿Tienen todas las enfermedades una causa común?*" en SELECCIONES de marzo de 1955.

A las nueve de la mañana comienza el recorrido por el laboratorio y a las diez y media toma asiento en la cabecera de una mesa de acero inoxidable y forma de herradura. Con anteojos de aumento principia a examinar las ratas sometidas a diversos experimentos en busca de datos que permitan descubrir el origen de las enfermedades de la especie humana. Sus ayudantes, jóvenes dedicados a la investigación, procedentes de todas las partes del mundo, se agrupan a su alrededor.

El almuerzo es un emparedado y fruta traídos de casa. Hasta hace unos cuantos años había algo que era de ritual al atardecer. Seguido de sus cuatro hijos, Selye daba dos vueltas alrededor del gran campo de la Universidad de McGill próximo a su domicilio. Pero en los últimos tiempos abandonó esta costumbre a causa de las secuelas de un traumatismo que sufrió en una cadera al caerse de un árbol. Después de cenar con su esposa y los niños, dedican la velada a juegos instructivos que estimulen la mente de los pequeños. A las nueve y media se apagan las luces.

Hace 25 años que Selye observó el notable fenómeno que lo llevó a idear su teoría de la tensión como causa de enfermedad. Si las ratas eran sometidas a una tensión *persistente* de cualquier tipo —calor, frío, fatiga, frustración, traumatismos— se producían en ellas lesiones internas mortales. En los animales se observaba el equivalente de muchas enfermedades de la especie humana: úlcera péptica, afecciones de las coronarias, endurecimiento de las arterias, artritis, etcétera.

Selye explicaba así estos fenómenos: el organismo tiende a mantenerse en estado de equilibrio físico, químico y emocional. A la hipófisis, glándula situada debajo del cerebro, y a las suprarrenales, glándulas situadas en el polo superior de los riñones, corresponde la parte principal en el mantenimiento de este equilibrio, y, ante toda causa que pueda alterarlo, toca a la hipófisis y a las suprarrenales la tarea de neutralizarla. Si el organismo se expone al frío, las hormonas hacen que se contraigan los vasos y elevan la tensión sanguínea para suministrar más calor. En caso de infección, se produce una zona de inflamación para limitarla.

Pero supongamos que la tensión actúa de manera continuada. ¿No es posible que las glándulas funcionen hasta sucumbir o hasta que se altere su equilibrio?

Selye puso las jaulas de las ratas en la azotea del laboratorio, de suerte que los animales quedaban sometidos al helado aire invernal. Por algún tiempo, las ratas retozaban alegremente. Poco después, la vivacidad de los animales comenzó a disminuir y, por último, se amontonaban completamente agotadas. En la autopsia resultó verdaderamente asombrosa la extensión y gravedad de las lesiones de los órganos internos. El tamaño de las suprarrenales era tres veces el nor-

mal, estaba alterada la estructura de los ganglios linfáticos y había úlceras en el tubo digestivo.

¿Producirían el mismo efecto otros tipos de tensión? Se puso a las ratas en jaulas giratorias, se las intoxicó, se las hizo soportar el sonido estridente y continuo de sirenas, se las obligó a sentirse impotentes, sujetándolas por el dorso. Siempre se observaban las mismas lesiones internas, semejantes a las que se producen en decenas de enfermedades de la especie humana.

Sólo cabía una conclusión: "La causa aparente de enfermedad es a menudo una infección, una intoxicación, el agotamiento nervioso o, simplemente, la edad avanzada. En realidad, la verdadera causa parece ser con mayor frecuencia el desfallecimiento del mecanismo hormonal de adaptación".

Los amplios principios establecidos en la teoría de la tensión orgánica como causa de enfermedad motivaron centenares de experimentos. La teoría permitió prever el descubrimiento de la cortisona y abrió el camino para el tratamiento de la hipertensión maligna, por lo común mortal en el lapso de unos meses, por la extirpación de las suprarrenales. Los estudios recientes han revelado que la concentración de colesterol en la sangre se eleva durante las emociones, lo que quizá explicaría por qué las personas angustiadas tienen predisposición a los ataques cardiacos. En un editorial del *British Medical Journal* se dice: "El valor de una teoría estriba en su capacidad de explicar en un todo una serie de hechos aislados y de estimular la investigación. Nadie recuerda otra que tenga estas virtudes en mayor grado".

En la actualidad, Selye expone una nueva teoría afín, "cuya importancia en medicina será", según el Dr. Franklin McLean, profesor honorario de fisiología de la Universidad de Chicago, "semejante a la de la tensión orgánica de adaptación como causa de enfermedad".

Las primeras ideas que habrían de originar este nuevo concepto surgieron en la mente de Selye en 1927, cuando estudiaba medicina en la Universidad Alemana de Praga. A Selye le intrigaba la vital función que el calcio tiene en el organismo. El calcio no era nocivo mientras permanecía en los huesos, que son su principal depósito. Pero ¿por qué iba a parar a otros tejidos para causar sufrimientos, enfermedad y muerte: para inmovilizar el hombro de los deportistas y de los violinistas, para obstruir las arterias, destruir el vital tejido de los riñones y disminuir la capacidad pulmonar para absorber oxígeno?

Se acababa de descubrir la vitamina D y la función fundamental que desempeña en el metabolismo del calcio. ¿Qué sucedería, se preguntaba Selye, si se administraran dosis diarias muy grandes de esta vitamina? ¿Qué efecto tendrían sobre el calcio almacenado en los huesos? Selye se procuró unas cuantas ratas y comenzó a inyectarles vitamina D todos los días.

Cuando, por fin, las ratas fueron sacrificadas y se procedió a la autopsia, el cuadro fue sorprendente. El corazón, los riñones, los pulmones y otras vísceras estaban intensamente calcificados y en vías de petrificarse.

Cinco años después, mientras trabajaba en la Facultad de Medicina de la Universidad de Johns Hopkins de Baltimore, becado por la Fundación Rockefeller, Selye se planteó otro problema. ¿Qué efectos tendría la administración de hormona paratiroidea, que, como la vitamina D, interviene también en la utilización del calcio por el organismo? Los resultados añadieron otro capítulo a los experimentos de Praga: en la piel se formaban depósitos de calcio y (lo que es más extraño aún) se hallaron placas de consistencia muy dura en el cuello de los animales. ¿Cuál era el significado de estas lesiones?

Selye abandonó estos experimentos cuando fue nombrado profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de McGill (Montreal). Posteriormente se hizo cargo de la dirección del Instituto de Medicina y Cirugía Experimentales de la Universidad de Montreal. Los siguientes 25 años los dedicó Selye a desarrollar la teoría de la tensión orgánica de adaptación como factor patogénico. No obstante, jamás olvidó por completo el oscuro problema de los depósitos anormales de calcio provocados en las ratas por la vitamina D y la hormona paratiroidea.

En 1960 pudo de nuevo Selye volver a este campo de experimentación. Se convocó a los principales miembros del consejo de investigación del instituto. Ante los diez médicos y biólogos que se reunieron, entre los que había investigadores procedentes de Checoslovaquia, Argentina, Estados Unidos, Italia, la India, y Bélgica, Selye expuso sus ideas.

Existía la remota posibilidad de que en los fenómenos que conducían al depósito anormal del calcio hubiese algo semejante a la alergia. En esta enfermedad, el individuo llega a sensibilizarse, por ejemplo, al polen de ambrosía; cuando el sujeto entra de nuevo en contacto con este polen reacciona con catarro nasal y conjuntivitis. Quizá la vitamina D y la hormona paratiroidea sensibilizaban a los animales. Después, la respuesta de éstos a un "agente provocativo" sería un intenso trastorno del metabolismo del calcio. Selye recordaba que la calcificación se producía con frecuencia después de traumatismos: las orejas con sabañones se endurecen en muchos casos, la piel quemada se calcifica, etcétera. ¿Qué sucedería si se lesionaban ligeramente los tejidos de ratas tratadas con hormona paratiroidea o vitamina D?

El primer paso fue administrar a ratas dosis diarias crecientes de DHT (sustancia afín a la vitamina D) o de hormona paratiroidea. Después de dejar trascurrir cierto tiempo, los experimentadores pellizcaban ligeramente a los animales

con unas pinzas. Antes de que hubieran trascurrido 48 horas, la piel de la zona así traumatizada había adquirido gran dureza por el depósito de sales de calcio. Al fin se llegó a saber el porqué de las placas de calcificación en el cuello de las ratas inyectadas con hormona paratiroidea en la Facultad de Medicina de Johns Hopkins: Selye las había prendido por el cuello para inyectarles la hormona y esta ligera presión fue más que suficiente para provocar la formación de depósitos de calcio.

Aparte de los traumatismos, ¿habría otros medios para producir los mismos resultados? Por ejemplo, ¿los agentes químicos? Los investigadores ensayaron casi todas las sustancias de los anaqueles del laboratorio, y los resultados fueron asombrosos desde un principio. Cuando se administraron a los animales sales metálicas, en particular de hierro, cromo y plomo, las vísceras aparecieron lesionadas por la formación de depósitos blanquecinos de calcio. Eligiendo el agente provocativo y el modo de administrarlo, se producía a voluntad la formación de depósitos de calcio en casi cualquier órgano o tejido: en el corazón y las arterias, como ocurre en las enfermedades cardiovasculares, en las articulaciones, al igual que sucede en las artritis, o en el bazo, el hígado, los pulmones, el páncreas y las glándulas salivales.

Ya no cabía duda a los investigadores de que se hallaban frente a un fenómeno completamente nuevo: un estado de hipersensibilidad que se manifiesta por la precipitación local de sales de calcio, seguida de necrosis o esclerosis, y al que, recurriendo al griego y al latín, Selye denominó calcifilaxia.

En el curso de estos experimentos comenzaron a observarse algunos hechos raros. Selye deseaba producir en el animal la emigración en masa del calcio, con lo que los huesos se verían casi desprovistos de este elemento. (Aunque en menor escala, esto se observa en los seres humanos; la pérdida del calcio de los huesos los hace quebradizos en la ancianidad.) Se sensibilizó a una rata con DHT y después se le inyectó debajo de la piel una sal de hierro con el propósito de que el calcio se depositara allí. Todo salía como se había previsto: la piel se iba tornando dura como una piedra. Pero al cabo de tres semanas algo inesperado sucedió. La rata comenzó a roerse la zona calcificada. Estaba mudando la piel: debajo había piel y pelo nuevos. La rata envejecida y decrépita se estaba convirtiendo interiormente en un animal de aspecto joven.

¿Podría aplicarse el mismo método a los seres humanos, no para cambiar toda la piel, sino sólo algunas partes? Por ejemplo, ¿para extirpar cicatrices, lunares y arrugas de la cara? Quizá pueda hacerse en el futuro, "pero por el momento", dice Selye, "las sustancias químicas empleadas son muy tóxicas para el hombre".

Otra de las ideas que Selye puso en práctica fue estudiar la calcificación generalizada y no sólo la provocada en determinado órgano. Se comenzó a administrar enormes dosis de DHT a un lote de ratas hembras jóvenes. A los 60 días, los animales parecían muy viejos: estaban flacos, tenían los dientes deteriorados, las cataratas les oscurecían la visión, la piel estaba arrugada y el lomo encorvado, y el pelo se les había caído y parecían como apolilladas. En las cuerdas vocales había depósitos de calcio (los que hacen trémula y aguda la voz de los viejos).

Sólo una conclusión podía sacarse de estas observaciones. Hasta entonces, los investigadores habían supuesto que el depósito de calcio en los tejidos blandos era la consecuencia natural del envejecimiento. "Pero ahora parece probable", dice Selye, "que esta trasferencia del calcio sea la *causa* de la senectud".

¿Habría sustancias para prevenir esta senilidad provocada? Selye comenzó a inyectar a las ratas en proceso de envejecimiento artificial un complejo de hierro y dextrana, producto tóxico, pero que se emplea en el tratamiento de la anemia. Cabe la probabilidád, razonaba Selye, de que las moléculas del complejo de hierro y dextrana que trasporta el torrente sanguíneo atraigan el calcio e impidan que éste se deposite en los órganos y tejidos. La hipótesis resultó cierta. Las ratas a las que se inyectó el complejo de hierro y dextrana permanecían jóvenes, en tanto que las otras envejecían rápidamente y acababan por morir.

De este modo se había *provocado* y *prevenido* en ratas un proceso de caracteres semejantes a los de la senectud. ¿Serán aplicables estas observaciones a los seres humanos? Dice Selye: "Es de suponer que este tipo de reacción fundamental se producirá también en el hombre. No es probable que seamos nunca capaces de devolver a un hombre de 90 años el vigor de los 60, pero sí lo es que podamos impedir que un hombre de 60 siga envejeciendo hasta llegar al estado propio de uno de 90".

La calcifilaxia ofrece otras extraordinarias posibilidades. Por el empleo adecuado del sensibilizador y del agente provocativo se puede depositar a voluntad el calcio en casi todos los órganos y tejidos. ¿Hay sustancias que pueden provocar el depósito del calcio en los tumores malignos para formar alrededor de ellos una cápsula aislante? Selye y sus colaboradores han logrado esto en una serie de experimentos con ratas, pero no han podido repetirlo, si bien no cejan en su empeño.

En esta forma, el nuevo concepto de la calcifilaxia abre en muchos sentidos grandes perspectivas. Según se afirma en *Medical Tribune*, la calcifilaxia "podrá ser considerada por la generación que nos suceda como un descubrimiento que hizo época en el campo de la patología experimental".

El milenario Tribunal de las Aguas, de Valencia

POR ROBERT LITTELL
Condensado de "Die Weltwoche", de Zurich

Inmutable a lo largo de mil años de cambios, el más antiguo tribunal de Europa sigue administrando una justicia casera sin saber de honorarios de abogados, anacrónicos precedentes ni jerga curialesca.

MANCOS y mutilados, con ojos cegados por seis siglos de exposición a los elementos, los Doce Apóstoles miran al mundo desde sus góticos nichos en el pórtico norte de la catedral de Valencia. A sus pies, en violento contraste, rechinan los tranvías, traquetean los camiones, disparan sus cámaras y toman sus películas los turistas.

Es jueves; y aquí en Valencia, tercera ciudad de España, todos los jueves, a la campanada del mediodía, revive una institución más vieja que los mantos de piedra de los Apóstoles, y sin embargo más moderna en espíritu que el fragor y el bullicio de las máquinas de nuestro siglo. Es el "Tribunal de las Aguas", el más antiguo de Europa, que funciona al aire libre y en que los labradores de la vasta llanura regadía de Valencia, en pie de absoluta igualdad, se han hecho unos a otros su propia e imparcial justicia desde hace más de mil años, sin recurrir a expedientes, alegatos, minutas o escribientes, y sin intervención de reyes ni gobernadores.

Detrás de una portátil verja de hierro se disponen en semicírculo negros sillones y, al dar las doce, ocho labradores, vistiendo la tradicional blusa negra del país y con la cabeza descubierta, toman asiento solemnemente.

"Se abre la sesión", declara el presidente; y el alguacil avanza llevan-

do el símbolo del Tribunal: una vara a manera de alabarda coronada con amenazador gancho de latón. Va anunciando uno por uno los líquidos nombres de las ocho acequias que reparten las aguas del caprichoso río Turia sobre la llanura valenciana: "Fabara, Mislata, Rascaña, Robella . . ."

¿Qué labrador ribereño de estos vivificantes canales está acusado hoy de haber hecho uso indebido de las aguas? Dos hombres se descubren y se aproximan. Uno de ellos, que es guarda de una acequia, empieza a decir: "Acuso a Manuel F. . ." El público curioso se inclina sobre la reja de hierro para alcanzar a oír sus palabras, pero éstas se pierden en el estruendo de un gran camión que pasa por la calle cargado de cajas de naranjas.

Sobre la soleada y fértil tierra labrantía que rodea a Valencia, sólo llueve por término medio un día de cada siete. Diez mil hectáreas plantadas de cebollas, de arrozales, de tomates y alcachofas, de hortalizas y naranjales, se agostarían y perecerían sin las constantes trasfusiones del Turia.

Como muchos ríos del levante y el sur de España, éste, que nace en la montaña, es un torrente o un hilo de agua, escuálida cabra o toro impetuoso. A lo largo de los siglos el Turia se ha visto amansado, domesticado, enjaezado; sus aguas han sido desviadas hacia una complicada red de acequias que se reducen luego a centenares de kilómetros de arroyuelos en largas y angostas zanjas de hormigón. A intervalos hay compuertas que se pueden abrir para dejar correr el agua sobre alguna parcela sedienta. Gracias al riego se logra recolectar tres o cuatro cosechas al año, de suerte que toda una familia puede vivir de media hectárea o aun menos; pero sólo a condición de que el agua se distribuya honrada y equitativamente; de que los 15.000 labradores de la región respeten las reglas que ellos mismos se han fijado desde hace diez siglos.

Cuando por fin el tráfico le permite hacerse oír, el guarda de la acequia de riego próxima a Campanar informa al Tribunal que Manuel F. se levantó antes del alba, rompió con una hachuela el candado de la compuerta, y regó su campo ilícitamente durante dos horas. Manuel explica que procedió en esa forma para resarcirse del agua a que creía haber tenido derecho la semana anterior. Después de breve consulta en voz baja, el Tribunal de sus pares lo declara culpable y lo condena a pagar costas y una multa.

No hay apelación de esta sentencia. Ningún otro tribunal de España escucharía a Manuel. Éste, pues, pagará puntualmente la multa y los daños y perjuicios, porque en caso contrario se le negará el agua para su campo. Quizá refunfuñe un poco, pero en el fondo se siente orgulloso de su Tribunal, como se han sentido los muchos centenares de trasgresores que han tenido que

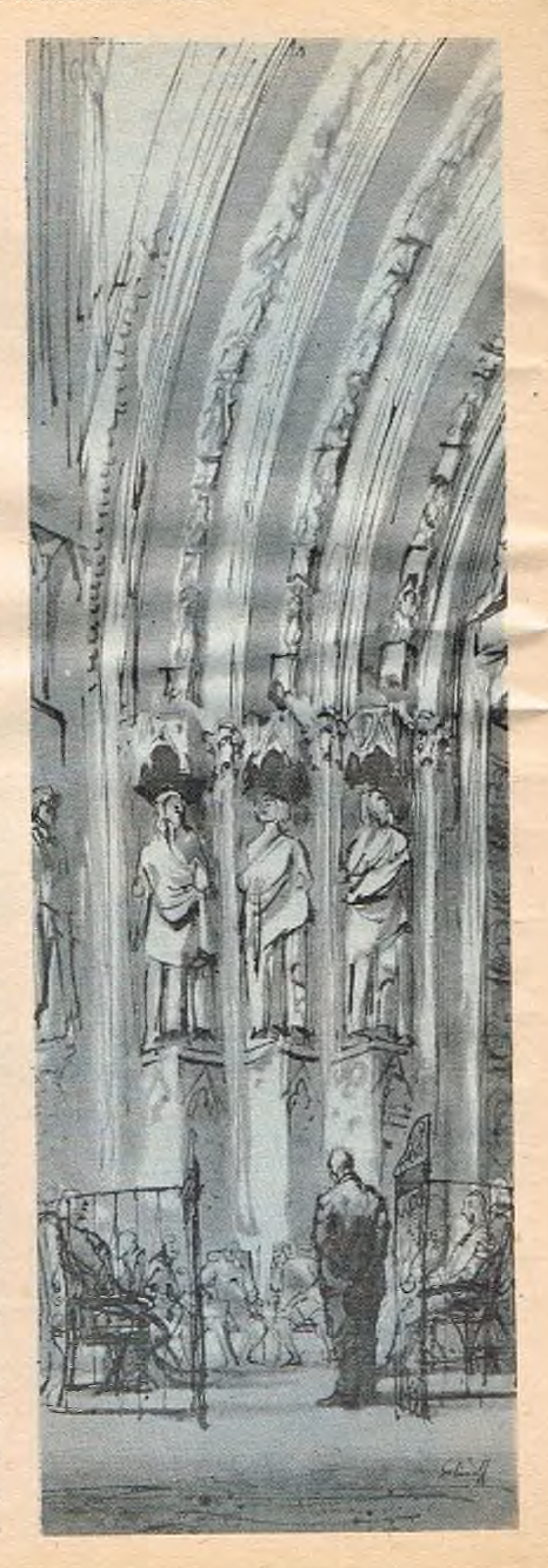
comparecer, boina o gorra en mano, al pie de los Apóstoles de piedra.

Juan N. ha sido citado por talar árboles en las orillas de la acequia; Carlos E. ha lavado legumbres en las aguas comunales; Luis O. ha permitido que sus ganados pisoteen los deleznables diques de tierra. A todos se les castiga; y sin embargo, ninguno de ellos cambiaría su Tribunal, rápido, sencillo, desprovisto de todo lo que no sea la misma justicia, por los desengaños y aplazamientos de un juzgado común y corriente.

En la llanura regadía de Valencia, una parcela y su correspondiente abasto de agua son cosas inseparables. Al comprar la tierra, el individuo compra también la cantidad de agua que le corresponde. Es ésta una fracción invariable del total, que puede resultar abundante o escasa, según lo hayan sido las lluvias ese año en las montañas situadas a 150 kilómetros de distancia.

Si no llueve, el río merma y la tentación ronda la tierra. Hombres que se tienen a sí mismos por honrados dejan abierta una compuerta un poquito más tiempo de lo que tienen derecho. Algunos se fabrican una llave falsa para la compuerta principal. Otros toman el agua antes del estricto horario señalado. Y al jueves siguiente, en vez de cuatro casos, el Tribunal deberá ver 14.

A medida que el crecimiento de Valencia invade los terrenos aledaños, los trasgresores citados ante el Tribunal van siendo, en proporción cada vez mayor, constructores, hom-



bres de negocios, funcionarios municipales. Un distribuidor de bebidas gaseosas tiene que pagar 9000 pesetas de daños y perjuicios por haber arrojado a la acequia de riego el agua en que lavó las botellas. Alguna nueva sección urbana, por no contar con adecuado sistema de desagüe, ha hecho mal uso del canal, y entonces es al alcalde mismo a quien se cita. (No comparece personalmente, pero sí reconoce ante el Tribunal que el Municipio incurrió en falta.) Cierta fábrica de jabones contamina el agua de riego con sus residuos. El abogado de la compañía va a la catedral pero se niega a entrar en lo que a él le parece un juzgado de mentirijillas que sólo tiene interés para turistas y anticuarios. Se vuelve más respetuoso después de que a la fábrica la condenan a pagar 39.000 pesetas de daños y perjuicios.

El monto de las multas se fija según una tarifa que se ha trasmitido de viva voz a lo largo de muchas generaciones. A Martín, que dejó inundar el campo de su vecino porque se olvidó de cerrar la compuerta, se le impone la misma multa que a Isidro, que cometió igual falta intencionalmente, por vengarse después de una pelea. El Tribunal sólo atiende a los hechos, sin entrar a juzgar los aspectos morales de los casos.

Las sanciones que realmente duelen (las costas y daños y perjuicios) no las tasa el Tribunal, sino un organismo local, no menos antiguo, que lo apoya. Cada una de las ocho acequias o sistemas de canales, se halla gobernada por una junta ejecutiva, la cual nombra un síndico *ad honorem* para que inspeccione el presupuesto, el funcionamiento y las reparaciones de la acequia. Los ocho síndicos reunidos constituyen el Tribunal. Cada acequia tiene su propio reglamento y su propio policía, llamado guarda tornero, que todos los días inspecciona las compuertas principales de su acequia, cerradas con candado. Este guarda tornero arranca la maleza, las ramas, toma nota de las fugas de agua y de las reparaciones que se necesiten, y cuida de que nadie saque agua por más tiempo del que le corresponde. De acuerdo con larga tradición del Tribunal, el guarda no necesita de testigos para corroborar sus cargos: su testimonio hace fe "como palabra de rey".

Nadie sabe cuál fue el pueblo que con paciencia y laboriosidad convirtió los miasmáticos pantanos del delta del Turia en un huerto cruzado por intrincadas corrientes de agua. Dicen algunos que fueron los romanos. Otros opinan que fueron labradores musulmanes traídos por los invasores árabes, cuyos califas (hacia el año 960) crearon un Tribunal que administrara las antiquísimas leyes de aguas de los árabes.

Cinco siglos después los conquistadores moros fueron arrojados de España; pero el Tribunal, invariable en medio de un mundo que iba cambiando rápidamente y se había hecho cristiano, siguió reuniéndose todos los jueves, como lo

había venido haciendo durante tantas generaciones de musulmanes, porque el jueves es víspera de viernes, día santo de la semana musulmana. La mezquita que había albergado al Tribunal fue derruida y en su lugar se erigió una catedral. Con todo, muchos de los labradores citados a juicio eran todavía árabes que, como musulmanes, no podían ser admitidos en el templo cristiano, de modo que el Tribunal empezó a celebrar sus sesiones fuera del recinto sagrado, aunque a la sombra protectora de la catedral.

No existe en ninguna ley o constitución cláusula escrita que en España garantice la existencia del Tribunal de las Aguas. A la manera de algún árbol vetusto, sus poderes arraigan hondamente en el suelo de la tradición.

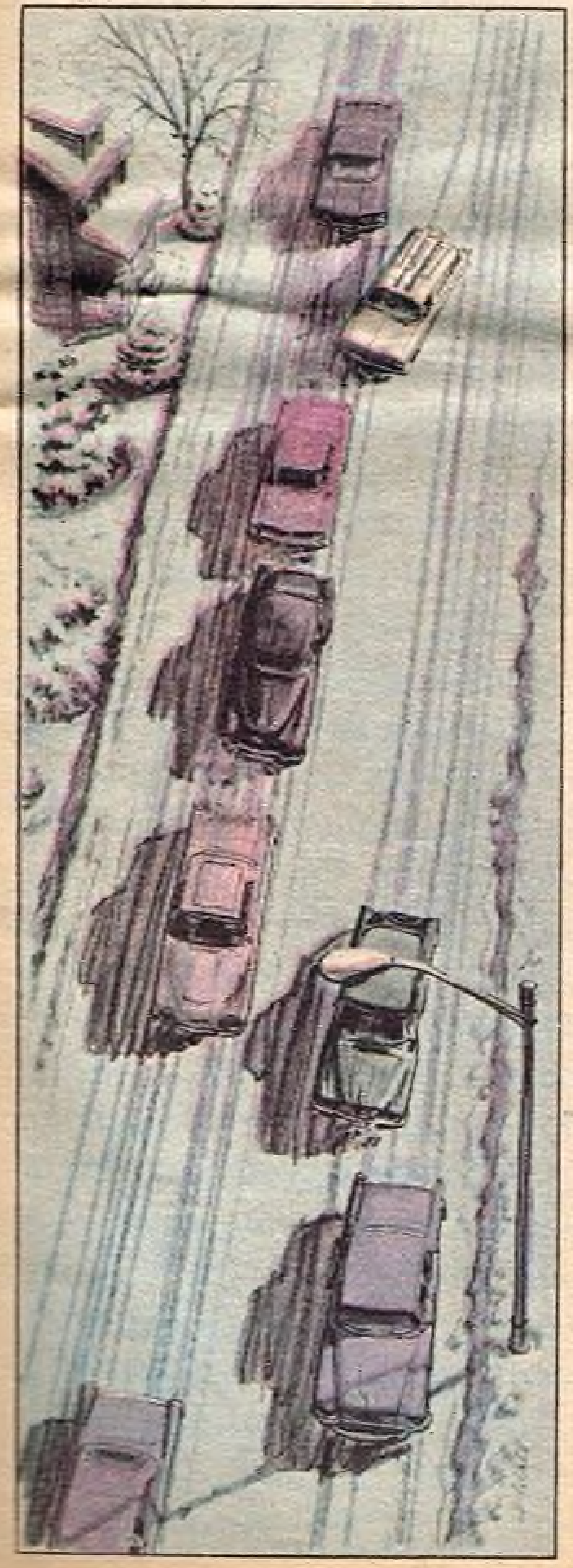
Los labradores de la Valencia actual no tienen apego especial a lo viejo como tal. En cuanto a técnica, van al paso de los tiempos que corren; emplean maquinaria moderna, abonos e insecticidas; pero conservan su milenario Tribunal porque también éste, como una buena herramienta moderna, resulta práctico, expedito y eficaz. Hacen notar que, en comparación con un juzgado ordinario, cuesta muy poco: los síndicos hacen de jueces sin recibir remuneración; los honorarios del asesor jurídico, el agente ejecutivo, el secretario y el alguacil, pagados a destajo, no llegan a 33.000 pesetas al año. Además, el fallo no se hace esperar, como ocurre con frecuencia en los juzgados ordinarios, meses enteros (y aun años en caso de apelación).

"Nuestro Tribunal no desperdicia papel", dice Ramón con orgullo . . . a la vez que con desprecio por los que sí lo desperdician. Nadie saca copia de las atestaciones ni las sentencias se publican. "Nosotros los valencianos", agrega, "hemos heredado una gran desconfianza de los contratos escritos y de las firmas que calzan los documentos legales. En los negocios diarios nuestra palabra es garantía. ¿Por qué no habría de serlo cuando apelamos a la justicia?"

Una cosa de que los labradores hablan con menor frecuencia, porque es una cualidad tan inherente al Tribunal como la piedra lo es a la catedral, es la imparcialidad y equidad de aquél. (¿En qué otro tribunal puede verse al presidente, como ha ocurrido en época no remota, cambiar súbitamente su puesto por el de acusado?) No hay en ello maquinaria compleja alguna, en cierto modo ajena a los ciudadanos que la sostienen, sino una forma vigorosamente sencilla y directa de gobernarse a sí mismos, aplicada a administrar una imparcial justicia casera bajo la benévola mirada de los Doce Apóstoles.

CIERTO PINTOR moderno ha hecho jugoso trato con un siquiatra. Si alguien desea comprar uno de sus cuadros, lo manda a ver al sicoanalista, y éste parte sus honorarios con el pintor. —F. K.

Cómo evitar los peligros de conducir en mal tiempo



En caso de niebla, lluvia o nieve, deben tenerse especiales precauciones y aun emplearse técnicas especiales. He aquí algunos consejos que pueden salvarle la vida.

POR PAUL KEARNEY

Condensado de "Family Safety"

"SÚBITAMENTE vi dos o tres coches atravesados en el camino. Apliqué el freno pero no pude parar y me fui contra uno de ellos. Luego otro coche me alcanzó por detrás, y a ese lo golpeó un tercero".

Tal fue la descripción hecha, desde la cama en que yacía en el hospital, por una víctima de un nuevo tipo de accidente que se está haciendo cada día más común: el choque múltiple de automóviles.

Esta víctima fue una de las 28 personas que resultaron heridas en una serie de choques ocurridos un día nublado entre 59 automóviles que transitaban por una moderna supercarretera de Nueva Jersey,

proyectada científicamente con miras a prevenir tales accidentes.

¿Por qué ocurren estos choques múltiples? La policía los atribuye al hecho de que muchos automovilistas viajan *demasiado cerca del coche que va adelante.*

En lugar de seguir a prudente distancia unos de otros, los automovilistas viajan juntos, en racimos de coches, con largos espacios entre los racimos, lo cual es una constante invitación al choque múltiple de automóviles. Además, muchos conductores parece que se creyeran obligados a mantener o exceder la máxima velocidad permitida, sin parar mientes en las circunstancias. Un vigilante me contaba de un tío loco que iba a 115 k.p.h. en medio de una niebla que reducía la visibilidad a siete metros.

La vieja regla, empíricamente comprobada, es que se debe guardar, con relación al vehículo que va adelante, una distancia equivalente a la longitud de un automóvil grande (seis metros) por cada 15 kilómetros de velocidad, es decir, aproximadamente la longitud de seis coches cuando uno va a 90 k.p.h. Sin embargo, las patrullas de las supercarreteras afirman que esto no es suficiente y recomiendan se guarde una distancia igual a la longitud de 13 coches (78 metros) al ir a 90 k.p.h. en condiciones *ideales . . .* y *el doble* si hace mal tiempo.

Otra cosa: aun durante el día, lleve siempre encendidas sus luces bajas si llueve o hay niebla. No por ello verá usted mejor, cierto es, pero los otros conductores *sí lo verán mejor a usted.*

"Pisar la cola" no es la única cosa especialmente peligrosa cuando hace mal tiempo. También es mortal andar con los frenos o los neumáticos descompensados. En un estudio de más de 2000 accidentes ocasionados por patinazos, comprobose que en la mitad de los coches los frenos eran 40 por ciento más potentes de un lado que del otro, y que el 30 por ciento de ellos llevaban uno o más neumáticos gastados y lisos. Es evidente que los frenos descompensados hacen girar un coche en redondo si se aplican súbitamente contra una superficie resbaladiza; lo que quizá no comprendan muchas personas es que, si los neumáticos se han gastado desigualmente, también una violenta aplicación de los frenos puede hacer girar al automóvil sobre sí mismo.

Otra causa de patinazos al viajar sobre pavimentos cubiertos de nieve o hielo es la maniobra demasiado súbita de frenos o volante. Por ejemplo, en una superficie resbaladiza se debe empezar a frenar con mayor anticipación de lo que se hace normalmente, y aplicando una presión mucho más suave e *intermitente,* pisando y soltando el pedal, en lugar de aplicar una presión constante. Análogamente, el volante a servomotor se debe manejar cuidadosa y suavemente cuando el piso está resbaloso, pues el excesivo timonear y el consiguiente exceso en la corrección de la dirección puede hacerle

girar en redondo en un instante.

Cuando los caminos están cubiertos de nieve, es imperativo guiar más despacio. La distancia normal que se necesita para detenerse en un pavimento seco de hormigón, yendo a 80 k.p.h., es de 75 metros, *después* de haber aplicado los frenos. A fin de poder parar en igual distancia sobre nieve bien apretada, aun llevando llantas propias para nieve, no se puede ir a más de 45 k.p.h. Debe recordarse también que en caminos cubiertos de hielo el coche tardará más en parar, después de aplicados los frenos, cuando la temperatura oscila en torno a cero grados centígrados que cuando ha descendido, digamos, a 12 bajo cero, pues el hielo húmedo es mucho más resbaladizo que el hielo seco.

Como causa de accidentes en mal tiempo, después de la tracción inadecuada, viene la disminución de la visibilidad. Las salpicaduras de los coches que pasan pueden reducir la luz de los faros a la mitad. Pídale al empleado de la gasolinera que cuando le limpie el parabrisas le limpie también los faros.

Para que el parabrisas no se le empañe cuando la atmósfera está tibia y caliginosa, mantenga parcialmente abierta una de las ventanillas y ponga a funcionar el desescarchador sin conectar la calefacción. En tiempo frío, si el desescarchador no funciona bien, sálgase del camino y cierre las ventanillas por unos momentos para que el calefactor del auto caliente un poco el vidrio.

Antes de que entre el invierno, no se olvide de poner en su coche un raspa-parabrisas de plástico y un cepillo de mango largo. En caso de apuro, una pizca de cera de abeja aplicada a las cuchillas del limpiaparabrisas las hará limpiar mejor; y untando con un poquito de glicerina, alcohol o zumo de limón la superficie exterior del parabrisas se impedirá temporalmente que se forme escarcha en el vidrio. Por el mismo procedimiento, aplicado a la superficie interior del parabrisas, se conseguirá que el vidrio se empañe menos. Para evitar el deslumbramiento nocturno, no deje de limpiar el parabrisas de cualquier capa o película.

Nunca viaje sin llevar en el automóvil bengalas de señales. Su luz brillante atrae la atención más rápidamente que cualquier otra clase de señal. En las comarcas donde hay nieve abundante, unos 100 kilos de arena en la maleta del automóvil prestarán al coche mayor tracción, si bien algunos peritos advierten que ello aumenta el riesgo de un patinazo en las curvas. No incurra en el error de extraer aire de los neumáticos para lograr mayor tracción; lo poco que se gana queda más que contrarrestado por la mayor inestabilidad del coche en las curvas y el mayor desgaste de los neumáticos.

En resumen: el secreto de la seguridad cuando se guía un automóvil en mal tiempo es sencillamente el buen sentido ... y sobre todo ser Previsor. Así, con mayúscula.



DRAMAS DE LA VIDA REAL

Prueba de fuego de un niño

Lo único que salvó de las llamas en aquella explosión de gasolina fueron las plantas de los pies, pero gracias a su valor, a la dedicación de un médico y a su voluntad de vivir, Bobby escapó de la muerte.

POR JOSEPH BLANK

"DESPUÉS de la segunda explosión, salí a la carrera de casa y miré por la avenida O", declaró un vecino de los von Kamp. "A menos de cincuenta metros de distancia vi una bola de fuego que se me aproximaba; al acercarse más, ¡pude ver que la bola de fuego era un niño!"

El vecino agarró con fuerza al niño, que era Bobby von Kamp, y lo hizo rodar por la calle para sofocar las llamas. En seguida le quitó a tirones las ropas quemadas; mientras tanto, oyó la campana de los bom-

beros y las sirenas de las ambulancias que llegaban.

Bobby von Kamp, que debía cumplir 11 años dos semanas más tarde, vivía frente a un depósito de gasolina junto al muelle, en Houston (Tejas). El 24 de enero de 1961 estaba a las siete de la tarde mirando un programa de televisión con su hermano Eddie, de 14 años, y su amigo Herman Holcombs, de 12. Su padre, que era marino, navegaba entonces por la costa de la Florida; su madre acababa de salir de compras y sus otros dos hermanos mayores estaban fuera de casa.

En el momento en que terminaba una película de dibujos animados, los chicos notaron un fuerte olor a gasolina. Del tanque situado al otro lado de la calle había comenzado a escurrir combustible de alto octanaje, y de pronto explotaron los gases formados. Saltaron por el aire nubes de llamas que penetraron por las ventanas abiertas. Los tres muchachos corrieron a la puerta de la calle, y Eddie tenía abierta la de tela de alambre, cuando otra explosión sacudió toda la manzana y una llamarada le alcanzó la espalda. Parte de la tela metálica de la puerta quedó totalmente fundida.

Los muchachos lograron salir, sin embargo, pero Eddie resbaló y cayó. Entonces Herman dijo:

—Yo me quedaré con él.

Se arrodilló junto a su amigo, mientras Bobby gritaba:

—¡Voy a pedir socorro! —y corrió calle arriba con las ropas ardiendo.

Al llegar las ambulancias, Bobby y Eddie fueron llevados rápidamente al Hospital Infantil de Tejas, en tanto que a Herman, que había sufrido menos quemaduras, lo condujeron a un sanatorio.

En la sala de urgencia del Hospital Infantil, la doctora Alice Miller,* cirujano especialista en pediatría, vio a Bobby y le pareció una "estatua carbonizada". Estaba consciente y pudo responder a las preguntas que se le hicieron. La doctora Miller comprobó que tenía quemado más del 98 por ciento del cuerpo: un 70 por ciento con quemaduras de tercer grado (quemaduras profundas), un 20 por ciento con otras de segundo grado y un ocho por ciento con las de primer grado. Solamente las plantas de los pies se habían salvado de las llamas. (Las quemaduras extensas de tercer grado son fatales para la sangre y para casi todos los órganos del cuerpo. Pocas personas logran sobrevivir con un 50 por ciento de quemaduras de esa intensidad.)

Habían quedado expuestos la espina dorsal y las articulaciones y tendones de las manos, los antebrazos, las piernas y los pies.

—¿Dónde va a encontrar usted toda la piel necesaria para cubrirlo? —preguntó uno de sus colegas a la doctora Miller.

La señora von Kamp, consternada por el horror de la tragedia, oyó decir a alguien:

*Damos aquí un seudónimo para ajustarnos al reglamento de la Sociedad Médica del condado de Harris (Tejas).

—Sería un milagro si se salvara alguno de los chicos.

—Para mí, no hay nada imposible mientras no se demuestre que es imposible —dice la doctora Miller—. Siempre hago todo lo que puedo y sigo intentado y ensayando. En caso de quemaduras graves, todos, tanto los médicos como las enfermeras, tienen que poner su devoción entera.

Bobby perdió el conocimiento cuando lo llevaron a la sala de operaciones. Tenía los brazos tan quemados que la doctora no pudo tomarle la tensión sanguínea para calcular el grado de depresión en que se hallaba. Todo el cuerpo del niño exudaba los fluidos de las articulaciones, los humores vitales y las sustancias químicas esenciales para la sangre. En cualquier momento podían dejar de funcionar los riñones por falta de líquidos, por la exudación o por la insuficiencia del riego sanguíneo consiguiente al *shock*. Era preciso inyectar a Bobby sustancias, líquidos y drogas que compensaran cuanto antes esa pérdida, pero tenía el cuerpo tan quemado que costó mucho trabajo a la doctora Miller encontrar una buena vena. Por fin la halló en el hombro izquierdo. Al mismo tiempo se le dieron antibióticos para evitar la infección y se quitaron cuidadosamente de las quemaduras los trozos de tela carbonizada, la suciedad y el barro pegados. Hubo que limpiar y vendar por separado cada dedo de las manos y los pies; luego pusieron a Bobby en un bastidor Striker, aparato especialmente hecho para reducir al mínimo todo contacto con el cuerpo.

Al mismo tiempo Eddie recibía igual tratamiento de un cirujano general. (No puede un mismo médico atender simultáneamente dos casos de esta naturaleza y seguir con el ejercicio normal de su profesión.) Eddie estuvo semi-inconsciente desde el principio.

La doctora Miller estuvo asistiendo a Bobby durante toda la noche. En los días que siguieron lo reconocía cada dos o tres horas.

—Aunque el niño sólo podía mover los párpados, pude ver que se daba cuenta de lo que pasaba —dice la doctora Miller—. Y vi también que tenía valor y voluntad. Esto era muy importante, pues iba a luchar largo tiempo entre la vida y la muerte y necesitaría por cierto la voluntad de vivir.

El dolor se convirtió en compañero inseparable de los chicos: cada inyección hipodérmica era una tortura; las enfermeras tenían que cambiarlos de posición cada tres o cuatro horas y apenas los tocaban podían oírse sus ayes en los otros pisos del hospital. Además, las trasfusiones de sangre les causaban permanente ansiedad. Los muchachos recibían a veces de 10 a 15 litros de sangre por semana y en toda trasfusión había el peligro de una conmoción de consecuencias fatales para el organismo.

—Bobby sabía cuán graves estaban él y su hermano, y siempre trataba de animar y dar valor a

Eddie —dice la enfermera Rae Whittaker.

El decimocuarto día, el hermano mayor cayó en el delirio y Bobby se impresionó muchísimo. La doctora Miller le dijo entonces dulcemente:

—Te vamos a poner en otro cuarto, Bobby. Será mejor que Eddie tenga uno para él solo.

Antes de llevarlo a su nueva habitación, fue conducido el niño a la sala de operaciones para cambiarle los apósitos. La operación, que debía hacerse dos o tres veces por semana, era tan dolorosa que era preciso realizarla con anestesia general. Mientras Bobby estaba en el quirófano se produjo la muerte de Eddie.

Aquella noche la temperatura de Bobby bajó a 34,6 grados centígrados y el recuento de leucocitos subió al doble, lo cual demostraba el avance de una infección general que hacía temer la posibilidad de una septicemia o envenenamiento de la sangre, fatal desde luego. Los análisis de laboratorio para determinar cuáles eran los gérmenes patógenos requerirían 48 horas y, si la infección resultaba ser septicémica, Bobby estaría muerto cuando llegara el resultado de las pruebas.

La doctora Miller no quiso aguardar y administró al niño una sustancia de gran poder, pero muy peligrosa para los riñones, que ya habían sufrido mucho por el efecto de las quemaduras. Era un riesgo que la doctora decidió correr, pero no a ciegas, sino basándose en sus conocimientos y alentada por una esperanza; fue una apuesta que le ganó a la muerte. A las 24 horas la temperatura, el pulso y el recuento de leucocitos habían vuelto a la normalidad.

Bobby aguardó en su cuarto una semana antes de animarse a preguntar por Eddie, y al saber que había muerto se conmovió profundamente. Pensó que su hermano había sacrificado su vida por él, porque esperó con la puerta de alambre abierta.

Sabía también que no era seguro que él mismo se salvara. Una vez preguntó a la doctora Miller, en un tono en que se mezclaban la súplica y el desafío:

—¿Ustedes no me van a dejar morir, verdad?

—No, Bobby, puedes estar seguro —le respondió ella.

Pidió que le pusiesen sus botas de vaquero en una mesa donde pudiera verlas.

—Algún día me las voy a poner —dijo.

Poco más de cinco semanas después del accidente, la doctora Miller inició los injertos de piel. Las quemaduras de tercer grado son tan profundas que el cuerpo no puede regenerar la piel quemada, y es necesario ponerla nueva. En la primera operación, la doctora cortó trozos de piel delgados, casi trasparentes, de los muslos de William, uno de los hermanos mayores de Bobby, y los cosió al muslo, la pierna, el brazo y la mano del paciente. El injerto de piel de otra persona no "prende", pero tarda dos o tres semanas en ser finalmente rechazado y du-

rante ese tiempo puede proteger la superficie del cuerpo contra infecciones y disminuir la pérdida de fluidos por exudación.

Después, la cirujana comenzó a cortar pedacitos de piel, no más grandes que un sello de correos, de las zonas en que las quemaduras eran de primero y segundo grados, que se pueden curar por regeneración del propio organismo. Los puso en las partes del cuerpo donde estaban las coyunturas, cosiendo los trozos mayores y poniendo simplemente los pequeños sobre las heridas, sujetos con una venda de presión para mantenerlos en su lugar.

Ese largo proceso, que duró cerca de siete horas, representó para Bobby un enorme esfuerzo de resistencia y al día siguiente se debilitó, se le aceleró el pulso y la temperatura le subió a más de 40 grados. Las venas del cuello se le hincharon. Parecía que le iba a fallar el corazón, pero el cardiólogo no podía saber lo que sucedía en el interior del órgano, porque no había en el cuerpo lugar alguno donde aplicar los contactos del electrocardiógrafo. La doctora Miller supuso que una infección estaba invadiendo todo el cuerpo del niño y lo sometió a un régimen de antibióticos. Durante varias horas Bobby se debatió entre la vida y la muerte, hasta que poco a poco el pulso, la temperatura y la respiración volvieron por fin a la normalidad.

La lucha para mantener a Bobby con vida siguió semana tras semana. William y Larry, los hermanos mayores, volvieron al hospital para donar más piel, en cuanto les cicatrizaron las heridas de los muslos. Al mismo tiempo, del cuerpo del propio Bobby se sacaban otros fragmentos pequeños para los injertos permanentes. Las coyunturas de un dedo de la mano izquierda y de otros dos de la derecha estaban tan irremediablemente carbonizadas que fue necesario amputarlos, pero de ellos salvó todavía la doctora trocitos de piel para injertársela en otras partes.

En la décima semana, Bobby comenzó a hundirse en una profunda reacción síquica contra los tormentos que estaba sufriendo. Se rebeló contra el dolor y el interminable tratamiento a que se veía sometido; se negó a dejarse aplicar las inyecciones; no quería comer. Como las personas quemadas precisan muchas proteínas para elaborar tejidos, las enfermeras pasaban horas en rogarle, mimarle y convencerle de que tomase unos cuantos bocados de carne. A veces se tenían que retirar a otra pieza, llorando desconsoladas, antes de volver junto a Bobby para tratar nuevamente de persuadirlo.

El recuerdo de la explosión y del incendio lo abrumaba. Cuando un niño hizo estallar un globito en el corredor del hospital, sufrió una tremenda sacudida y lanzó un grito de terror; hasta le asustaba que se encendiera un fósforo; pidió a su padre que no llevara puesta su camisa amarilla preferida; por la noche tenía horribles pesadillas.

—¡Eddie, huelo gasolina! —gri-

taba dormido—. ¡Salgamos de aquí! ¡Me estoy quemando! —y se despertaba dando alaridos.

Estos problemas sicológicos constituían para Bobby un peligro tan grande como el de la infección. Un sicólogo lo hipnotizó sin que el niño se diera cuenta. "Valiéndome de un procedimiento conocido como desensibilización hipnótica", explica el sicólogo, "logré que Bobby empezara a comprender que el incendio había pasado ya y no volvería; que estaba en el hospital, bien protegido".

El tratamiento dio resultados. Bobby no tuvo más pesadillas y recobró el optimismo y la voluntad de vivir. Continuó su mejoría, hasta que una noche la doctora Miller recibió en su casa una llamada telefónica: la temperatura de Bobby estaba subiendo rápidamente, tenía el estómago dilatado y había comenzado a vomitar. El médico interno suponía que se trataba de una oclusión intestinal.

La doctora corrió al hospital, examinó a Bobby y le preguntó qué había comido en los dos últimos días. Confesó que esa tarde había comido cuatro o cinco barras de chocolate.

Después de ordenar que le pusieran una enema, la doctora Miller encajó al niño una buena reprimenda y, al terminar, éste comentó sonriendo:

—Ahora sé que voy a vivir. Usted no me hubiera reñido si hubiese creído que me iba a morir.

Los injertos de piel se adherían magníficamente, pero lo inesperado estaba siempre al acecho, y se presentaban y cedían las infecciones. La parte inferior de la pierna derecha de Bobby estaba quemada hasta el hueso y, como no había base de tejidos para poner piel, el cirujano ortopédico recomendó que se le amputara. La doctora Miller, sin embargo, se resistía, y decidió poner todos los medios para salvar la pierna. Hizo diminutas perforaciones en el hueso hasta la médula; a través de ellas creció un tejido granular que, con el tiempo, cubrió el hueso por completo. Tuvo así una base para injertar piel; el injerto prendió y se salvó la pierna.

—Todo salió bien —dice la doctora Miller—. Podíamos haber perdido a Bobby en cualquier momento por la septicemia y otras infecciones, por el paro de los riñones, el colapso cardiaco, el fracaso de los injertos... Recibió en trasfusiones cientos de litros de sangre y sufrió 70 operaciones importantes, en cualquiera de las cuales podía haberse quedado muerto. Pero vivió. En todo lo que hacíamos se hubiera dicho que usábamos una varita mágica.

Ella había calculado que Bobby pasaría más de un año en el hospital, pero a los seis meses exactos del día en que ingresó en él, sus padres lo ayudaron a sentarse en una silla de ruedas y se lo llevaron a casa. Poco después comenzó a caminar, asiéndose con fuerza a la silla de ruedas y empujándola por delante. Unas cuantas semanas más tarde, cuando volvió por primera

vez a ver a la doctora Miller, se irguió con gran esfuerzo en la silla, se separó de ella y se puso a andar por el corredor del hospital, vacilante y sudoroso, hasta el consultorio de la doctora. Los dos se abrazaron al verse.

Hoy, Bobby camina renqueando ligeramente; juega a la pelota, anda en bicicleta y, salvo una cicatriz cerca de la oreja izquierda, su rostro no muestra ninguna señal de la terrible prueba sufrida. En el cuerpo se le ven las cicatrices y los injertos, pero él no piensa en eso.

Varias veces por año vuelve al hospital para que le hagan nuevos injertos. Como la piel injertada no crece, hasta que llegue a la edad adulta tendrán que seguir injertándole para que la piel siga el ritmo de su crecimiento. Cuando está internado en el hospital, le agrada pasar el tiempo con los niños enfermos y heridos. Una vez estuvo toda la noche despierto, tratando de consolar a una niña que había sufrido quemaduras.

—Cuando veo que puedo hacer que alguien se sienta mejor —me ha dicho— me siento mejor yo también. Les digo lo grave que estuve y lo bien que estoy ahora. No voy a dejar que lo que me sucedió a mí me impida hacer lo que quiero. Yo sigo adelante.

—Bobby triunfará —declaró recientemente la doctora Miller— porque está orgulloso de haberse salvado.



Agua que no has de beber . . .

Los EMPLEADOS del municipio de Miami Springs (Florida) quedaron atónitos cuando se presentaron de improviso más de 50 residentes a pagar sus respectivas cuentas del agua. "Jamás había visto tanto movimiento", juraba uno de los oficinistas. "Todos llegaban atropellándose con el dinero en la mano". Parece que el agua había dejado de correr en sus casas.

Sólo más tarde los deudores morosos se enteraron de que una explanadora había cortado accidentalmente la tubería principal que abastece a Miami Springs. — *The Insider's Newsletter*

HUGH TROY era aficionado a las bromas pesadas. Cuando estaba estudiando en la Universidad de Cornell, él y un amigo se encontraron un cesto de papeles hecho de una pata de rinoceronte. Con ella imprimieron sobre la nieve un falso rastro que iba a dar al lago de donde se surtía de agua potable la población universitaria. Cuando se identificaron las huellas, la mitad de los residentes dejó de beber agua, y la otra mitad juraba que el agua sabía a rinoceronte. — J. W. D.



Visión anticipada de la Feria Mundial de Nueva York, impresionante despliegue de las realizaciones del hombre y ojeada deslumbrante a sus perspectivas.

POR IRA WOLFERT

Condensado de "The Diplomat"

¡Ya viene la feria más fabulosa del mundo!

A PRINCIPIOS de este año se instalaron en Nueva York las más brillantes luces eléctricas de todos los tiempos, entre las bases de tres postes de 38 metros de altura. Se idearon para simular la luz solar en las investigaciones del espacio y, aun cuando cada lámpara mide menos de ocho centímetros de diámetro y 50 de longitud, produce tanta iluminación como 8.755.-000 bombillas de 100 vatios. Combinados, los 12 faros suman 12.000 millones de bujías. Los reflectores que los rodean concentrarán esta luz en un solo haz y lo dirigirán hacia arriba.

Al caer la noche el 22 de abril, empezarán a lanzarse chorros de aire sobre las lámparas para disipar su calor, y se encenderán las luces para iluminar la primera noche de la Feria Mundial de Nueva York.

Este espectáculo permanecerá abierto hasta el 18 de octubre de 1964, y volverá a abrirse en 1965, del 21 de abril al 17 de octubre. Todas las noches durante estas temporadas el haz de luz refulgirá ha-

noche, el amanecer, y el día otra vez.

Otra característica singular de la feria es la cantidad de espacio que se ha dedicado a la religión: ocho pabellones en un total de más de tres hectáreas. Actuará el coro del Gran Tabernáculo de los mormones, de la Ciudad del Lago Salado; se exhibirán una talla de madera del siglo IV que es una de las más antiguas imágenes conocidas de Jesucristo, una Biblia de Gutenberg, la cruz quemada en el bombardeo de la catedral de Coventry y un cerebro electrónico que sirve para traducir la Biblia a los idiomas no escritos.

Ningún pabellón puede ocupar más de 60 por ciento del espacio que se le asigna; el 40 por ciento restante tiene que dedicarse a jardín. Como todos los gigantes se esfuerzan por sobresalir, la competencia es tremenda. Walter Teague, proyectista de la exposición de las compañías de gas, me dijo: "Como nosotros éramos uno de los expositores más pequeños, nos destinaron un espacio limitado. Logramos el efecto de un lugar espacioso haciendo pasar nuestro 40 por ciento de jardín a través del edificio lo mismo que alrededor de él". ¡Este "pequeño" expositor ha gastado 5.500.000 dólares en su muestra!.

En la feria a nadie se le cansarán los pies. Los visitantes viajan en artefactos mecánicos frente a casi todas las cosas, por encima o por debajo de ellas. De puertas para afuera, va uno de una o otra instalación en autobuses de turismo con techo de vidrio, o en trenecitos de remolque abiertos a los lados, o en un diminuto "taxi" para cuatro pasajeros. Se puede viajar también muy por encima de todas las exhibiciones para obtener una visión panorámica desde un teleférico, o rodear el perímetro del Lago de la Diversión a bordo de uno de los seis trenes de dos coches, con aire acondicionado, que facilita la AMF Monorail.

Bajo techo, viaja uno de pie en aceras movedizas o escaleras mecánicas, o sentado en coches, mecedoras flotantes y naves espaciales. En el puesto de la General Electric, el escenario gira en torno al observador, mientras que en el de la IBM viaja uno en el teatro mismo, que está montado sobre rieles.

En la Feria Mundial de 1939 lo más sensacional fué el "Futurama" de la General Motors, que era un viaje por las autopistas del futuro, al que acudían por término medio 28.000 personas al día. En el nuevo "Futurama" de la General Motors, construido a un costo de 38 millones de dólares, el público (que será de 70.000 personas diarias esta vez) viajará alrededor del mundo como *podría* hacerlo si el tema de la feria, "La paz mediante la comprensión", se realizara y los sabios y los técnicos pudieran dedicar sus energías exclusivamente a obras de paz. El presidente de la compañía, Frederic Donner, dio esta orden a los proyectistas: "Nada de fantasía, nada que no pueda apoyarse en sóli-

dos hechos como una posibilidad concreta y práctica".

¡Qué mundo se verá en la bola de cristal de la General Motors! Como las perforaciones submarinas ya están suministrando una considerable proporción del petróleo que se consume en el mundo, y los mineros de diamantes están sacando en promedio 100 kilates al día del lecho del océano frente a Sudáfrica, el mundo submarino, más ciertamente que el del espacio, es el nuevo territorio abierto a la exploración del hombre. Así pues, los visitantes del "Futurama" viajan bajo el mar. Se les muestran nuevos métodos de exploración, minería, cultivo y vida submarinos. Trenes submarinos de carros tanques movidos por energía nuclear cargan petróleo en pozos abiertos en el lecho del océano, se dirigen a toda velocidad a una refinería situada en la costa, descargan y regresan sin haber salido a la superficie.

En seguida el público regresa a la superficie para ver lo que está haciendo el futuro para resolver el problema de su enorme aumento de población. Ve desmontar un bosque con una cortadora de árboles que emplea a manera de sierra un rayo de "laser". Detrás de este aparato viene un vehículo constructor de caminos, de cinco pisos de altura y tan largo como un campo de fútbol. Construye una autopista de varios carriles mientras uno espera. La parte delantera nivela la tierra despejada de árboles; la parte intermedia explana el terreno e instala cimientos de acero; y la parte trasera los cubre con losas de cemento, plástico y otros materiales que el mismo monstruo fabrica mientras los camiones que lo alimentan de materias primas corren sobre la carretera que está haciendo.

De esta extraña escena el público pasa a un desierto que se cultiva por mando a distancia. El suelo del desierto, rico en minerales, se riega con agua del mar a la cual se le ha quitado la sal y cuyo flujo regulan aparatos sensitivos a la humedad, colocados entre las siembras. Apretando diversos botones en su casa, situada al borde del campo, el granjero mezcla los abonos con el agua y guía los vehículos que aran, siembran, cultivan y recolectan la cosecha.

El gobierno de los Estados Unidos aspira al campeonato de dar gusto al público, con un pabellón construido a un costo de 17 millones de dólares, en que una película de "Cinerama" recuerda la historia del desarrollo de la nación, empleando para ello 30 proyectores y 132 pantallas en lo que podría denominarse un espectáculo paseado. El auditorio, ocupando autobuses sin capota, va pasando adelante con Cristóbal Colón, con los colonizadores, con los pioneros que iban al Oeste y con los inmigrantes, mientras que en su derredor las pantallas del cine se separan, suben y bajan, y hasta forman un túnel para dar paso a los autobuses.

Otros cuatro de los aspirantes a ese campeonato han vuelto los ojos

a Walt Disney, el más valioso recurso natural de Hollywood. A los que visiten el pabellón de Pepsi-Cola los llevarán a hacer un viaje tipo Disneylandia alrededor del mundo, y en el pabellón Ford a un viaje, también de Disneylandia, a través de la historia. Tanto la General Electric como el Estado de Illinois emplearán figuras de tamaño natural animadas por Disney. En el pabellón de Illinois, una efigie de 1,90 m. de estatura, con un rostro tan feo que parece hermoso, construida con ayuda de una mascarilla de Abrahán Lincoln, se levantará, avanzará y pronunciará una de las alocuciones inmortales del Presidente poeta. Disney dice: "Estoy haciendo todo lo posible para dar al espectador la sensación de estar entre la multitud el día en que Lincoln pronunció ese discurso".

Las autoridades de la feria calculan que se necesitarían 12 días desde temprano por la mañana hasta tarde por la noche, más la resistencia de una explanadora, para ver todo lo que se ofrece. En ello no se incluye lo que la ciudad de Nueva York hará por su cuenta en favor del visitante. Broadway, como es claro, echará la casa por la ventana y habrá funciones especiales y conciertos en el Centro Lincoln, exposiciones especiales en los museos y bibliotecas, y ensayos para el equipo olímpico norteamericano.

Pero la feria es el espectáculo principal, desde luego. Y lo que allí se verá es lo que más enorgullece al hombre. Hace unos pocos días, llevado por el entusiasmo que le producía lo que se está haciendo, Robert Moses alzó la carrasposa voz y dijo: "Venga en su helicóptero. Aterrice en nuestra Torre de Helicópteros. Quedará más sorprendido que Balboa y su gente cuando, sobrecogidos de asombro, contemplaron por primera vez el Pacífico".



Con calma todo se logra

Howard Luck Gossage, escritor de anuncios de San Francisco, ha dado el ejemplo máximo de modestia en la publicidad, con el siguiente aviso: "Si, al viajar por un camino, se encuentra usted con una gasolinera de la compañía Fina en el lado derecho de su ruta, es decir, que no tenga que atravesar por donde los autos vienen en sentido contrario, y si no hay seis coches esperando y usted necesita gasolina o alguna otra cosa, deténgase por favor". — *Playboy*

Letrero dibujado a mano en el escaparate de una tienda de regalos: "La dependiente que atiende hoy es mansa y tímida . . . Entre usted a curiosear". — S. C. F.

Por Gonzalo Facio
Embajador de Costa Rica en los Estados Unidos; presidente del Consejo de la Organización de los Estados Americanos, durante el período 1962-1963.

¡El régimen de Castro debe desaparecer!

"Los iberoamericanos tenemos el poder y la obligación de extirpar de nuestro hemisferio este cáncer de subversión", dice una figura política de primera magnitud en Iberoamérica. He aquí su programa para lograrlo.

Los miembros de la Organización de los Estados Americanos debemos enfrentarnos a una difícil tarea histórica. Debemos ponernos en movimiento pronta y decisivamente para eliminar el terrible peligro que se cierne sobre todas las naciones de América desde la desdichada isla de Cuba: la amenaza siniestra de la subversión comunista. *El régimen de Fidel Castro, satélite soviético en Cuba, debe ser derrocado y sustituido por un gobierno democrático que represente verdaderamente a su pueblo.*

Como portavoz de una nación pequeña pero amante de la libertad, comprendo que nuestro poderoso vecino, Estados Unidos, no se halla en peligro inmediato a causa de Cuba. Pero es evidente que los países latinoamericanos sí están amenazados por ella. Todos los años, por ejemplo, van a Cuba muchos ciudadanos de América Latina para recibir adiestramiento ideológico y para-militar. Tan sólo en 1962 acudieron a la isla 1500 "estudiantes", que fueron instruidos en toda clase de procedimientos subversivos y regresaron después a sus países para fomentar allí el desorden y el caos con que pretenden derrocar a los gobiernos democráticos y legítimos

que ocupan el poder, y para imponer regímenes castristas. Ellos son los que han colocado bombas, los que han provocado incendios, los que han promovido sabotajes y motines contra el gobierno y la industria de Venezuela en los 18 últimos meses. Escogieron a este país como blanco singular de sus miras porque Venezuela es rica en petróleo y el petróleo constituye una necesidad vital para el régimen castro-soviético.

Desde Cuba se envían a nuestros países toneladas de literatura comunista, de caricaturas contra el gobierno y de escritos para incitar el odio contra los Estados Unidos. Las emisoras de radio cubanas lanzan al aire día y noche programas de rencor y revuelta destinados a nuestras naciones. Además, hay envíos de armas. Hace pocos meses informó el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, que se había descubierto a principios de noviembre un depósito de tres toneladas de modernas armas automáticas en una playa venezolana. Basándose en las marcas, presentó la prueba de que tales armas venían de Cuba y dijo: "Será necesario emprender una acción conjunta para reducir esta cabeza de puente del comunismo en América Latina".

Los designios de nuestros enemigos son inequívocos: destruir la ley y el orden en América Latina, y allanar el camino para que un día el comunismo ruso se adueñe de las riendas del poder.

Incumbe a todos los miembros de la Organización de los Estados Americanos, y no solamente a los Estados Unidos, barrer esta amenaza a nuestra estabilidad y a nuestra seguridad. Los países latinoamericanos tenemos el poder y la obligación de hacerlo. Como dijo en setiembre pasado el secretario de Estado Dean Rusk, ante la convención nacional de la Legión Norteamericana: "La intrusión política o militar de Moscú en este hemisferio y el incesante afán castrista de inmiscuirse en los asuntos de otras naciones de esta parte del mundo, no son aceptables ni susceptibles de transacción".

Algunos temen que emprender cualquier acción contra Cuba sería violar nuestra unánime política de no intervención. Es cierto que las naciones de la OEA se han comprometido a no intervenir en los asuntos internos de sus vecinas, mas la ingerencia enemiga se ha producido ya. A través de Cuba *la Unión Soviética ha intervenido en el corazón mismo de las Américas.* Ya no se trata por tanto de intervenir, sino de *poner fin* a la intervención.

¿Cuál será el mejor método para extirpar ese cáncer de la subversión que es en realidad el régimen de Castro? No lo es la acción militar directa. Durante la crisis internacional que se produjo en 1962 por la presencia de cohetes teledirigidos en la isla hubiese estado justificada, según la Doctrina Monroe, una intervención de las fuerzas armadas estadounidenses, y la hubieran

aplaudido casi todos los estadistas latinoamericanos que aman la libertad. Además, habría sido eficaz. Hoy, en cambio, ni siquiera los Estados Unidos pueden confiar en una victoria rápida y clara de sus armas.

Tampoco podemos (como han sugerido algunos en notoria desesperación) negociar con la Unión Soviética para poner fin a la tiranía del sátrapa barbado. Kruschef no aceptaría un plan así. El prestigio de los dirigentes soviéticos sufrirá un enorme menoscabo cuando Castro caiga; es absurdo esperar que los jerarcas de la Unión Soviética ayuden en este sentido. ¿Qué cabe hacer entonces? *La única solución es alentar la rebelión del pueblo cubano en el interior de la isla.*

El valeroso e inteligente pueblo de Cuba no lleva con buen talante el yugo de Castro y los soviéticos que le ha impuesto la traición, pero no puede sacudírselo sin auxilio del exterior. Nosotros, que somos sus vecinos, le podemos dar ese auxilio de cuatro maneras importantes:

1. **Debemos observar una política clara y firme.** Hay que dejar bien sentado, repetida e inequívocamente a través de nuestros respectivos gobiernos, que la política suscrita por todos nosotros es la de ayudar al pueblo cubano para que reconquiste su independencia. No puede aliviarse la presión diplomática, no pueden "normalizarse" las relaciones con Castro. La política de firmeza dará ánimos al pueblo de Cuba para sufrir sus tribulaciones y paciencia para aplicarse a la obra de deponer al que lo ha traicionado. Al mismo tiempo, servirá para dar a conocer a los rusos y a los secuaces de Castro que están contados sus días en el gobierno de Cuba. Nada quebranta tan pronto la fuerza de un tirano como hacerle ver que sus enemigos lo superan en número y darle a entender que llegará un momento en que ha de ser mayor que la suya la fuerza de aquellos a quienes oprime.

2. **Se debe mantener el cerco económico.** En una reunión que los ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas celebraron en Punta del Este (Uruguay) en enero de 1962, se acordó interrumpir todo tráfico de materiales de uso militar y estratégico con Cuba. Me enorgullece decir que la mayoría de las naciones latinoamericanas han observado fielmente esta política de aislamiento. Además, se ha reducido a proporciones insignificantes el comercio de cualquier otro tipo de mercancías enviadas a Cuba o traídas desde ella por las casas comerciales de las dos Américas. El gobierno de Panamá, que abandera barcos de muchas naciones, canceló hace poco la matrícula de una embarcación que descargó en Cuba. Canadá y algunas naciones de la Europa occidental aun siguen comerciando en pequeña escala con la isla. Sin embargo, así como más del 95 por ciento del comercio cubano de la época anterior a Castro se realizaba con

los países libres y menos del cinco por ciento con los comunistas, las proporciones se invierten actualmente: el 80 por ciento del comercio de Cuba se realiza hoy con el bloque comunista.

No cabe duda que esta política impone severas dificultades al régimen de Castro. Las exportaciones cubanas, que llegaban a un total de 734 millones de dólares un año antes de Castro, se redujeron a 521 millones en 1962 y, según los cálculos, en 1963 han bajado todavía más; por otra parte, la mayoría de lo que queda corresponde al azúcar vendida al bloque soviético. En un discurso que pronunció en setiembre último, se quejaba Castro de la "soga económica" que le habían echado al cuello y de su deuda de 100 millones de pesos para con la Unión Soviética. El sostenimiento del tirano depende cada vez más de Moscú, quien, por su parte, está descubriendo que esta aventura colonial le resulta cada día más dispendiosa.

Debemos dar mayor eficacia a esta arma económica consiguiendo la cooperación de *todas* las naciones libres.

3. Hay que ayudar a los que luchan por la libertad. Exceptuando la intervención militar, hemos de ayudar por todos los medios posibles al pueblo cubano para que prepare su rebelión. Si se fomenta, vendrá con toda seguridad. Pese a que se jacta de contar con el apoyo popular, el gobierno de Castro ha perdido el respaldo de una mayoría abrumadora de la población. Son casi 300.000 los hombres, mujeres y niños que huyeron de la isla desde que Castro traicionó la revolución entregándola en manos de los comunistas. Por lo menos 315.000 más han solicitado visas de salida. Cada semana escapan en lanchas un promedio de doce personas.

Los campesinos y los obreros de Cuba expresan su descontento negándose a producir. Castro y otros funcionarios de su gobierno han hecho exaltados llamamientos a la "cooperación de los trabajadores". El azúcar es la base de la economía cubana, y Cuba produce normalmente cerca de seis millones de toneladas al año. En 1963 se recogieron solamente 3.800.000 toneladas, y para 1964 se calcula una zafra menor todavía.

La milicia y el ejército están demasiado cerca de sus familias para permanecer indiferentes al estado de ánimo del pueblo. Sabedor de que esos soldados constituyen una amenaza a la seguridad, el régimen sigue el sistema de cambiar frecuente e inopinadamente a los oficiales y a las unidades militares, así como el de racionar la dotación de municiones y vigilar muy de cerca la distribución de armas. A pesar de todo hay deserciones y conspiraciones continuas. A fines del verano pasado fueron destituidos o arrestados varios cientos de oficiales y soldados de marina. Se arrestó también a los oficiales de aviación de tres diferentes bases, acusados de deslealtad.

En toda la isla se preparan secre-

(Desprenda por aquí)

Lea usted lo que opinan estas personalidades, mundialmente famosas, sobre EL ATLAS DE NUESTRO TIEMPO de Selecciones del Reader's Digest.

Sir John Hunt - Jefe de la expedición británica que conquistó el Monte Everest.

"DESEARÍA ENCONTRAR UN NOMBRE PARA ESTE TREMENDO FESTÍN DE CONOCIMIENTOS . . ."

". . . que fuese más descriptivo a su alcance y contenido que la simple palabra "atlas". Pienso que este tremendo festín de conocimientos publicado por Reader's Digest es un cuadro fiel de nuestra tierra en relación con el universo. Esta obra proporciona un servicio importantísimo en una forma fascinante".

Sir Julián Huxley - Biólogo eminente.

"ÉSTE ES UN NUEVO MUNDO EN ATLAS . . ."

"Es la única manera de que también sea una enciclopedia, con sus mapas de exploración, las rutas migratorias de los pájaros, la distribución de los minerales, las religiones y áreas de población, el conjunto del sistema solar y las constelaciones. Será una obra esencial para todos aquéllos que desean saber más acerca del mundo, que la simple posición de los pueblos y de los ríos . . ."

Sir Mortimer Wheeler - Famoso arqueólogo.

"UNA UNIVERSIDAD COMPLETA EN DIBUJOS . . ."

"La Geografia trata de mapas, pero los mapas pueden tratar de algo más que de geografia. Este ATLAS es una universidad completa en grabados. Lo que tiene que decir lo dice con inigualable claridad, ¡y dice mucho! Yo lo describiria como un libro **básicamente necesario**".



PEGUE AL FRENTE ESTE LIBRO-MINIATURA PARA RECIBIR SU EJEMPLAR

(Desprenda por aquí)

EL FRANQUEO SERÁ PAGADO POR EL DESTINATARIO

Permiso No. 25
RESPUESTAS POSTALES PAGADAS.

Selecciones
del Reader's Digest Argentina, S. A.
Apartado Especial No. 51
Buenos Aires.

tamente para la insurrección numerosos grupos. Conozco personalmente a muchos de sus caudillos; he visto sus informes secretos; he escuchado los llamamientos que hicieron a sus vecinos latinoamericanos en demanda de ayuda. Hoy por hoy les falta un mando central capaz de coordinar eficazmente sus acciones. Ese liderato no puede ser escogido por ningún gobierno extranjero; debe nacer del pueblo. Han fracasado todos los intentos realizados por organismos de los Estados Unidos para elegir dirigentes para los cubanos. Pero la dirección vendrá. Cuando esto ocurra, necesitará un santuario, un lugar secreto donde se pueda armar y adiestrar, y desde el cual pueda lanzar incursiones para volver a refugiarse allí; un lugar para diseminar desde él su propaganda. Nosotros, los miembros de la OEA, debemos procurarles esa plaza fuerte. Y debemos dar a todos los cubanos la seguridad de que, cuando estalle la rebelión, recibirán toda la ayuda militar y económica que necesiten para alcanzar sus objetivos.

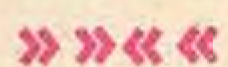
Para acelerar esta insurrección libertadora, debemos dar a los diversos grupos de cubanos en el exilio todo el apoyo moral y la ayuda que esté en nuestras manos. O por lo menos debemos tener mucho cuidado en no desalentar sus actividades. El pueblo norteamericano, sobre todo, debe tener en cuenta que su propio Congreso declaró en setiembre de 1962 que el gobierno de los Estados Unidos estaba resuelto a "colaborar con la OEA y con los cubanos amantes de la libertad para apoyar las aspiraciones del pueblo de Cuba en favor de su auto-determinación". Que nunca se diga que alguno de nosotros impidió a valerosos ciudadanos de nuestro hemisferio luchar para rescatar a su patria de una potencia extranjera del otro lado del globo.

4. Es preciso suprimir radicalmente todas las actividades subversivas. Hay también algo que hacer dentro de cada uno de los países que pertenecen a la OEA. La primera vez que se presentó a la Conferencia de Bogotá, celebrada por las repúblicas americanas en 1948, el problema de la defensa de los gobiernos libres contra la subversión comunista, el edificio donde se celebraba la conferencia fue atacado por las turbas amotinadas, guiadas por los comunistas, y se provocaron incendios en el centro de Bogotá. Uno de los que participaron en los disturbios era el mismo Fidel Castro, cuyo gobierno proporciona hoy la base desde la cual se lanza la subversión comunista a toda América. Hemos de descubrir y castigar a todos los agentes del comunismo internacional en cada uno de nuestros países, sean cualesquiera sus nacionalidades. Debemos impedir que pasen por las fronteras internacionales esos extranjeros que, según todas las probabilidades, intentarán realizar actos subversivos contra la seguridad de cualquier nación del hemisferio occidental. Tenemos

que hacer efectiva la resolución de la Conferencia Interamericana de Caracas de 1954, en la cual se pedía "desenmascarar la identidad, las actividades y las fuentes de fondos de los que viajan al servicio del movimiento comunista internacional y actúan como agentes suyos".

Por fin, ahora que Cuba ha sido claramente sorprendida introduciendo armas en Venezuela, creo que debemos emplear la fuerza militar que sea precisa para evitar tan flagrante subversión. El secretario de Estado Rusk ha advertido que los Estados Unidos usarían sus fuerzas armadas para interceptar los embarques de armamentos cubanos o soviéticos destinados a cualquier nación de este hemisferio. Dijo al Congreso que "pretendemos hacer valer el derecho de vigilancia" sobre Cuba y las aguas que la rodean, no obstante el peligro de "incidentes". Hay que hacer todo lo posible, en los meses venideros, para poner coto a las agresiones cubanas. Si no nos mostramos firmes, tendremos que habérnoslas con otras intrusiones comunistas, más audaces y más peligrosas.

El programa que he sugerido para restaurar la libertad de Cuba depende de la acción colectiva. Nace, sin embargo, de una tradición. Los corazones de todos los pueblos americanos han estado siempre con aquellos que se disponen a pelear por la libertad de su patria. Durante la lucha que sostuvo el pueblo cubano en 1898 para lograr su independencia, contó ciertamente con el apoyo activo de los Estados Unidos. El mismo Castro preparó en Méjico la expedición armada con que inició la revolución que derrocó a Fulgencio Batista, y muchas personas del Caribe y de los Estados Unidos, engañadas por sus promesas de establecer un régimen democrático, lo ayudaron en su empeño. Ahora nuestros pensamientos están con el pueblo cubano, entregado por la traición a un opresor extranjero. A ellos, por su bien y por el nuestro, debemos dedicarles nuestro saber y nuestras fuerzas. Hemos de ayudar al pueblo cubano a liberarse de la garra del comunismo; hemos de hacerlo ahora, antes que esa garra se apriete más sobre nuestras gargantas.



El reverso de la medalla

Un compañero mío de oficina dice que ya su vieja afeitadora eléctrica no lo deja bien rasurado, pero hace tanto ruido que ahoga la matutina gritería de su casa.

— *Press*, de Grand Rapids

No cabe duda que la televisión está mejorando. Antes podía uno servirse un vaso de cerveza mientras pasaban el anuncio comercial; hoy tiene tiempo para rastrillar el jardín entero.

— F. K.



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

CUANDO encontramos en la lectura una máxima útil, una idea feliz, un pensamiento brillante o un dicho agudo, nuestra natural reacción es retenerlo en la memoria para utilizarlo cuando se presente la ocasión, manera muy práctica de amenizar la conversación. Lo mismo debemos hacer con las palabras nuevas, para acrecentar nuestro acervo idiomático, que da la medida de nuestra cultura. ¿Es en todos los casos el significado que damos a la vuelta el que escoge para las palabras de abajo el lector curioso?



1) **andante** — A: aire algo lento. B: armazón provisional. C: aventura chusca. D: descarga del arcabuz.
2) **boyero** — A: bodeguero. B: el que boicotea. C: el que conduce bueyes. D: el que coloca boyas.
3) **cabos (atar)** — A: dar cabida. B: sacar deducciones. C: cabos por atar. D: atar perros con longaniza.
4) **consunción** — A: concreción. B: sensación. C: extenuación. D: contusión.
5) **dengue** — A: devaneo. B: melindre. C: demora. D: merengue.
6) **elocución** — A: vocablo. B: modelo. C: verbo. D: estilo.
7) **gea** — A: término geonómico. B: geodésico. C: geopolítico. D: geológico.
8) **helecho** — A: planta. B: árbol. C: arbusto. D: hierba.
9) **iris** — A: color. B: rocío. C: arco. D: lluvia.
10) **luminar** — A: lunar. B: fogata. C: astro. D: farol.
11) **otorrinolaringólogo** — A: especialista en enfermedades del oído. B: de la nariz. C: de la garganta. D: de los ojos.
12) **paranoico** — A: parco. B: lunático. C: alelado. D: paradójico.
13) **pigricia** — A: penitencia. B: picardía. C: pereza. D: mugre.
14) **precito** — A: asesino. B: mártir. C: preso. D: réprobo.
15) **quilificar** — A: pesar. B: apreciar los quilates. C: medir los kilómetros. D: convertir en quilo.
16) **ringorrango** — A: cosa de gringo. B: rigorismo extremado. C: adorno superfluo. D: chafalonía.
17) **simaruba** — A: cuento increíble. B: árbol. C: chisme. D: araña venenosa.
18) **tranco** — A: carrera. B: dintel. C: prisa. D: umbral.
19) **venusto** — A: hermoso. B: viejo. C: ventrudo. D: feliz.
20) **zuna** — A: matiz. B: paliza. C: cierta ley. D: uva.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **andante** — A: aire moderadamente lento. "Y ningún caballero (del siglo XVIII) deja de saborear un *andante* . . . sólo porque una docena de chinches lo estén devorando debajo de la peluca". (Antonio Mingote)

2) **boyero** — C: el que conduce o guarda bueyes. "Marcha entonando el *boyero* / su misteriosa tonada". (Joaquín Dicenta)

3) **cabos (atar)** — B: sacar deducciones lógicas. "A través del relato los niños iban *atando cabos* y penetrando en el espíritu de la fábula". (Alberto Ghiraldo)

4) **consunción** — C: extenuación, enflaquecimiento. "Don Jacinto se había apagado por *consunción*". (Felipe Sassone)

5) **dengue** — B: melindre mujeril. "A no ser porque tus *dengues* / ceden sólo a mi porfía / . . ." (Bretón)

6) **elocución** — D: estilo en el uso de la palabra ". . . y el período ciceroniano fue la norma de la *elocución* . . ." (Andrés Bello)

7) **gea** — D: conjunto del reino inorgánico de un país o región. (Del griego *ge*, tierra.)

8) **helecho** — A: planta criptógama de frondas ramificadas en hojuelas. "¿Son sucios los *helechos* que besa la corriente y espolvorea la tierra?" (Teresa de la Parra)

9) **iris** — C: arco de colores que se forma en las nubes por refracción y reflexión de la luz. En la mitología antigua *Iris* era la mensajera de los dioses. El vestido que llevaba tenía los siete colores.

10) **luminar** — C: astro brillante. Fig. "En el cielo de la bandera / vierte la estrella su claro *luminar*". (Roberto Mesa Fuentes)

11) **otorrinolaringólogo** — A, B y C: especialista en enfermedades del oído, nariz y laringe. "Y los cíclopes, con un ojo en la frente como los *otorrinolaringólogos*". (Antonio Mingote)

12) **paranoico** — B: lunático. "No puede compararse un *paranoico* como Nerón con un hombre equilibrado como Trajano". (Germán Arciniegas)

13) **pigricia** — C: pereza, ociosidad. "Mas, vencido el amante de *pigricia*, no quiere que ejercite el oficio". (Castillo y Solórzano)

14) **precito** — D: condenado al infierno, réprobo. "¿Y los demás, los que no coincidían de antemano con él? ¡Ah!, esos no existían, y si existían, eran unos *precitos*". (José Ortega y Gasset)

15) **quilificar** — D: convertir en *quilo* (líquido que se absorbe por el intestino durante la digestión) los alimentos.

16) **ringorrango** — C: adorno superfluo. "Nada de adjetivos inútiles, ni de retóricas y *ringorrangos*". (Jorge Cárdenas Nannetti)

17) **simaruba** — B: árbol americano cuya corteza se emplea como febrífugo.

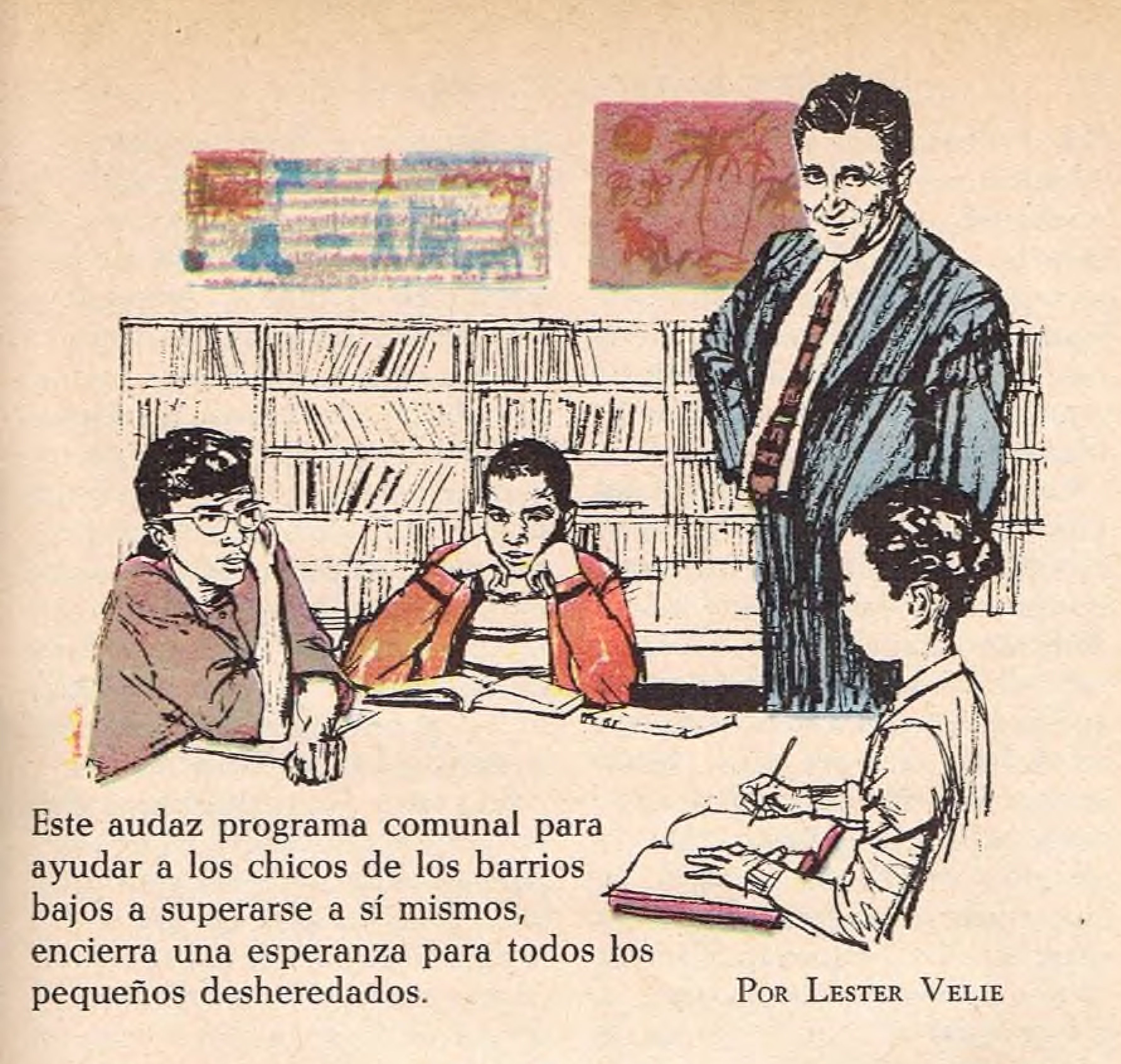
18) **tranco** — D: umbral. "Su novio (que es muy celoso) no la deja salir ni al *tranco* de la calle". (Federico García Lorca)

19) **venusto** — A: hermoso. Se aplica a lo parecido a la diosa Venus. "María tiene un cuerpo *venusto*".

20) **zuna** — C: ley tradicional de los mahometanos, sacada de los dichos y sentencias de Mahoma. (Del árabe *sunna*, costumbre, tradición.)

Calificación

20 respuestas acertadas . . . . sobresaliente
15 a 19 acertadas . . . . notable
12 a 14 acertadas . . . . bueno
9 a 11 acertadas . . . . regular



Este audaz programa comunal para ayudar a los chicos de los barrios bajos a superarse a sí mismos, encierra una esperanza para todos los pequeños desheredados.

Por Lester Velie

Acicate para los estudiantes humildes

A primera vista, el barrio de Dixwell, en la ciudad de New Haven (Connecticut), parece ser otro de esos rincones en que se hacinan los negros procedentes del Sur de los Estados Unidos. Más de la mitad de las familias viven del socorro oficial; el número de desocupados es tres veces mayor que en el resto de la ciudad, como lo es también la proporción de delitos. Bajo la superficie, sin embargo, es diferente: aquí alienta la esperanza, la confianza en la propia capaci-

dad... y hay claros indicios de una trasformación. Todo ello irradia de la admirable escuela primaria Winchester, que considera obligación suya ocuparse de todos los hombres, mujeres y niños del distrito y sólo cierra sus puertas cuando el vecindario duerme, de medianoche a las 8 de la mañana.

Esta escuela tiene mucho que enseñar al resto del país. Y la necesidad de tal enseñanza es apremiante, pues esos barrios bajos, donde el número de alumnos que no terminan los cursos elementales es mayor que en los demás, constituyen viveros de futuros desocupados. Pero la escuela Winchester muestra cómo puede utilizarse el barrio bajo como un escalón para alcanzar un nivel superior, y ha dado ya un ejemplo práctico sobre la forma de ayudar a elevarse a las familias negras venidas del Sur, tal como los inmigrantes europeos se han elevado en toda América a través de las generaciones.

El Plan Winchester tuvo su comienzo hace 17 años, cuando Isadore Wexler, el director de la escuela, al recorrer la arteria principal del barrio, la avenida Dixwell, tomó nota de sus cientos de tabernas y salones de billar y de los muchos grupos de jovenzuelos ociosos congregados allí.

"Yo no tengo a mis alumnos más que cinco horas por día —pensó—. ¿Cómo puedo competir con esta otra escuela (la calle) y con estos otros maestros (los habitantes del barrio miserable), que los tienen consigo todo el resto del tiempo?"

Wexler, un hombre activo y de elevada estatura que hoy tiene 56 años, llegó a la conclusión de que esa competencia sería imposible a menos que pudiese prolongar la jornada escolar y, además, mejorar el ambiente de hogares y vecindario. Debía comenzar por hacer de la escuela un lugar al que pudieran acudir los padres de sus alumnos para aprender, para debatir en común sus problemas familiares, para ser aconsejados en cuestiones de trabajo y adiestramiento en el mismo... y un centro para fomentar la iniciativa en la comunidad.

Su primer paso consistió en interesar a los padres en un problema general: el hambre que pasaban sus hijos. Muchos niños no sólo iban a la escuela después de haber tomado apenas un ligerísimo desayuno, sino que no llevaban para la hora del almuerzo otra cosa que un bollo o una botella de gaseosa. Era tan urgente dar alimento a los estómagos como a las mentes. Wexler contribuyó a organizar la primera Asociación de Padres y Maestros del barrio y pronto la puso a trabajar en reunir los 1400 dólares necesarios para comprar platos y cacerolas, contratar una cocinera e iniciar un servicio de comidas calientes a mediodía; un cercano edificio de casas baratas facilitó una cocina y lugar para el comedor. Alrededor de 300 niños comenzaron a disfrutar de almuerzos que les proporcionaban dos terceras partes de las calorías diarias que necesitaban.

La escuela que dirigía Wexler había sido construida 80 años antes y no tenía parque de juegos ni salas para reuniones y actividades de los adultos. Se necesitaba un edificio nuevo, y Wexler vio en ello una nueva oportunidad para ganarse el interés del vecindario. Visitando a los sacerdotes, a la sección local de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color y a las cámaras de comerciantes y profesionales, formó el Consejo de la Comunidad de Dixwell para que fuese portavoz del barrio, y en su primera reunión preguntó:

—¿Con qué debe contar nuestra nueva escuela?

Nadie lo sabía de seguro, pero podían averiguarlo haciendo algo que los vecindarios de gente de color hacen muy raras veces: pedir consejo a otros. Durante varias semanas, los miembros del consejo escucharon, fascinados, a especialistas en sanidad y en cultura física, arquitectos y bibliotecarios que les hablaban sobre lo que podría incluir una escuela de barrio. Como consecuencia de ello se trazaron una serie de interesantes proyectos, pero cuando el consejo los presentó a la junta escolar de New Haven, este organismo se mostró atónito y disgustado: atónito de que los habitantes del miserable vecindario pretendieran hacerse oír; disgustado con Wexler porque se había mezclado en los asuntos propios del vecindario. Así pues, la junta escolar archivó la propuesta del Consejo de la Comunidad y amenazó a Wexler con destituirlo por "insubordinación", esto es, por no haber procedido según los reglamentos. Al mismo tiempo se le aconsejó que olvidara sus radicales proyectos para la construcción de una escuela comunal.

—A mí podrán ustedes destituirme —declaró Wexler— pero no podrán suprimir la realidad de la situación existente en el barrio.

Wexler espoleó a los vecinos a intensificar sus esfuerzos. Todos los profesionales de la zona, ayudados por los maestros de la escuela Winchester, empezaron a bombardear a sociedades femeninas, sindicatos de obreros y juntas sociales con peticiones de ayuda. En una ruidosa asamblea pública, los representantes de 75 entidades de New Haven vencieron la oposición de la junta escolar. El barrio de Dixwell obtuvo así su escuela primaria, una escuela como no la había visto ninguna otra ciudad de Connecticut, ni siquiera en suburbios opulentos. Es una hermosa construcción de ladrillo y vidrio, de una sola planta, con un salón de actos de mil butacas y dotado de un escenario que permite representar obras teatrales y dar conciertos sinfónicos, un gimnasio bastante amplio para patinaje y torneos de baloncesto, una salita de cine, una cafetería, una biblioteca y salas de reunión para las sociedades vecinales. A continuación Wexler buscó la solución de un problema que los educadores no habían mirado aún de frente. ¿Cómo se inspira a un niño de los barrios pobres el deseo de *aprender*? ¿Cómo se le

incita a poner por obra su potencialidad?

El hogar de la clase media proporciona al niño el impulso que le encamina hacia la educación y los ejemplos que ha de seguir: un hermano mayor en la escuela secundaria o universitaria, el padre o un tío que trabajan con éxito en su profesión o en un oficio especializado. Cosa de igual importancia: el hogar complementa la obra de la escuela, en él la lectura en voz alta estimula al niño mentalmente, se le dan lecciones de música y danza, se le induce a visitar la biblioteca local y a frecuentar el teatro y el "ballet". En cambio, los hogares y calles de los barrios bajos son a menudo maestros de desaliento y desmoralización, destruyen toda esperanza de abrirse camino en el mundo que se extiende más allá del vecindario miserable, inculcan sentimientos de hostilidad y desprecio hacia escuelas y maestros.

Por tanto, pensó Wexler, lo primero era hacer de la escuela un nuevo hogar. Con algún dinero obtenido de un alcalde comprensivo y de la Fundación New Haven, y con la cooperación de un grupo de voluntarios, mantuvo abierta la escuela después de las tres de la tarde. Se atraía a los niños por medio de lecturas de cuentos, con deportes, agrupaciones escolares; con cualquier cosa que pudiera entretenerlos hasta las 5:30, hora en que volvían a casa las madres que trabajaban. Al mismo tiempo, Wexler inició clases nocturnas de lectura y gramática y trató de dar a los padres una idea de lo que es la vida en los hogares de la clase media, con cursos sobre problemas familiares, formas de equilibrar el presupuesto y de preparar comidas nutritivas.

Para despertar la conciencia colectiva a la obra de ayuda propia, organizó una clase sobre dirección social. Invitó a quienes presentaban cualidades para ser dirigentes a participar en cursos nocturnos y aprender a presidir una asamblea y la manera de analizar e investigar los problemas del barrio. Con el propósito de hacer nacer entre los negros la esperanza y la confianza en sí mismos, estableció cursos para adultos sobre la historia de la gente de color. Los estudiantes se encantaron al saber que su raza había formado un genio como Toussaint L'Ouverture, el esclavo negro, caudillo de la rebelión que culminó en la emancipación de Haití; un poeta y erudito como James Weldon Johnson, un embajador como Carl Rowan, que ahora representa a los Estados Unidos en Finlandia, y un consejero presidencial como Robert Weaver.

Al tratar de enriquecer el acostumbrado programa escolar con nuevas ideas, Wexler se encontró nuevamente en guerra con los métodos de enseñanza establecidos. Por lo general, las autoridades escolares se resisten a dejar que los niños entren en contacto con otros maestros que no sean los reconocidos como tales, en tanto que Wexler acogía complacido a todo el que

pudiera estimular a sus alumnos.

Primero invitó a médicos, abogados y otros profesionales de color a que hablasen sobre su labor y presentaran casos ejemplares con los que los estudiantes se pudieran sentir identificados. Luego, por una de esas felices coincidencias que suelen influir sobre los acontecimientos, Wexler se vio en posesión de bienes culturales que superaban a cuanto hubiera podido soñar: nada menos que los recursos y la guía de la cercana Universidad de Yale.

El consejo de la universidad, alarmado por las repetidas refriegas de los estudiantes con la policía y la creciente frialdad entre la institución y la ciudad de New Haven, había venido alentando a sus jóvenes alumnos a que volcaran las energías sobrantes en una obra de bienestar común. Cuando Wexler pidió ayuda, muchos universitarios acudieron a colaborar en su escuela como voluntarios. Como los chicos no podían hacer sus deberes en sus casas ruidosas y atestadas, Wexler había abierto varias aulas en las últimas horas de la tarde, y fue entonces cuando aparecieron los alumnos de Yale, pertenecientes al recién formado Movimiento Estudiantil del Norte, para ayudar a los niños en sus deberes.

De Yale llegó también el "Plan de enlace" (que se proponía vincular a los muchachos de los barrios bajos con el mundo exterior) y mediante él los estudiantes universitarios y los alumnos de la escuela Winchester formaron centros de enlace, en que cada joven de Yale actuaba como jefe de cuatro chicos.

Los alumnos de Yale llevaron a sus pequeños colegas de la escuela Winchester a visitar talleres de diarios, a cenar en uno de los comedores de la universidad, a recorrer fábricas de jabón y jardines botánicos, a presenciar conciertos y partidos universitarios de "hockey", a recibir instrucción sobre lucha en el gimnasio de Yale. Les consiguieron tarjetas para sacar libros de la biblioteca y juntos exploraron *La isla del tesoro* de Roberto Luis Stevenson y *La isla misteriosa* de Julio Verne. Abrieron para los muchachitos de los barrios bajos las puertas del álgebra, del francés y del español, de la poesía isabelina inglesa y, lo que fue más valioso aún, les hicieron conocer jóvenes varoniles y atléticos que cifraban su interés en los libros y se esforzaban por ser algo.

Uno de los estudiantes de Yale formó un grupo familiar para enseñar a los niños el latín, la gramática y otras materias que les permitirían ingresar en colegios preparatorios. Seis de los alumnos de Winchester adelantaron tanto que fueron aceptados en escuelas secundarias de prestigio como Hotchkiss, Taft y otras, y luego fueron a estudiar en universidades como Yale y Columbia.

Sin embargo, la junta escolar de New Haven seguía siendo contraria al concepto de Wexler sobre la escuela comunal y ningún otro vecindario de la ciudad adoptó el plan

hasta que de pronto se convirtió en la piedra angular de una campaña municipal para resolver el problema de los barrios bajos. El cambio se produjo al iniciar su mandato un nuevo alcalde, Richard Lee, hombre dotado de energía, pintoresca elocuencia y desdén por la tradición política.

Lee, después de su elección como alcalde, continuó viviendo en el barrio de Dixwell, donde había crecido y que está habitado en sus tres cuartas partes por gente de color. Lo mismo que Wexler, soñaba con hacer desaparecer de New Haven el ambiente infectado de los barrios miserables, pero no sólo en lo material.

—Gastamos millones de dólares en eliminar los barrios bajos —suele decir— y ni un centavo en renovar a sus habitantes. Preferiría gastar menos dólares en ladrillos y más en seres humanos.

A fines de 1960, el alcalde Lee congregó en reuniones de estudio a unas cuantas personas que pensaban como él. El programa de mejoramiento urbano y reforma de los barrios pobres de New Haven, al que se dedicaban 80 millones de dólares anuales, estaba poniendo al descubierto muchos males sociales hasta entonces desatendidos o preteridos. Por ejemplo, el de familias que vivían de la asistencia oficial desde hacía tres generaciones y estaban hundidas en la enfermedad y la ignorancia. Cuando se trasladaba a esas familias a los nuevos barrios de viviendas municipales, con baños resplandecientes, no se hacía más que trasladar sus problemas con ellas. El alcalde Lee vio en la idea de la escuela comunal, propuesta por Wexler, el lógico punto central de una operación de renovación múltiple. Formó un cuerpo activo, al que se llamó Progreso Común, y nombró para dirigirlo a Mitchell Sviridoff, presidente de la junta escolar y ex-dirigente obrero.

En mi última visita a la escuela Winchester, Wexler había dejado su puesto de director para colaborar con el alcalde. Pero su idea avanzaba triunfalmente. La escuela experimentaba ya en la organización de otros servicios sociales para jóvenes y adultos. Un especialista en acción social establecido en la escuela, se dedicaba a persuadir a los alumnos que habían abandonado los estudios para que los reanudaran o se adiestrasen en algún oficio... y venía obteniendo gran éxito en esa tarea. Un abogado estaba a disposición de las familias del vecindario que tuvieran dificultades con sus caseros, con las agencias de empleo, con las tiendas de ventas a plazos o con los tribunales de menores.

La obra de ayudar a millones de habitantes de los barrios pobres estadounidenses a ayudarse a sí mismos para incorporarse a la sociedad, constituye un problema que crece como una bola de nieve. La corriente migratoria del Sur al Norte del país continúa incesante, mientras la desocupación aumenta entre los que carecen de instrucción y de

preparación profesional. Sin embargo, es posible reducir las proporciones del problema, si se le ataca decididamente por el método de localizarlo en los barrios bajos y de enseñar a sus habitantes a ayudarse a sí mismos.

Tal vez no se pueda hacer otra cosa que contener el avance del mal en el caso de las personas mayores que ya se sientan derrotadas. El caso de los niños, empero, es diferente: éstos pueden encontrar la manera de participar del impulso de los pueblos americanos hacia la elevación y el progreso. Las oportunidades se les brindan por todas partes. Se necesitan médicos y cocineros, ingenieros y mecánicos, maestros, administradores, fontaneros y calculistas. New Haven ha demostrado que no hay una verdadera razón para que los niños de los barrios pobres, dondequiera que sea, no aprovechen esas oportunidades, y del enriquecimiento espiritual que ellas ofrecen, en vez de unirse a las filas de los desocupados crónicos.

Visitas médicas

Un ortopedista a quien conozco suele tomar una copa antes de la comida en sus noches libres. Una tarde acababa de hacerlo así cuando lo llamó un cliente para decirle que su esposa se había lesionado la muñeca y rogarle que fuera a verla inmediatamente. Aquel matrimonio era abstemio hasta la exageración. Con sólo oler el aliento de mi colega bastaría para que rompiese relaciones con él. ¿Qué hacer? Comprendiendo que la lesión era una fractura menor, el médico preguntó si en la casa no tenían whisky "para usos medicinales". Al recibir una respuesta afirmativa, recetó que a la enferma se le dieran masajes con whisky en la muñeca durante 20 minutos. "Al llegar", cuenta el facultativo, "la casa entera olía como una taberna, y pude desempeñar mis labores curativas dentro de la mayor seguridad".

— Dr. S. W. en *Medical Economics*

El marido era un hipocondriaco exagerado y la mujer estaba ya a punto de perder la paciencia. Entonces se le ocurrió hacerse la enferma para ver si, al preocuparse por ella, su esposo se olvidaba de sus propios achaques. Así pues, cierta noche lo recibió con una relación de sus supuestos males. A la hora de la cena vio que él guardaba un silencio inusitado, y ya comenzaba a pensar que la treta iba surtiendo buen efecto. Mas no tardó en desengañarse.

—No me explico lo que me pasa —dijo al fin el marido, quejumbroso—. Me debe de estar dando lo mismo que tienes tú. — J. F.

¿Qué hace mi escritorio en el pasillo?



Qué ocurre con los testigos que declaran en el Congreso; cómo achicar al cónyuge y otros temas más o menos ligados entre sí.

POR ART BUCHWALD   Condensado del "Herald Tribune" de Nueva York

UNO DE los aspectos más gratos del sistema democrático en los Estados Unidos es que cualquier ciudadano puede rendir testimonio ante el Congreso y declarar lo que le parezca, sin temor a las consecuencias. Hace poco hemos visto, por ejemplo, que los generales y los almirantes contradicen a sus jefes inmediatos —sin galones y sin uniformes— en materias relativas a pruebas nucleares, compra de bombarderos y otros asuntos por el estilo . . . sin que los oficiales de tierra y mar en cuestión hayan sido criticados abiertamente por sus superiores. Pero cabe preguntarse qué ocurre cuando esos almirantes y generales regresan a sus puestos después de haber afirmado oficial-

Parte de este material aparece también en el libro del autor "I Chose Capitol Punishment"

mente que sus jefes civiles no saben nada de lo que dicen. Se podría presumir el siguiente diálogo:

—Mi general, lo felicito por sus declaraciones. Quizá no estemos de acuerdo con lo que usted dijo, pero defenderemos a toda costa su derecho de expresarse como se expresó.

—¿Qué hace mi escritorio en el pasillo?

—Se explica: otra persona va a venir a ocupar su despacho, pues para usted tenemos grandes planes.

—¿Como cuáles? —pregunta el general.

—Estamos muy descontentos con los informes y pronósticos meteorológicos que llegan del norte de Groenlandia, y necesitamos alguien ahí que esté enterado del punto de vista de los altos círculos militares en materia meteorológica.

—¿Y qué ocurre si rehúso el puesto?

—Bueno, tampoco estamos satisfechos con la situación de la pista de aterrizaje para aviones en la isla Midway. Con la experiencia que usted tiene en aviación, tal vez encuentre la solución al problema que presentan las estorbosas aves que se pasean imperturbables por dicha pista.

—Francamente, no me siento dispuesto a ir a Groenlandia ni a Midway. Prefiero renunciar.

El jefe se levanta de su silla y prende la Medalla al Mérito en el pecho del general, diciendo:

—El secretario de la Defensa quería condecorarlo personalmente con esta medalla, pero tuvo que asistir a la sesión investigadora del Senado, esta tarde, para tratar de contestar al testimonio que usted prestó allí esta mañana... y me pidió que le explicara lo mucho que sentía que usted se fuera, y también lo mucho que lo admiraba por su franqueza al estar en desacuerdo con casi todos nuestros puntos de vista. También me pidió que le preguntara algo más: ¿aceptaría usted, antes de partir, una invitación que tanto él como su esposa le hacen para una reunión que se celebrará en su casa, con sus correspondientes cocteles?

Cómo achicar a la esposa

Hace poco escribimos un artículo explicando cómo una esposa podía achicar a su marido. Aludíamos a un señor que medía 1,93 metros de estatura cuando se casó y que, al cabo de diez años de vida conyugal, había encogido casi diez centímetros. Imagine el lector nuestra sorpresa cuando empezamos a recibir, a raíz de la publicación de dicho artículo, centenares de cartas suscritas por esposas indignadas que exigían que atendiéramos también al punto de vista femenino.

"En mi caso particular, mi esposo es el que me ha achicado a mí", una de tales damas escribía, "pues, cuando nos casamos, yo medía 1,60 m. de estatura, y ahora tengo que encaramarme en un cajón para preparar la cena".

Según nuestras corresponsales, hay muchos modos de achicar a una mujer. Uno de ellos es que el

marido, durante una tertulia, diga:

—A propósito de automovilismo ¿sabes lo que la tonta de mi mujer hizo la otra tarde? . . . pues echar abajo un poste con el reloj medidor de estacionamiento. Nada menos. ¿Conoces a alguna persona que se dedique a derribar tales postes? ¡Esa es mi consorte!

Otro sistema consiste en hablar de los asuntos financieros de la cara mitad.

—Habías de ver las cuentas de gastos domésticos de mi mujer. Estoy seguro de que, si las examinase oficialmente un contador público, iríamos a parar a la cárcel.

También hay otra manera:

—Oye, amada esposa, cuéntales a nuestros amigos cómo pagaste una factura sin disponer de fondos suficientes en el banco y cómo te empeñabas después en culpar a éste de todo el enredo. Escuchen, que es lo más divertido que hayan oído.

Tal vez el mejor método para achicar a una esposa es aludir a su ropa, diciéndole:

—Me gusta ese vestido, vida mía, pues es igual al que llevaba puesto Esther Jennings la noche de la fiesta en el club, el domingo . . . y Esther tiene un gusto exquisito.

También puede decírsele:

—No me importa que te pongas el vestido negro con el cuello blanco, o el vestido blanco con el cuello negro. A tu edad ¿quién se va a dar cuenta?

Y así van las cosas: los maridos achicando a sus costillas y viceversa. No se explica uno por qué, estando el asunto como está, no nos hemos quedado enanos casi todos.

¿Cómo dijo usted que se llamaba?

En nuestras actividades profesionales resulta muy difícil recordar nombres y apellidos. A veces, eso se convierte en un trance doloroso. El otro día, en un tren que nos llevaba de Long Island a Nueva York, nos tocó sentarnos junto a un señor cuya fisonomía reconocimos y quien, a su vez, recordando la nuestra, nos saludó muy amable y añadió:

—Este encuentro es una verdadera coincidencia, pues hace varias semanas que he estado pensando en comunicarme con usted.

—También yo proyectaba hablarle —respondimos mientras tratábamos, en vano y sudando, de acordarnos de quién era.

—Hemos estado planeando un programa de televisión, a base de las crónicas de París que usted ha publicado, y estamos dispuestos a pagarle mil dólares por cada programa, además del diez por ciento de las utilidades.

¿Quién sería aquel señor? ¿Nuestro ex-condiscípulo? Tal vez, si supiéramos en qué empresa trabajaba, nos acordaríamos.

—Parece que su compañía va cada vez mejor —comentamos.

—Vamos espléndidamente —respondió.

—¿Y sus oficinas siguen estando en el mismo edificio? —preguntamos.

—Sí, señor —replicó—. Pero lo principal es que, si el plan tiene éxito, usted ganaría una fortuna.

Nerviosamente, nos empeñamos en recordar si habíamos salido de excursión con él, e inquirimos ansiosos:

—¿Ha visto usted últimamente a alguien de nuestro viejo grupo?

—No —nos desconsoló respondiendo— rara vez encuentro a nadie de aquellos tiempos, desde que resido en Westhampton. Pero esto es lo que nos proponemos hacer: una serie experimental que representaría una inversión de sesenta y cinco mil dólares... y, si usted colabora, le pagaremos dos mil dólares extra.

Reflexionamos si nos habríamos conocido en el Hotel Excélsior de Roma e interrogamos:

—¿Ha viajado usted mucho últimamente?

—No —nos aclaró para decepción nuestra— ya no viajo. Tan pronto como firmemos el contrato, le daremos a usted una considerable suma por adelantado.

Cuando llegamos a la estación de Pensilvania, nos estrechamos vigorosamente las manos y se despidió diciéndome:

—Tenga la bondad de llamarme por teléfono mañana y así ultimaremos los detalles del proyecto.

—¿Y adónde lo llamo? —dijimos con explicable ansiedad.

—¡A donde siempre! —gritó mientras se apresuraba a llamar un taxi.

Eso ocurrió hace cuatro días y, aunque hemos tomado el mismo tren diariamente desde entonces con la esperanza de volver a encontrarlo, ¡nada!

¿Quién sería? Episodios así son los que enferman a un individuo.



Caballerosidad deportiva

A UN jugador inglés de polo le preguntaron qué era el deportivismo, y lo definió así: "Ganar como si uno estuviera acostumbrado a ello, y perder como si le complaciera haber perdido, por lo insólito".

—Lawrence y Sylvia Martin, en *England! An Uncommon Guide* (Editores: McGraw Hill)

A UN golfista que regresaba de una jornada sabatina en el campo de juego salieron a encontrarlo sus dos hijitos preguntándole:

—¿Ganaste, papá?

—Hijos míos —repuso—: en el golf poco importa si uno gana o pierde. Vuestro padre, sin embargo, logró darle a la pelota más veces que cualquier otro.

—N. M.

El soberbio, huraño oso gris, el más desconcertante de los animales, está condenado a la extinción a causa de los ataques de que lo hace objeto el hombre.



Cascarrabias del monte

POR FRANK DUFRESNE

Condensado de "Alaska Sportsman", de Juneau, Alaska

TODOS los animales se apresuran a ceder el paso al oso gris, el cascarrabias del monte y rey indiscutido de la fauna silvestre norteamericana. Pero de nada valen con él consideraciones ni cortesías. Gruñón y pendenciero, es el ser más huraño del bosque, un amargado al que la vida le sabe mal.

En Admiralty, isla del archipiélago de Alexander, al sudeste de Alaska, en la cual los osos grises abundan en mayor número que en

gruñidos
e le eri-
el lomo.
zarpada,
zo como
lido por
endo fe-
mortal
n el pe-
añicos.
va que
lono de
giéndose

as así la
uesto fu-
encon-
se.
onteses,
para los
os con-
que lle-
hallarse
feroces
. En la
ska que
ocó pre-
dos gla-
que se
osa que
nientras
s trase-
acudían
garras y
se ale-
dejando
rastro,
en de-
había
la liza
ota, col-



Escriba aquí sus referencias personales, para que, a vuelta de correo, le enviemos "EL MUNDO EN BROMA"

Nombres: .... Apellido: ....

Calle: .... Nº: ....

Provincia: .... Localidad: ....

INDIQUE AQUI LOS NOMBRES, APELLIDOS Y DIRECCIONES CORRECTAS DE 12 O MAS PERSONAS QUE USTED CONOZCA.

SIRVASE ESCRIBIR CLARO.

1
Nombre .... Apell. ....
Calle .... Nº ....
Provincia .... Loc. ....

11
Nombre .... Apell. ....
Calle .... Nº ....
Provincia .... Loc. ....

2
Nombre .... Apell. ....
Calle .... Nº ....
Provincia .... Loc. ....

12
Nombre .... Apell. ....
Calle .... Nº ....
Provincia .... Loc. ....

El sol
más
está
a cau
objet

Ca

TODOS
ran
gris,
te y rey
silvestre
nada vale
ni cortesía

ninguna otra parte, enfoqué una vez con los binóculos la hirsuta figura de un viejo úrsido que permanecía plantado en mitad de un riachuelo de poco fondo, repleto, de orilla a orilla, del salmón que estaba desovando. Ya la panza del oso reventaba de los peces que había devorado. En cuanto sus jugos digestivos abrían campo para nuevo bocado, bastábale con hundir el hocico en el agua donde bullían los salmones. Supuse que ninguna ocasión como aquella para ver contento a uno de esos osos grises, tan malhumorados de ordinario.

Pronto caí en la cuenta de mi equivocación. En un banco de guijas, detrás del oso, una familia de águilas de cabeza blanca se disputaba los pedazos de salmón que él había desechado. De cuando en cuando volvíase a mirarlas y fruncía amenazadoramente el hocico. De pronto, el taciturno gigante se alzó del agua como una tromba y, yéndose sobre las águilas, comenzó a dar zarpazos a diestro y siniestro. Levantando el vuelo, no les fue difícil huir de su pesado atacante.

Pero con haberlas puesto en fuga no se calmó en lo mínimo el enfurecido cascarrabias. Echó a andar hacia un podrido tocón que sobresalía en la orilla. Lanzaba gruñidos de impaciencia y vi cómo se le erizaba la profusa pelambre del lomo. De pronto, de violenta zarpada, arrancó del tocón un pedazo como de 20 kilos que salió despedido por el aire. Resoplando y gruñendo ferozmente como si empeñase mortal contienda, la emprendió con el pedazo de tocón hasta hacerlo añicos.

A la mirada interrogativa que dirigí a mi compañero, colono de la isla, respondió él encogiéndose de hombros:

—Los he visto hacer cosas así la mar de veces. Lo que ha puesto furioso a ese oso es no haber encontrado motivo para enfurecerse.

De todos los animales monteses, acaso ninguno tan dañino para los osos grises como sus mismos congéneres. Raro es el oso gris que llega a la edad madura sin hallarse lisiado a consecuencia de las feroces peleas que sostuvo con otros. En la parte de la península de Alaska que cae al mar de Bering me tocó presenciar el encuentro entre dos gladiadores de media tonelada, que se disputaban el favor de una osa que permaneció observándolos mientras ellos, erguidos sobre las patas traseras y, pecho a pecho, se sacudían mutuamente el polvo con garras y colmillos. Cuando el vencido se alejó al fin, tambaleándose y dejando en pos de sí ensangrentado rastro, el vencedor fue hasta la osa en demanda del galardón. Caro le había costado merecerlo: salió de la liza con la mandíbula inferior rota, colgante, inutilizada.

FRANK DUFRESNE hizo extensos recorridos por Alaska a fin de allegar datos que en 1925 sirvieron de base para la expedición de leyes para la conservación de la fauna de ese Estado de la Unión norteamericana. Director de la comisión de caza en el Estado de 1936 a 1944, cuidó de que la fauna silvestre de Alaska se conservase como valioso patrimonio público.

Los osos que después de tan sanguinarios encuentros quedan con vida vagan a veces por la tundra como esos boxeadores atontados por el ejercicio de la profesión. Tienen la maciza cabeza cubierta de costurones, y de los choques contra el cráneo del adversario les resultan en los dientes fracturas y caries que les ocasionan para el resto de la existencia violentos dolores de muelas. ¿Cómo, pues, no han de ser cascarrabias?

Desde la época glacial, el oso gris ha sido el rey de cuantos animales monteses habitan en la parte occidental de Norteamérica. Es una de las bestias más valerosas e inteligentes, a la vez que más desconcertantes. Cámara en mano y agazapado detrás de unos árboles caídos, estaba yo una tarde en Alaska frente a una torrentera por la que solían transitar los osos. No tardó en asomar un enorme ejemplar. Al pasar por delante de mi escondite debió de husmear mi presencia, porque reprimió su andar y se le erizó a medias el cogote. No dio otra muestra de recelo: ni siquiera volvió la cabeza ni apresuró el paso. Siguió adelante y desapareció en un recodo de la torrentera. Sin embargo, media hora después, cuando al ponerme en pie doy media vuelta para marcharme, di cara a cara con el oso. Había dado un rodeo para avanzar callandito hasta situarse a espaldas mías, y ahora me miraba en absoluto silencio. No daba señal alguna de enojo; había llegado a la conclusión de que era yo un ser inofensivo. Había sido más listo que yo y se habían vuelto las tornas. En alto las orejas y ladeando la cabeza parecía decirme: "¡Hola! ¿Qué tal te parece que sea yo el que te acecha a ti?"

Cuando el oso gris abandona la caverna en que invernó mientras hielos y nieves cubrían los riscos, encogido el estómago por largos meses de ayuno, apetece la tonificante virtud de la bulbosa raíz de una simplocácea y de los retoños del eléboro. A poco de esto despierta su apetito de carnívoro, y empieza a calmarlo con las marmotas y ardillas que arranca de sus madrigueras y que devora por docenas. Comienza luego a ejercitar sus sorprendentes dotes de cazador para hacer presa en ciervos, caribúes, y hasta en cabras y carneros de las montañas.

La carne del alce es manjar delicado para el oso gris. El cazador que habiendo matado una de estas reses deje para el día siguiente el llevársela del sitio donde cayó, se expone a un mal encuentro. Fue lo que le sucedió a un amigo mío. Como atardecía cuando mató un alce, apenas tuvo tiempo de desentrañar la res, que pesaba 680 kilos, y encaminarse, antes de que se le viniese la noche encima, al lugar, distante casi dos kilómetros, donde él y un compañero acampaban a orillas de un río. A la siguiente mañana, cuando llegaba en busca de su alce, sintió que lo derribaban de tremendo mazazo. Según contó después, recordaba vagamente que un oso, haciendo presa en él con la boca, lo zangoloteaba "como perro que jue-

ga con un muñeco de trapo". Al dejarle el oso por muerto (le había poco menos que triturado un antebrazo y casi arrancado el cuero cabelludo) logró mi amigo volver al campamento. Hallándose en el hospital en que lo curaron, declaró, cosa sorprendente, que no culpaba al oso. "Lo único que hizo fue defender lo que él creía que era suyo", afirmó mi amigo.

Recién nacidos, los oseznos grises carecen de pelo, pesan algo más de medio kilo y abultan lo que un conejo desollado. La osa los pare en la caverna donde se retiró a pasar el invierno, sumida en una especie de sueño crepuscular, que no es propiamente una hibernación, porque conserva el cuerpo a temperatura relativamente normal. Tiene de uno a cuatro hijuelos en cada parto. Meses después, cuando los saca al aire libre en los soleados días de mayo, los oseznos son unos animalitos rechonchos, cubiertos de espeso pelaje castaño y provistos de afilados dientes y garras, a más de un irascible genio. Suele acontecer que, al retozar unos con otros, lo que empezó siendo juego acaba en violenta riña, y ésta en chillidos de dolor, al acudir la osa a separarlos con unos cuantos manotazos.

La madre cuida solícitamente de sus crías durante todo el verano. Y aun sucede que, entrado el otoño, lleva consigo a los oseznos, que han crecido bastante y pesan de 135 a 180 kilos cada uno, a la caverna donde pasarán con ella el invierno. A la siguiente primavera llega el momento de la separación. La osa entra en celo cada dos años. Al hallarse así despide un olor que atrae a los osos desde distancias increíbles. Durante las enconadas y ruidosas riñas que preceden a las dos semanas de luna de miel de la osa con el oso vencedor, los oseznos se dispersan para dar comienzo a una existencia en que deberán valerse por sí mismos.

Esta época es probablemente la más libre de cuidados que hayan de conocer los oseznos. Hallándome en compañía de Andy Simons, famoso guía de Alaska, vi a uno de estos "mozalbetes" que, como volatinero en la cuerda floja, hacía equilibrios en el resquebrajado borde de una nevada cornisa situada a considerable altura. A sus pies, la nieve formaba escarpado declive que iba a caer en la verdeante tundra en que nos encontrábamos Andy y yo. Arrojándose de la cornisa con la barriga pegada al suelo descendió por la nevada pendiente como un muchacho en un trineo. Con aceleración vertiginosa vino a terminar a pocos metros de nosotros, en espectacular voltereta. Sin dignarse mirarnos, el joven cascarrabias se levantó y se dispuso a repetir la hazaña.

Andy Simons, sin asombro alguno, me dijo:

—Cosas más alocadas los he visto hacer. Uno de ellos atravesó a nado un lago y, apenas tocó la otra orilla, dio media vuelta para regresar al punto de partida. Cierta vez un oso gris me siguió los pasos por varios

kilómetros. No mostraba intenciones hostiles, sólo curiosidad. Otro oso, estando yo en mi tienda, metió el hocico y me babeó la cara. Mire usted —concluyó diciendo el veterano guía— quien sepa qué hará un oso gris de un momento a otro está más enterado que el mismo oso.

La suerte del oso gris está hoy en juego, pues este animal constituye el trofeo de caza más ambicionado de Norteamérica. Los cazadores lo han hecho emigrar de lugar en lugar en busca de refugio, hasta que en la actualidad no pasan de 20.000 los osos grises que quedan en Alaska y acaso no lleguen a 500 los que aún hay en el oeste de los Estados Unidos. De éstos, la mayoría se hallan en los parques nacionales de Montana, Idaho y Wyoming, donde los turistas ven a veces a los osos, en otro tiempo tan soberbios y temibles, husmeando en los montones de basura.

En muchos osos grises lo irascible de su carácter se debe a las balas que les dejó en el cuerpo algún cazador o a las heridas ulceradas de que adolecen. Sirva de ejemplo la historia del "Viejo Gruñón". Tan espeluznantes eran los aullidos de este enorme oso, que habitaba a orillas del río Unuk, en el sudeste de Alaska, que muy pocos pescadores se aventuraban en aquel valle, no obstante abundar el sitio en salmón y trucha. Apenas percibía el oso el más leve olor humano, redoblaba sus aullidos.

Corrió la voz de que el tal "Viejo Gruñón" era una fiera peligrosísima, una amenaza para todo ser humano, y se estableció competencia entre los cazadores para ver cuál de ellos quitaba de en medio al temible monstruo. Hubo al fin quien lo hizo. Y en el escaparate de una tienda de artículos para deportistas en Ketchikan quedó expuesto a la vista del público el enorme cráneo del animal. A cuantos se detenían a mirarlo, el grotesco aspecto de ese cráneo los dejaba mudos de asombro, pues aparecía deforme y fracturado. El secreto del odio del "Viejo Gruñón" para con el hombre quedó aclarado: el oso había vivido por largos años con una bala incrustada en el cerebro.

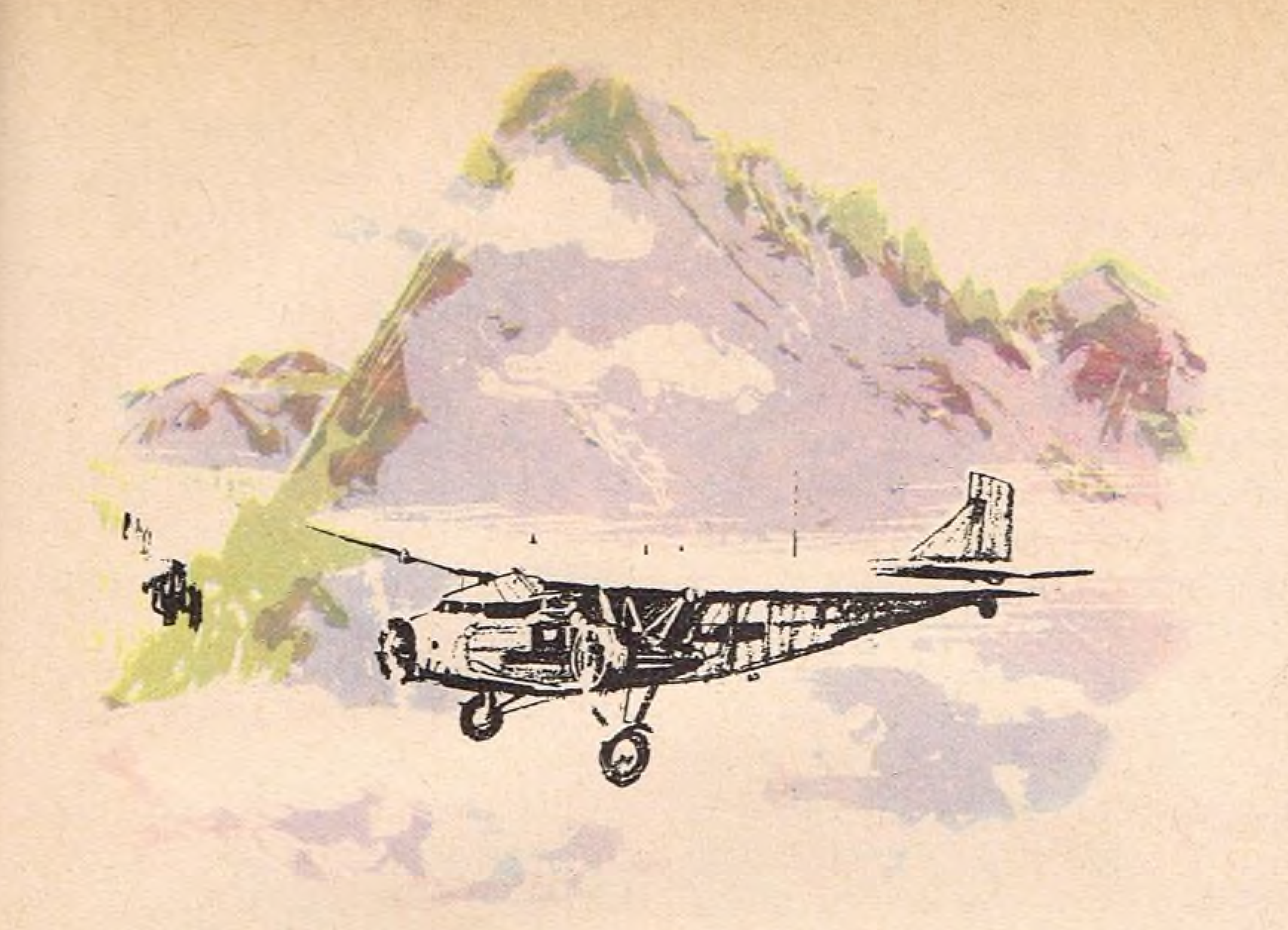


PARA salir airoso de la circulación de vehículos en la Ciudad de México hay que ser más osado que el vecino, especialmente al atravesar las anchas glorietas que salpican la gran arteria metropolitana. Mientras el chofer que nos conducía ejecutaba audaces virajes, nos aferrábamos a los asientos. De pronto se nos vino encima, a ciegas, un taxi pronto a tomar la misma vía que nosotros. Con un estridente chirrido de neumáticos logramos tomarle la delantera.

—¡Qué atrevido! ¡Qué temerario! —exclamó mi mujer.

—No lo suficiente, señora... no lo suficiente —repuso nuestro taxista.

— E. F. M.



En un avión de hace 34 años, 13 voluntarios, no muy tranquilos, emprenden un vuelo inolvidable.

Última boqueada del Ganso de Hojalata

POR ANNE CHAMBERLIN

Condensado de "The Saturday Evening Post"

EN EL aeropuerto internacional Dulles, en Washington, toda una sala —sillas, gente, ceniceros, *todo*— se aparta del edificio de la terminal y se desliza sobre ruedas gigantescas para ir a depositar a los pasajeros en un *jet* estacionado al otro lado del campo. Es este un ejemplo más de cómo ha progresado la aviación.

Al pasajero del aire, frágil envoltorio de dudas, se le documenta, se le empaca y se le guarda hoy en un tubo de aluminio, lo mismo que si fuera fruta congelada. El piloto, aquel mozo rozagante a quien uno

veía en mangas de camisa gobernando el avión, se ha convertido en una voz incorpórea, emitida por alguien de edad mediana y que sale de algún lugar de la tapicería para informarnos que estamos volando a "11.000 metros" sobre Ginebra. Y es fuerza darle crédito, porque la distancia al suelo es demasiado grande para alcanzar a leer los letreros pintados en los tejados.

Viéndolo bien, es fácil comprender por qué unos pocos voluntarios nos congregamos recientemente en Los Ángeles cuando la Trans World Airlines resolvió repetir su primer vuelo trascontinental con pasajeros, "todo por aire", en un trimotor Ford de 1929, conocido en su tiempo como el Ganso de Hojalata. Proyectaba llevar una tripulación ataviada con los uniformes de la época y 13 aterrados pasajeros de un extremo a otro de los Estados Unidos, siguiendo el mismo itinerario del vuelo que salió de Los Ángeles al amanecer del 25 de octubre de 1930.

La víspera nos dieron en el aeropuerto de esa ciudad un banquete, al que el personal de la TWA se refirió como "la última cena", franqueza que ya está en desuso en los viajes aéreos modernos. En la fiesta los más felices eran los veteranos que habían volado en el trimotor cuando era nuevo, pero que no tendrían que volar otra vez. Llevaban a flor de labio bonitas frases de estímulo, como aquello de que "el miedo no es más que un estado de ánimo".

En efecto, todos los que no iban a volar en el Ganso de Hojalata estaban de espléndido humor. Un vicepresidente de TWA recordó que en uno de sus vuelos "había vomitado todo el tiempo desde Burlingame hasta Winslow"; y cuando un sirviente dejó caer una bandeja de platos, el presidente de la compañía, Charles Tillinghast, dijo riendo que probablemente estaba aterrizando uno de sus aviones.

Se nos informó que nuestro trimotor era uno de los diez, más o menos, que todavía estaban completos, por decirlo así. Uno de ellos se encuentra en el Museo Ford, en Dearborn (Míchigan), sin duda el lugar más adecuado. El nuestro, distinguido con el número 414H, lo había probado la Marina hace 33 años, pero, por lo visto, lo encontró deficiente. Después trasportó pasajeros, cargó chicle en Guatemala y fumigó plantaciones en Montana. Pertenecía últimamente a John Louck, de Monmouth, en Illinois, que visita las exposiciones de aviones y pasea a la gente en el suyo a tres dólares por cabeza. La TWA tomó en arrendamiento el Ganso de Hojalata y su errante tripulación para repetir la proeza de 1930. Yo calculé que el aparato podría volar todavía 10 kilómetros antes de desbaratarse.

Nuestro piloto, Jack Marshall, de 39 años, ha volado en la guerra de Corea, ha fumigado plantaciones y ha sido piloto de los que van de feria en feria con su avión... justamente los antecedentes que lo

hacen a uno pensar si no habrá abusado ya demasiado de su buena suerte. El copiloto, Dave Runyan, tiene 24 años, o sea diez menos que el aparato.

Gran confianza nos inspiró nuestro primer vistazo al Ganso de Hojalata a la luz de los reflectores entre el *smog* o niebla de humo de Los Ángeles a las 4:30 de la mañana. Nos hizo pensar que, si este aparato vuela, cualquier cosa puede volar. Los dos motores laterales estaban metidos en lo que me parecieron viejas lecheras, con ranuras y piezas sueltas que se veían prendidas con grandes imperdibles. El tercer motor, incrustado al frente, fue el que a algunos nos gustó más: como no se vería si estaba funcionando o no, lo dejaba a uno en libertad para concentrar la atención en los otros dos.

Las ruedas las tenía sujetas en soportes metálicos, y además con un cable pequeño, sin duda para que no se perdieran si se soltaban. La cabina estaba recubierta de caoba desconchada y tenía 15 asientos de metal que vibraban como las máquinas que dan masaje para adelgazar. El letrero *No fumar* estaba permanentemente clavado a la pared, para recordarnos que los depósitos de combustible iban en el techo, directamente sobre nuestras cabezas, y llegamos a esperar con gusto el limpio olor de gasolina dentro del avión después de cada parada, pues nos indicaba que no se habían olvidado de aprovisionar el aparato. Ya nadie le da a los pasajeros en la actualidad tan interesante información.

Junto al acelerador había un letrero que decía: *Se prohíbe hacer girar las hélices intencionalmente, mientras el avión está estacionado.* Los pilotos podían abrir sus ventanillas a voluntad, cosa muy cómoda, porque así sacaban la mano para limpiar con toallas de papel el parabrisas, que se empañaba con frecuencia.

Lo único que sigue igual en los viajes aéreos es el problema del equipaje. La compañía mandó el nuestro delante en otro avión a Kansas City, señal evidente de que iríamos a pasar la noche en otra parte, por ejemplo, en Wichita, como en efecto sucedió. Después mandaron nuestras maletas a Newark y nosotros fuimos a dormir la noche siguiente en Columbus (Ohio).

La verdadera prueba, desde luego, era hacer que se elevara nuestro armatoste de hojalata, cosa que yo ponía muy en duda cada vez que íbamos a despegar. Despegamos 13 veces. Rodábamos por la pista echando una llamarada azul del motor derecho y una gran humareda del izquierdo. Aquella mañana, cuando ascendimos trabajosamente en el cielo de Los Ángeles y desaparecimos en la cerrazón gris del humo-niebla, experimentamos la emoción de participar plenamente en la aventura. Nada de esas pamplinas del radar. El piloto no lograba ver ni un centímetro más allá que nosotros.

Después siguieron muchas otras emociones de que se priva el viajero moderno. Cuando alguno se dirigía al retrete químico, ponía en peligro la estabilidad de todo el aparato y hacía que el piloto manipulara rápidamente los dispositivos para restablecer el equilibrio y mirara con enfado por encima del hombro. Encontré que el sistema de calefacción y enfriamiento consistía en servilletas de papel, con las cuales se tapaban los conductos de ventilación que había encima de las ventanillas si uno quería más calor, o se quitaban si uno quería más aire fresco. Si hacía mucho frío nos envolvíamos los pies en periódicos, sin la molestia de tener que tocar un timbre para llamar a la camarera.

Muy grato fue pasar *entre* las montañas Rocosas y no *por encima* de ellas. Se da uno cuenta de cuán formidable es una montaña cuando la ve más alta que el avión. Lo único que nos hizo olvidarnos un momento de las montañas y de cómo pensaba el piloto atravesarlas (sobre todo después de que vino a la cabina a buscar otro mapa) fue que al motor izquierdo se le cayó un tornillo y por el agujero salió un chorro de aceite que puso al motor como si fuera un helado con salsa caliente de chocolate. Alguien preguntó al piloto en cuánto tiempo se pararía el motor, pero era inútil hacer preguntas, porque, con el ruido que hay en la cabina de un Ganso de Hojalata, aquello era como tratar de hablar a larga distancia junto a un taladro neumático.

En Parker (Arizona), donde aterrizamos para conseguir un tornillo de repuesto, descubrimos otra cosa que ya no se estila en los viajes aéreos. Nuestra llegada fue un *acontecimiento*. El policía Lauren Hightower vio que caía en su territorio un artefacto volador del que no tenía noticia y corrió en su auto de patrulla al campo de aterrizaje, revólver en mano. Lo seguía Joe Burns, que llevaba una camiseta con el letrero **Mr. Horsepower.** Había estado llenando su piscina cuando reconoció nuestro cansado vejestorio por haber trabajado en trimotores en San Diego. Mr. Horsepower fue al garaje Ford y regresó con un hermoso tornillo nuevo, de bronce... de un motor de fuera de borda.

Nuestro vuelo provocaba reacciones diversas en casi todas las personas sobre cuyas cabezas pasábamos. Cuando tratábamos de ganar altura sobre el río Colorado, una dama que estaba esquiando en el agua nos echó un vistazo . . . y ¡cataplum! Se hundió. En Winslow los chiquillos se acercaron a tocar los corrugados flancos del Ganso y una señora opinó que nuestra llegada era lo más sensacional que había ocurrido en el pueblo desde la danza de las serpientes de los indios hopies. En Amarillo los miembros de la Cámara de Comercio, que calzaban botas de vaqueros, salieron a tendernos una alfombra roja.

Volando a 600 metros de altura y a una modesta velocidad de 135 kilómetros por hora, nosotros, los

pasajeros nos sentíamos como si fuéramos en automóvil dándole consejos al chofer. Para llegar a Albuquerque, por ejemplo, se sigue la carretera 66, se dobla a la derecha sobre el lecho seco del río y se sigue la vía del ferrocarril. El piloto decía que habíamos adelantado a un automóvil en la carretera 66, pero yo sostenía que el coche estaba parado, y además muchos nos adelantaron a nosotros.

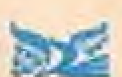
Después de Indianápolis, en camino a Dayton, nos desviamos sobre el Colegio Antioch porque uno de los pasajeros había estudiado allí. En Pittsburgo, la señora Thelma Hiatt Harman, que fue la primera camarera de TWA, subió a bordo para llevarnos las bandejas con el último almuerzo. Hoy abuela, llevaba el mismo uniforme blanco con que había subido bandejas a bordo de los DC-2, tarea que correspondía al copiloto en los primeros vuelos del Ganso de Hojalata. Thelma recordó: "Nosotras decíamos que subíamos los almuerzos en bandejas y los volvíamos a bajar en bolsas para mareados".

Vimos muchísimas piscinas entre Filadelfia y Princeton, donde observamos un individuo que cortaba el césped en zapatos de tenis. Seguimos la autopista de Nueva Jersey hasta Newark y por la salida 14 llegamos al aeropuerto. Sabíamos que era Newark porque vimos el letrero pintado en el techo.

Habíamos empleado casi tres días (54 horas y siete minutos) para llegar allí, o sea, todo un día más que el vuelo original; y mientras nosotros íbamos rozando las copas de los árboles, 25.000 personas habían cruzado el continente en 350 vuelos en *jet* a una altura de 11.000 metros. Pero yo afirmo que nosotros éramos los únicos que sabíamos dónde habíamos estado.

Todos nos sentimos algo intrépidos al ver palidecer lentamente al empleado del aeropuerto de Newark que preguntó a nuestro piloto qué "plan de vuelo" había pensado seguir para dirigirse de allí a Idlewild, el aeropuerto internacional de Nueva York.

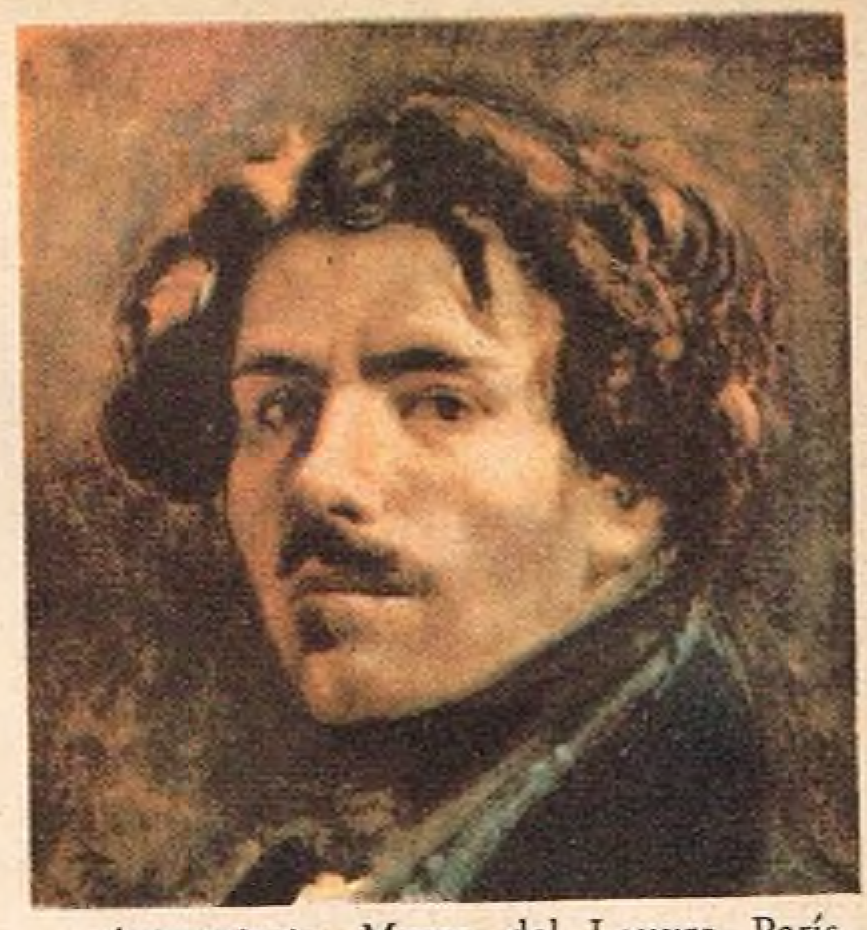
"¿Plan de vuelo?" replicó el interpelado con el tono de quien acaba de cruzar los Estados Unidos sobre las vías férreas y las copas de los árboles. "Sólo había pensado volar sobre el mar e irlo buscando"



Socios paternales

Edward Hutchins, distinguido abogado de Boston, era socio principal del bufete de Hutchins y Wheeler, cuyos padres también habían estado asociados en el mismo bufete. Hutchins contaba que estando en la universidad recibió una vez una carta de su padre firmada: "Con el afecto de tu padre, Hutchins y Wheeler".

— Henry Knox Sherill, en *Among Friends* (Editores: Atlantic-Little, Brown)



Autorretrato, Museo del Louvre, París.

Delacroix, precursor de la pintura moderna

"Un cuadro debe ser primera y principalmente regocijo de los ojos", dijo Eugenio Delacroix.

POR GEORGE KENT

ANIMADA era la reunión que un día del año de 1833 hubo en París en casa de Alejandro Dumas. Todos los pintores amigos del novelista habían acudido dispuestos a decorar con murales las habitaciones. Eugenio Delacroix llegó el último. Sin quitarse la capa ni ponerse la blusa de trabajo, echó mano a un carboncillo. De tres trazos dio forma a un caballo. Cinco o seis más le bastaron para el jinete. Con otros 10 completó el fondo en el cual asomaban algunas figuras secundarias. Los demás pintores, desentendiéndose de su propio trabajo, observaban absortos a su colega.

Requiriendo pinceles y paleta procedió con sorprendente prontitud a dar color al tambaleante caballo y al caballero que, sangrantes las heridas y colgantes fuera de los estribos los pies, se encorvaba sobre la lanza. En un par de horas quedó concluido el cuadro, trasunto del episodio de una novela española. Los circunstantes rompieron

Foto: Agraci



La libertad guiando al pueblo, Museo del Louvre, París.

a aplaudir prolongadamente. Delacroix paseó en torno una mirada de sorpresa. Tan embebido estuvo en su obra que no se había percatado de que era el centro de todas las miradas.

A más de notable prontitud en la ejecución ofrece este gran pintor francés asombrosa variedad de estilos y de asuntos. Hay en su obra lienzos bañados en mágica luz y lienzos en que el contraste de masas y de sombras recuerda a Rembrandt. Su copiosa producción comprende retratos, animales, flores, escenas del campo de batalla, apacibles interiores. Y en todo ello resplandece la suntuosidad del colorido en atrevidas combinaciones.

Fue Delacroix quien abrió las puertas a la moderna pintura. Van Gogh se trasladó a París con el solo fin de admirar la *Pietà* del maestro francés y copiarla y volverla a copiar. La única obra importante original de otro pintor a la cual dio cabida Cézanne en su taller fue un Delacroix copiado por el mismo Cézanne. Manet, Renoir, Matisse, Degas, Rouault le son deudores a De-

Foto: Camera Clix

lacroix. Antecedentes del famoso cuadro de Picasso *La destrucción de Guernica* existen en el que pintó Delacroix para protestar contra la matanza de 20.000 griegos en la isla de Quío.

Fernando Víctor Eugenio Delacroix vino al mundo en un suburbio de París en 1798, nueve años después de la Revolución Francesa. Según la mayoría de sus biógrafos, era en realidad hijo del príncipe de Talleyrand, el gran diplomático francés. (Su padre aparente fue embajador de la República Francesa en La Haya.) Descendía Eugenio Delacroix por la rama materna de una familia en que abundaba el talento artístico. Una caja de pinturas, regalo de un tío suyo, despertó su interés por las artes. A los 16 años de edad quedó huérfano y falto de recursos, por haberse disipado el patrimonio familiar. Más tarde confió al papel este pensamiento: "Nada hay peor que no saber dónde comeremos la semana que viene".

Joven en extremo impresionable, al ver un día cierto cuadro que despertó su admiración, recorrió apresuradamente medio París para ir a su buhardilla a ponerse ante el caballete antes que se desvaneciera la fiebre estética que le embargaba. A los 24 años de edad presentó por primera vez en público una de sus obras. Fue en la exposición del Salón de París. Sin recursos con que hacerse de un marco, tal vez le habría sido imposible exhibir ese lienzo de 2,5 metros de ancho, si no tiene la suerte de que un bondadoso bienhechor se lo facilitó. En el lienzo, que es el llamado *Dante y Virgilio en los infiernos*, se ven las figuras de los dos poetas en torno de las cuales se hallan las de los condenados que se retuercen de angustia. Pertenece hoy al Museo del Louvre.

Entre la concurrencia que llenó el Salón de París el primer día de la exposición estaba Delacroix, ávido de saber qué decían de su cuadro. En vez de las alabanzas que esperaba, oyó comentarios despectivos o burlones. "Un pintorzuelo sin noción de la forma", dijo un crítico.

Retrato de Jorge Sand,
Museo de Ordrupgaard, Copenhague.



Foto: Agraci



Retrato de Federico Chopin,
Museo del Louvre, París.

"¡Un farsante!" exclamó otro. Buscó a la mañana siguiente los comentarios de la prensa. El único juicio favorable era el de Adolfo Thiers, el cual, andando el tiempo, llegó a ser ministro de Comercio. Para Thiers, el cuadro del joven pintor era una obra hermosa, con "destellos de genio". Leer esto fue la salvación para Delacroix. No volvió a acordarse de las acres censuras con que habían recibido su cuadro.

Principia así la carrera de un artista extraordinariamente fecundo. De su consagración a la pintura da idea lo que él mismo manifiesta, al escribir: "El trabajo es mi única pasión, pero ¡qué pasión!" Se levantaba con el alba y, concluido el desayuno, que se reducía a un poco de pan, pintaba sin reposo hasta bien entrada la tarde. Por fin, agotada la inspiración, buscaba descanso y nuevos alientos en la lectura de los poetas.

En aquella época, anterior a la invención de la cámara fotográfica, solía acudirse a los pintores para la representación de escenas históricas. En los cuadros de este género —que medirían, de juntarlos, hectáreas y hectáreas de lienzo— prodigó Delacroix aquella pasión suya por la luz y el color que le ha hecho inmortal. "Un cuadro debe ser primera y principalmente regocijo de los ojos", decía. Y fue en ello un gran maestro.

La pintura de asuntos históricos o alegóricos, a más de contribuir a su fama, le proporcionó riqueza. Era crecida la demanda de cuadros decorativos para los edificios públicos, y los encargos que para la ejecución de estas obras hicieron a Delacroix lo llevaron de la escasez a la abundancia. Fue uno de los primeros pintores que en la época moderna obtuvo buenas ganancias con sus pinceles.

Se ha dicho que el genio es una infinita capacidad de esfuerzo. Varios meses había estado Delacroix trabajando en *Las matanzas de Quío*. Una vez concluido ese lienzo de 13 metros cuadrados, echó a andar con él y lo llevó al Salón de París tres días antes del señalado para la exposición. Se dice que en el camino de regreso a casa se detuvo a mirar unas obras de Juan Constable. La manera como este paisajista inglés representaba las nubes y el cambiante azul del cielo fue una revelación para Delacroix. Ha-

Foto: Agraci

Instantáneas personales

El pianista Artur Rubinstein dijo en una ocasión: "Siempre les recomiendo a los músicos que tengan hijas. Los varones suelen mirarnos con una sonrisa tolerante y decir: *Papá es buena persona, pero, claro está, un poco chiflado*. Las hijas, en cambio, nos comprenden y son todo cariño. Saben instintivamente que el artista sigue teniendo algo de niño hasta el fin de sus días".

— *Wisdom*

Los ensayos de Toscanini se caracterizaban por su concentrada intensidad. Y afirmaba que cada ensayo era para él un concierto, y cada concierto como un estreno. A menudo, según la orquesta tocaba, él tarareaba con voz ronca, cascada y tan baja como le fuera posible. A veces se olvidaba de que tenía tal costumbre, y en cierta ocasión, durante un ensayo en Salzburgo, su voz se hizo oír por encima del sonido de los instrumentos. Sobresaltado, hizo callar a los filarmónicos con la batuta y exclamó indignado:

—¿Quién diablos se ha puesto a cantar aquí?

— Howard Taubman, en *Music on My Beat* (Editores: Simon and Schuster)

—Lo recuerdo desde que, siendo yo muy niña, era usted candidato a la presidencia de los Estados Unidos —dijo durante una reunión una dama al socialista Norman Thomas, que cuenta 78 años de edad. A lo que el aludido, que ha sido seis veces candidato presidencial y otras tantas derrotado, respondió:

—Señora, he estado presentando mi candidatura presidencial desde que era niño.

— *Time*

Era yo reportero del *Journal* de Nueva York cuando, cierto día de primavera de 1932, trajeron a la redacción al joven Gary Cooper, que, delgado, moreno e increíblemente buen mozo, se hallaba entonces en el apogeo de su fama como galán joven. Le hicieron sentarse frente a una máquina de escribir y hacer como si estuviera redactando una noticia, mientras los fotógrafos disparaban sus cámaras y un redactor tomaba notas. En torno se escuchaba la algarabía de las muchachas de las oficinas que allí se habían congregado, junto con una multitud de tipógrafos, prensistas y otros empleados, todos deseosos de ver a Cooper, quien, tímido por naturaleza, se sentía evidentemente molesto mientras hacía que escribía a la máquina.

Una vez que Gary se marchó, lanzando un suspiro de alivio que todos alcanzamos a oír, corrí a la





en el *Valiant II*

Hay un mundo de colores en el VALIANT II... desde el sobrio tono azul o negro, el brillante rojo o verde... el suave celeste... el gris... o el admirado blanco marfil... Todos en maravillosas combinaciones con refinados tapizados.
Un mundo de colores y de buen gusto! y además... Nuevo Motor 137 HP., inclinado. Caja de tres velocidades y marcha atrás. Suspensión por barras de torsión y rótulas esféricas. Sólida construcción Unibody.

Producido por:

FEVRE Y BASSET LTDA. S.A.



Miembro de la Asociación de Fábricas de Automotores

Véalo en el Concesionario Autorizado



Fernández • Balzo

máquina y saqué la cuartilla que había dejado en ella. Decía así: "¡Valiente modo de ganarse la vida!" repetida una y otra vez. — N. L.

El Dr. Louis Finkelstein, que fue uno de los representantes del fallecido presidente Kennedy en la coronación del Papa Paulo VI, es rabino judío ortodoxo. En camino a Roma hizo escala en París, en donde algunos de los rabinos locales lo llevaron únicamente a los restaurantes en donde preparaban la comida de acuerdo con el ritual judío. El Dr. Finkelstein comentó con sus amigos: "No entiendo por qué la gente hace tanto alboroto por la cocina francesa. Esto es lo mismo que comemos en nuestra tierra".

— Leonard Lyons

W. K. Kellogg, el fabricante de hojuelas tostadas de maíz, era hombre de pocas palabras. Años después de enviudar de su primera mujer, se casó en segundas nupcias. La esposa me contaba que la noche de la boda su marido le dijo:

—Mira, Esther: te quiero mucho; me casé contigo porque estoy enamorado de ti. Te amaré hasta la muerte. Así pues, no volvamos a tocar el punto.

—Y nunca en la vida volvió a mencionarlo —agregó ella con una sonrisa. Sra. Kemper Campbell, en *Here I Raise Mine Ebenezer* (Editores: Simon & Shuster)

El conjunto musical estaba en gira artística y cada noche daba una función en un lugar distinto. Por eso les tocó al clarinetista Louis Armstrong y a su esposa Lucille pasar su primera Nochebuena juntos en una habitación de hotel. "Compré un arbolito de Navidad", cuenta Lucille. "No le había dicho nada a Louis, así que cuando llegó, a eso de las tres de la madrugada, encontró el árbol resplandeciente de luces. Le echó una mirada y enmudeció. Louis suele perder el habla cuando se siente conmovido de veras.

"Cuando al fin nos fuimos a la cama, Louis se quedó con la vista fija en el árbol, con los ojos de un niño maravillado. *No puedo dejar de mirarlo*, me decía: *es el primer árbol de Navidad que tengo en mi vida*. Yo no había caído en la cuenta de eso. Louis contaba ya 40 años, y me parecía que en tanto tiempo cualquier persona habría tenido por lo menos algún arbolito navideño en su casa.

"Al día siguiente debíamos viajar a Kansas City, y pensé dejar el árbol, pero Louis me dijo: *No; nos lo llevaremos.*

"Guardamos aquel arbolito hasta mucho después de Año Nuevo, arreglándolo todas las noches y desbaratándolo todas las mañanas en una docena de hoteles. Cuando lo quité por última vez Louis quería que lo mandáramos a casa. Era un árbol natural; no se trataba de uno de esos árboles artificiales, y me costó trabajo convencer a Louis de que se marchitaría". — Nat Hentoff, en *The Jazz Life* (Editores: Dial)

»»««

Sed de buen gin?

l deporte, la vida al aire libre, son incentivos para
l paladar, que aplaca en la bebida predilecta su sed
e frescura. Y la satisfacción es más perdurable
uando el refresco elegido —agua tónica, soda, cola,
ugo de fruta— se complementa con el sabor incon-
undible del GORDON'S GIN. Para que su bebida
e verano sea más agradable todavía, gústela con
in; pero que sea con este gin, porque <u>éste</u> **es el gin.**

Gordon's
Gin





ilaborado en la Argentina por Tanqueray,
iordon & Co. (Destilerías Argentinas) S. A.
Distribuye: GUILLERMO PADILLA LTDA. S. A.

LINO PALACIO Y CIA.

El talón de Aquiles de Kruschef

En el *ghetto* en que se ha convertido la Europa oriental viven 97 millones de seres humanos ansiosos de libertad. Aquí el ex-Vicepresidente de los Estados Unidos afirma que únicamente la presión de una airada conciencia pública puede evitar el derrumbamiento de esas esperanzas y la peligrosa consolidación del imperio soviético.

POR RICHARD NIXON

Condensado de "The Saturday Evening Post"

EL 24 de julio del pasado año entré en el Berlín Oriental escoltado por cinco automóviles abarrotados de policías comunistas y de periodistas de la Alemania Oriental. Era evidente que las personas con las que me encontré temían demostrar que me conocían o darme señal alguna de amistad. Aquellos que se atrevieron a hablar conmigo fueron interrogados inmediatamente después por la policía.

Por la tarde de aquel mismo día regresé al Berlín Oriental sin previo aviso y la policía secreta comunista no se dio cuenta de mi presencia hasta dos horas después de mi entrada en la ciudad. Esta vez vinieron a mi encuentro personas de toda condición, deseosas de hacer patente su amistad por Norteamérica y su odio al gobierno comunista. Poco antes de pasar el puesto de vigilancia entre ambos sectores de Berlín para volver a tierra libre, un hombre se me acercó al amparo de la oscuridad para decirme: "Me alegro de que haya usted venido al Berlín Oriental. Los norteamericanos son nuestra única esperanza."

Durante el verano del pasado año visité también a Budapest, la ciudad en que hace ya más de siete años, en octubre de 1956, Kruschef aplas-

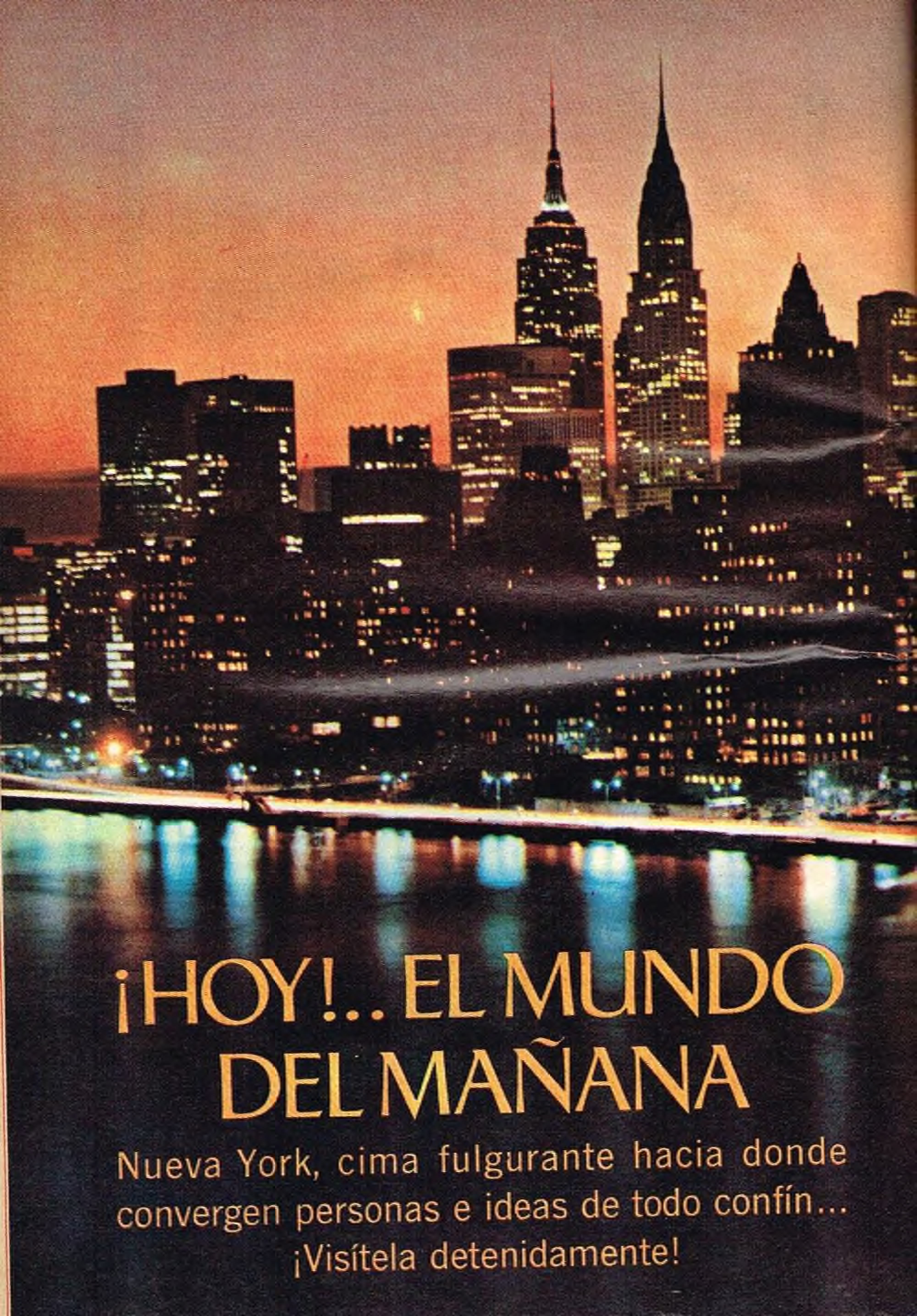
tó una revolución, mientras la petición de ayuda que formuló el gobierno de la Hungría libre quedaba sin respuesta. Esto me hacía temer una recepción poco amistosa. Sin embargo, dondequiera que fui con mi esposa y mis hijas, me encontré con mucha gente que quería estrecharnos la mano, saludarnos o hacernos preguntas sobre nuestro país. La mitad de las personas con las que hablé parecían tener algún pariente que había huido a los Estados Unidos después de la revolución, y una tras otra, incluso cuando había guardias en las inmediaciones, me decían: "¡Ojalá hubiera podido irme yo también!"

Las impresiones que recogí entonces me recordaron mi llegada a Varsovia en el año 1959. Tres semanas antes de mi visita, Kruschef había estado en Polonia y, a pesar de los esfuerzos del gobierno polaco por recibirlo con "espontáneas" demostraciones de afecto, la acogida que encontró no pudo ser más fría. Se llegó al extremo de distribuir flores entre la gente para que las arrojaran, como "típico recibimiento polaco", al paso del automóvil de Kruschef, pero la mayoría de los polacos se quedaron sencillamente con ellas.

Por esta razón me sorprendió grandemente ver que, aunque la hora de mi llegada a Varsovia y mi ruta a través de la ciudad no habían sido anunciadas, a lo largo de las calles se habían agolpado más de 100.000 personas, que gritaban con entusiasmo: "¡*Niech zyje* América!" esto es, "¡Viva Norteamérica!" Tantos centenares de ramos de flores llovieron sobre nosotros que el conductor de nuestro automóvil se vio obligado a detenerse varias veces para limpiar el parabrisas. Estas impresiones personales pueden multiplicarse millares de veces, ya que han sido análogas a las de otros estadounidenses que han viajado por la Europa oriental, dominada por los comunistas.

Ello explica por qué Kruschef reaccionó tan violentamente contra la resolución sobre las Naciones Cautivas adoptada en 1959 por el Congreso de los Estados Unidos y en la que se pedía a los pueblos libres que orasen por la liberación de los "pueblos esclavizados" detrás de la Cortina de Hierro. Kruschef no ignora que está sentado sobre un barril de pólvora. Sabe muy bien que la inmensa mayoría de los habitantes de la Alemania Oriental, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Rumania y Bulgaria odian a sus gobiernos comunistas y se levantarían contra ellos si contaran con alguna probabilidad de éxito. Sabe igualmente que millones de habitantes de los países que se encuentran tras la Cortina de Hierro, dejarían sus hogares para dirigirse a la Europa libre o a los Estados Unidos si sus gobiernos se lo permitieran. Y sabe también que los pueblos de las naciones cautivas ponen en Norteamérica sus mejores esperanzas de lograr la libertad.

El peligro de capitular. Kruschef tiene la esperanza de mantener



¡HOY!.. EL MUNDO DEL MAÑANA

Nueva York, cima fulgurante hacia donde convergen personas e ideas de todo confín... ¡Visítela detenidamente!

cerrada la caja de Pandora que tales riesgos representan para el imperio comunista, mediante la negociación de un tratado de no agresión entre las naciones de la OTAN y el grupo comunista ligado por el Tratado de Varsovia. Esto le proporcionaría exactamente lo que desea: el reconocimiento por parte del Occidente de la legalidad y estabilidad de los regímenes comunistas de la Europa oriental. Kruschef sabe muy bien que todo lo que ahora posee es un derecho de ocupación sobre esos países, conquistado mediante la fuerza, la subversión o el golpe de Estado. Un tratado de no agresión representaría para él un pacto por el cual el Occidente renunciaría a toda reclamación; esto es, un título jurídico otorgado por aquél en su favor.

A pesar de esto, se ejercen en Washington fuertes presiones para que se acceda a tal cosa. En mi opinión, sólo la movilización de una bien informada conciencia pública podrá evitar que se sacrifique el derecho a la libertad de los 97 millones de personas esclavizadas que habitan en la Europa oriental. Se oye hablar cada vez más de fórmulas de "expedición" y "acomodamiento" que, en realidad, equivalen a aprobar la dominación soviética en la Europa oriental. Con una política negativa y de abstención sólo se conseguiría destruir las esperanzas de los millones de anticomunistas que residen en el mundo dominado por los Soviets.

Creo que ha llegado la hora de modificar radicalmente la orientación de la política exterior norteamericana en aquella zona. Se impone el reflexionar con serenidad acerca de lo que se están jugando los habitantes de la Europa oriental, los comunistas y el mundo libre.

La cuestión básica: libertad o esclavitud. El objetivo comunista consiste en hacer esclavo al mundo libre. El objetivo de los Estados Unidos debe consistir en llevar la libertad al mundo comunista. La política que sigamos ha de guiarse por un principio fundamental: el de que estamos por la libertad, no sólo para nosotros mismos, sino para *todos* los pueblos. Por mi parte, creo que este objetivo se puede y debe lograr sin acudir a la guerra.

La Europa oriental constituye el talón de Aquiles de Kruschef; potencialmente, es la zona de mayor fuerza con que cuenta el mundo libre. Siendo esto así, ¿qué se puede hacer para ayudar a esos pueblos a alcanzar la libertad?

Ante todo, es necesario reconocer que hay ciertas cosas que no es posible hacer. No debe hablarse a la ligera de provocar revoluciones en aquellos países en los que hay millares de soldados soviéticos y en cuyas fronteras están desplegados varios millones más. Basta con recordar la tragedia de la rebelión de Hungría. Fue esta una verdadera revolución popular en que millares de trabajadores y estudiantes lograron derribar al tiránico gobierno comunista del país. Pero el ejército soviético irrumpió entonces en las

Todo el mundo habla del Rambler

A NUEVA LINEA DE LA CALIDAD

Todas las conversaciones conducen al Nuevo Rambler. El Nuevo Cross Country, por ejemplo, se ha ganado la admiración de cuantos lo conocen. Por la sobria elegancia de su línea, cuya distinción adquiere mayor realce con los nuevos vidrios curvos; por su novedoso diseño interior, que lo hace aún más amplio, más cómodo y más suntuoso; por su mayor distancia entre ejes, su nuevo compartimiento adicional... y por muchos otros detalles mecánicos, de belleza y confort, todos coinciden en reconocer que el Nuevo Cross Country es La Nueva Línea de la Calidad. Solicite una demostración de manejo.

RAMBLER CROSS COUNTRY

PRODUCTO DE CALIDAD INDUSTRIAS KAISER ARGENTINA

Y siempre con las inmejorables condiciones de financiación del PLANIKA



OMEGA
AUTOMATIC
Seamaster

La temible cámara de presión variable confirma la precisión e impermeabilidad del Omega Seamaster.

Severas pruebas, hechas con un aparato que es una exclusiva de Omega, certifican su precisión y seguridad.

Coja un Seamaster, métalo bajo el agua y sin transición catapúltelo hasta la altitud del Monte Everest sin que por ello deje de funcionar. Este brusco cambio de una presión de agua a una atmósfera enrarecida, se impone a cada Seamaster. Para ello, Omega ha creado un aparato único de presión variable.
Cada Seamaster experimenta varios «buceos», a diferentes presiones. Estas pruebas dan la seguridad de que la robusta caja resistirá a todas las variaciones de presión.
¿Por qué esta delicada y costosa operación? Porque por sí sola garantiza el mantenimiento – en cualquier circunstancia – de la precisión inicial de su Seamaster. Este examen severo testimonia su aptitud para soportar la vida ruda y movida para la cual ha sido creado.
Es por ello que la precisión y robustez del Seamaster hacen que sea el reloj deportivo más solicitado en el mundo.
También Vd., llevará algún día un Omega.
Todos los Omega Seamaster son impermeables, a prueba de golpes y antimagnéticos. La cuerda automática y el calendario son facultativos. De oro 18 quilates, goldcap (oro y acero) o de acero.

Ω
OMEGA

Omega Seamaster: El reloj deportivo por excelencia. Automático, impermeable y con calendario. Indices horarios de oro incrustados de ónice.

calles de Budapest. Los combatientes por la libertad pidieron ayuda y sólo recibieron expresiones de solidaridad. Hasta dónde hubiéramos podido ayudarlos sin haber llegado a desencadenar una guerra mundial, es cosa sobre la que habría mucho que decir.

Creo, sin embargo, que fue tan grande el crimen cometido por Kruschef y sus títeres comunistas en el caso de Hungría, que se pudieron haber utilizado métodos más impresionantes para señalarlo a la atención del mundo. En primer lugar, cuando Kruschef se negó a retirar sus tropas de Budapest, los Estados Unidos debieron haber roto relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En segundo lugar, se debería haber permitido la organización de grupos de "voluntarios" en los países libres, para que ayudasen a los combatientes de la libertad. Esto es lo que ha hecho el Kremlin en situaciones análogas. En tercer lugar, cuando se constituyó el gobierno de Kadar en lugar del gobierno libre, se debería haber reconocido a un gobierno en el exilio, que habría sido símbolo de unión, no sólo para los húngaros mismos, sino para muchas personas de toda la Europa oriental que admiraban el valor de los rebeldes y compartían con ellos el ideal de la libertad.

Los norteamericanos han dicho siempre que si desean conservar su propia libertad deben apoyar la causa de la libertad ajena. Resulta irónico que quienes en los Estados Unidos se enorgullecen de su liberalismo sean los que más violentamente se oponen a cualquier intento de lanzar una ofensiva pacífica para liberar a los pueblos de la Europa oriental. Para esos "liberales", el único punto de vista justo es que en nuestras discusiones con Kruschef atenuemos la "cuestión de la libertad" a fin de poder hacer progresos en la "cuestión de la paz". Según ellos, hablar de las naciones cautivas en las negociaciones entre el Este y el Oeste "perturbaría la armonía". Y sin embargo son esas mismas personas las que se muestran inflexibles en sus demandas de libertad para Angola y para las poblaciones negras de Sudáfrica.

En mi opinión debería haber una sola norma en lo que respecta a la libertad. Es intolerable, sin duda, que se la niegue en cualquier lugar del globo. El *ghetto,* sombrío vestigio de la inhumanidad del hombre para con el hombre, debe desaparecer dondequiera que exista. Y en este caso se encuentra la Europa oriental, que es el peor de los *ghettos.* El mundo libre no puede desentenderse de la existencia de 97 millones de personas: seres humanos que viven en lugares de donde no se les permite salir, bajo gobiernos no elegidos por ellos, y que carecen del derecho a reunirse, a votar o a expresar de algún otro modo su opinión contra la tiranía que se les ha impuesto. Quienes guían la política estadounidense deben seguir manifestándose en contra de los pocos lugares donde persista el anti-



LOS GUARDIANES DE BALLANTINE'S

En la destilería de Ballantine's, en Dumbarton, hay un sistema único y altamente eficaz de alarma contra los intrusos, que funciona día y noche. Gansos . . . nada menos que setenta gansos, todos ellos dedicados cuerpo y alma a proteger las inmensas existencias de whisky Ballantine's.

Si alguien se aventurase por las bodegas donde madura este noble Scotch, recibirá una ruda sorpresa. En sus oídos estallará una serie de destemplados graznidos de alarma, con lo que aparecerán a todo correr las autoridades de la casa.

Es así como esos nobles whiskies que han de constituir el Ballantine's pueden madurar sin ser molestados. Asociados merced a la experiencia de siglos, estos whiskies se han de convertir oportunamente en Ballantine's – el soberbio Scotch de Escocia.

Bien vale la pena, pués, cuidar las existencias de Ballantine's. Todo buen conocedor de Ballantine's sabrá por qué.

CUANTO MAS CONOCE UNO EL WHISKY ESCOCES, TANTO MAS LE GUSTA EL BALLANTINE'S


SIEMENS
Vale la pena consultar a Siemens
La Casa Siemens contribuyó a la electrificación de la Argentina.
La técnica Siemens influye hoy decisivamente el desenvolvimiento de la red de telecomunicaciones argentina.
Teléfonos y Teleimpresores Siemens le ayudarán a Vd. a solventar mejor sus negocios.
Para todo problema relacionado con la electrotecnia, le aconsejará a Vd. gustosamente la Siemens Argentina S. A.

guo colonialismo que los blancos impusieron sobre los que no lo son, pero han de mostrarse igualmente vigorosos en su oposición al nuevo colonialismo comunista imperante en la Europa oriental, impuesto por blancos sobre blancos.

Un objetivo primordial. Aceptemos la afirmación de que cualquier referencia a la cuestión de la libertad de los pueblos cautivos irrite a Kruschef. ¿No es éste el momento de poner a prueba sus intenciones? Recientemente los Estados Unidos concertaron con él la prohibición de los ensayos nucleares y el "nuevo" Kruschef viene presentándose ante el mundo como quien encabeza la lucha por la paz y la reducción de las tensiones entre el Este y el Oeste. Pero, ¿qué es lo que ha hecho en realidad para reducir esas tensiones?

Se dice que con la firma del tratado sobre prohibición de pruebas nucleares ha disminuido el peligro de guerra. Pero no hay duda de que, si acaso ha disminuido el peligro de guerra, ha aumentado considerablemente el peligro de una derrota sin guerra. En la Europa occidental, en los Estados Unidos y en Iberoamérica, los partidos comunistas vienen intensificando sus actividades enderezadas a derrocar a los gobiernos libres. El comunismo ha logrado sus mayores victorias merced a este tipo de agresión indirecta. Todos los indicios nos llevan a una conclusión inevitable: se está lanzando contra el mundo libre una nueva gran ofensiva comunista, ofensiva que es tanto más peligrosa cuanto que no recurre a la guerra y resulta difícil de reconocer y de combatir eficazmente.

No es posible hacer frente a tal ofensiva y derrotarla siguiendo una pasiva política defensiva. Desde luego, es justo y necesario que el gobierno de los Estados Unidos haya asegurado al pueblo del Berlín Occidental que, si es atacado, lo defenderemos. Pero el objetivo estadounidense no debe limitarse a evitar la reducción del ámbito de la libertad, sino que éste debe ser ampliado. Tal objetivo debe ser lograr la libertad para Cuba, la Europa oriental, Rusia y China. Y han de emplearse todos los medios posibles para alcanzar ese objetivo por medios pacíficos.

La fundamental e importantísima cuestión de lograr la libertad para los oprimidos ha sido relegada a segundo término; es hora ya de que la traigamos al primer plano y que hagamos de ella un objetivo de la más alta prioridad en toda negociación internacional.

Los aliados de detrás de la cortina de hierro. ¿Qué cosas positivas podrían hacer los Estados Unidos en pro de la liberación de los 97 millones de personas de la Europa oriental?

• Ante todo se deberá mantener viva en ellos la esperanza de alcanzar la libertad, lo que quiere decir que se debe resistir cualquier tentativa de Kruschef encaminada a lograr el reconocimiento de la le-

galidad y permanencia del dominio comunista sobre esos países.

• Se debe tratar individualmente a cada uno de los países de la Europa oriental. Aunque sus gobiernos sean comunistas, no constituyen ya un bloque monolítico. Además de mostrar grandes diferencias nacionales, los pueblos de todos esos países temen a los rusos y desconfían de ellos. El sentimiento nacionalista de la Europa oriental, cada día más acendrado, constituye un problema para Kruschef, pero es en cambio aliado del mundo libre. El Congreso de los Estados Unidos debería otorgar al gobierno norteamericano las facultades necesarias para desplegar una flexible política económica y diplomática para con cada uno de esos países.

• El mundo libre debe abstenerse de hacer cosa alguna en favor de ninguno de los gobiernos comunistas, a menos que el efecto que se persiguiera fuese contribuir a aliviar la opresión que sufren sus pueblos. Por ejemplo, los Estados Unidos han proporcionado a Yugoslavia cerca de 2.300.000.000 de dólares en asistencia militar y económica desde mediados de 1945 hasta mediados de 1962. La mayor parte se le otorgó porque Tito había roto con el Kremlin y se pensaba que al asignar a Tito este subsidio se conseguiría ahondar las diferencias entre ambos. Hoy Kruschef y Tito han estrechado sus lazos y es evidente que el equipo militar que Tito obtuvo de los Estados Unidos estaría del lado soviético en caso de una guerra mundial.

• Se deben fijar los siguientes objetivos: 1) hacer salir a las fuerzas soviéticas de ocupación de los países de la Europa oriental; 2) conseguir que los gobiernos comunistas permitan a sus ciudadanos abandonar su país, si así lo desean; 3) conseguir que los gobiernos comunistas adopten una política de tolerancia hacia las iglesias de los distintos países y hacia otras instituciones representativas de la libertad; 4) aumentar el contacto directo con el *pueblo*, sin olvidar las visitas de altos funcionarios de los Estados Unidos, que hagan presente a ese pueblo que no se le olvida; y 5) aumentar el intercambio de publicaciones, emisiones de radio y otros medios de comunicación y, sobre todo, los destinados a mantener a la juventud en relación con el mundo occidental. Existe el evidente peligro de que surja una nueva generación que, por falta de contacto con el mundo libre, desconozca la existencia de otros modos de vida.

• Los Estados Unidos deben aprobar únicamente aquellos programas económicos que sirvan a los objetivos señalados. Potencialmente, el arma más poderosa de los Estados Unidos está constituida por sus programas de intercambio comercial y de ayuda, pero al mismo tiempo es la más difícil de utilizar de manera eficaz. Los Estados Unidos deben abstenerse de aprobar cualquiera operación comercial que robustezca el dominio comunista sobre los pueblos que lo sufren.

• En la política que siga el mundo libre y en las declaraciones que haga se ha de distinguir siempre entre el Kremlin y los gobiernos títeres, por una parte, y el pueblo, por otra. Uno de los más poderosos elementos disuasivos que se oponen a aquellos actos soviéticos que pudieran conducir a la guerra, reside en el hecho de que el Kremlin no ha logrado conquistarse el apoyo espontáneo de los pueblos de la Europa oriental. En ningún momento nos olvidemos, quienes gozamos de la libertad, de que la gran mayoría de la gente que vive bajo gobiernos comunistas es amiga nuestra.

En la estación de Budapest, cuando estaba a punto de partir el tren que iba a llevarnos a Viena, se me acercó un trabajador ferroviario y, en titubeante inglés, me dijo: "Tengo un hermano que salió de Hungría en 1956 y ahora vive en Columbus, en el Estado de Ohio. Si por casualidad lo ve usted, dígale que tenía razón, que yo también debía haberme marchado, y espero reunirme con él antes de que sea demasiado tarde".

El tren se puso en marcha antes de que mi interlocutor terminase de hablar, pero, corriendo a lo largo de la vía, el obrero gritó: "Olvidaba decirle que vive en la Avenida Euclides, en Columbus. Dígale que espero reunirme con él... Dígale... dígale". El tren se alejó antes de que mi interlocutor pudiera decirme su nombre.

Aquel trabajador ferroviario quería enviar un mensaje a su hermano. Pero, a mi modo de ver, en realidad estaba enviando por mi mediación un mensaje conmovedor e inolvidable al corazón norteamericano: "No nos abandonen. También nosotros queremos ser libres".



Notas del club

Durante una junta de directores del club cívico a que pertenezco, propuse la adopción de una regla por la cual la persona que presentara alguna idea no tendría que ser nombrada, necesariamente, jefe de la comisión encargada de llevarla a cabo

Mi ponencia fue aprobada... y me nombraron presidente de una comisión encargada de ver que la nueva disposición se cumpliera.
—P. P.

Del libro de actas de una sociedad de ingenieros: "En vista de que el anterior secretario fue trasladado a otra parte, y de que no pudo hallarse el acta de la sesión anterior, se propuso, se sometió a votación y se aprobó que fuese aceptado sin modificaciones lo que constaría en tal acta si se hubiera hallado".
—C. K.

¿Por qué hemos de decir con tanta frecuencia: "Lo que yo haga no tiene importancia"?

La excusa que nunca debemos utilizar

POR EL RABINO BERNARD MANDELBAUM Y VICTOR RATNER

Condensado del Mensaje del Día del Perdón del Seminario Teológico Judío de Norteamérica

DETÉNGASE un momento y reflexione sobre lo que ha sido su vida pasada.

¿No le ha prestado gran ayuda alguna persona? Tal vez un padre cuya preocupación y constante cuidado modeló su carácter; quizá un maestro que le brindó su amistad y lo animó a seguir adelante cuando se hallaba a punto de desfallecer; o un jefe que supo valorar sus facultades y que le abrió las puertas del éxito; o un vecino cuyo aprecio por usted y su familia contribuyó a la paz y felicidad de su casa... tal vez hasta un extraño que le dio su apoyo en el momento que más lo necesitaba.

Al recordar a las personas que así influyeron en su vida ¿no parece evidente que también usted puede influir grandemente en la de los demás dondequiera que entre en contacto con ellos. en el hogar, en el vecindario, adonde usted vaya? ¿Por qué hemos de decir con tanta frecuencia: *Lo que yo haga no tiene importancia*?

Caemos en un error bastante común al medir el bien con una medida inadecuada. Creemos que las buenas acciones sólo tienen importancia en los momentos de crisis, cuando las circunstancias extraordinarias exigen un esfuerzo también extraordinario, sin reparar en que los momentos críticos son apenas una pequeña parte de la oportunidad que a todos se nos ha dado para contribuir a la ajena felicidad.

Bástenos recordar cuánto, cuán a menudo y en cuántas formas diversas nuestro acto individual de comprensión, de estímulo, de guía, de interés personal, puede enrique-

cer la vida de otros, así como nosotros nos hemos beneficiado del bien permanente que el prójimo nos hizo. ¡Bástenos recordar que ninguna buena acción es *pequeña*!

Lo vemos claramente por todas partes en nuestro alrededor.

En el seno del hogar. Ciertamente, no es el "gran gesto" ocasional lo que hace un buen padre, o forma el carácter del niño, o siembra la alegría en la familia.

Es algo más: el sosegado paseo que da usted con su hijito, escuchando sus cosas y respondiendo a sus preguntas, gozando de su compañía tanto como él de la de usted.

Es el permanente ejemplo que le da, su honradez personal, sus acciones desinteresadas, la distinción que él le ve hacer entre lo bueno y lo malo, y la índole de las personas que merecen su aprecio.

Es la forma en que le inculca el sentido del mandamiento "honrar padre y madre" por el comportamiento de usted para con sus propios progenitores.

Es la forma en que marido y mujer se aconsejan entre sí, comparten las experiencias diarias y aprovechan toda oportunidad para expresarse su recíproco aprecio y su necesidad mutua de amor.

De una cosa puede usted estar seguro: en el seno de la familia, con nada se remplaza el íntimo don de su presencia y su interés.

Donde usted vive. Crear un vecindario donde usted quisiera vivir requiere algo más que los recursos y los esfuerzos de funcionarios y peritos en materia de vivienda, educación, sanidad y derechos civiles. Lo que importa es cómo reciba usted a una familia nueva, sea cualquiera su raza o religión, sin atender más que a sus méritos propios y al derecho que tiene de habitar donde habita usted. Lo que hace un buen vecindario es que usted exija para los hijos de su vecino las mismas oportunidades de educación que busca para sus propios hijos; que usted ayude al vecino enfermo o solitario como no puede hacerlo ninguna institución.

Adondequiera que vaya. Viajamos hoy más y entramos en contacto con más gente distinta que ninguna otra generación en la historia. Mas ello es que, adondequiera que vayamos, cerca o lejos, encontramos personas cuyas aspiraciones y necesidades básicas son las mismas de nuestros vecinos inmediatos. Ciertamente, podemos tomar la iniciativa para ofrecer a cualquiera que conozcamos, en cualquier parte, la amistad que de él quisiéramos recibir. Podemos respetar sus peculiaridades y con ellas enriquecer nuestra experiencia, como él puede enriquecer la suya con la nuestra. Esto no es sino reconocer que también él fue hecho a imagen y semejanza de Dios, y que la fraternidad de los hombres se convierte en vecindad de los hombres.

En este mundo cambiante hay realidades fundamentales que no cambian. Por eso nunca debemos dar la excusa: *Lo que yo haga no tiene importancia.*

Citas citables

TUVE la suerte de nacer en una epoca muy afortunada: no se hablaba entonces de "delincuentes juveniles". Simplemente nos llamaban "calamidades".

— John Carmel Heenan, arzobispo de Westminster, citado en *Sunday Telegraph* de Londres

MUCHAS desilusiones nos ahorraríamos si aprendiéramos a temprana edad que la felicidad no es un lugar al que llegar, sino un camino que tomar.

— Sidney Harris

POCAS cosas hay tan difíciles de usar con moderación como un sillón cómodo.

— D. O. Flynn

PARA gozar verdaderamente del sueño, la riqueza y la salud, hay que interrumpirlos de cuando en cuando.

— Jean Paul Friedrich Richter

VIVIR es bueno. Vivir intensamente es mejor. Y vivir intensamente en compañía es lo óptimo.

— Max Eastman, citado por Robert Fontaine en *This Week Magazine*

UNA DE las flaquezas de nuestros tiempos es que, por lo visto, no sabemos distinguir entre lo que necesitamos y lo que codiciamos.

— Don Robinson, en *Phi Delta Kappan*

SE PUEDE utilizar la amistad como una cuenta corriente ¡siempre que no olvide uno hacer también depósitos!

— *Indiana Teacher*

EL ENTUSIASMO es la energía que hierve y se derrama de la olla.

— Arnold Glasow, en *Quote*

LA EDUCACIÓN resultaría mucho más eficaz si aspirara a que los educandos, al abandonar la escuela, supiesen cuánto ignoran y anhelasen aprender todo lo que no saben.

— Sir William Haley

ES MUCHA el agua fría que se ha echado sobre los ideales de la humanidad con el jarro donde se lee: "Es imposible cambiar la naturaleza del hombre".

— Dr. Ralph Sockman, en General Features Corp.

YA SE han escrito todas las buenas máximas. Sólo falta ponerlas en práctica.

— Blas Pascal

ERICH MARIA REMARQUE

en su más severo mensaje a las generaciones de postguerra

"EL CIELO NO TIENE FAVORITOS"

El suspenso, una faceta trágica de la vida y una mezcla de romanticismo y crudeza, son los ingredientes de este nuevo acierto de ERICH MARIA REMARQUE

Exactamente, esta es la historia de una joven desahuciada, una de las tantas víctimas de la guerra, que vive una existencia artificial y sin sentido y decide lanzarse a la conquista de una breve pero intensa experiencia que presiente distinta a los años de penurias soportados. Desea vivir sin la horrible idea de la muerte, gozar de la felicidad y la ternura del amor, es decir; vivir el ciclo de toda mujer normal.

Esta obra constituye un enérgico mensaje de humana trascendencia, en la cual el gran Remarque explora y escudriña todos los rincones de la sociedad, capta las fuentes ocultas de los actos, las ideas y los sentimientos de los hombres, escala altitudes y baja a los abismos de las pasiones, desde el áureo ápice de la nobleza más pura, hasta el rincón de las sórdidas gesticulaciones de la miseria, para concluir demostrándonos que aún perduran los valores sobre los cuales se edifica la vida del hombre, advierte sobre las horrorosas consecuencias de la guerra, y reclama paz, amor y tolerancia.



Suscribiéndose HOY MISMO al

"CIRCULO LITERARIO"

UD Y LOS SUYOS PODRAN LEER Y ELOGIAR UNA OBRA SINCERA, AUDAZ Y MUY RECOMENDABLE, OBTENIENDO ADEMAS LOS SIGUIENTES BENEFICIOS:

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán enviados a su casa por correo certificado, sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario. El único requisito consiste en que el suscriptor compre un mínimo de cuatro de los doce libros seleccionados en los primeros doce meses.

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

ENVIE ESTE CUPON AHORA MISMO

CIRCULO LITERARIO - *Lavalle 1454 - T. E. 40 - 3618*

Sírvanse anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "EL CIELO NO TIENE FAVORITOS" por Erich M. Remarque, por el cual abonaré m$n. 238.-

Nombre ....

Calle y N° .... *T.E.* ....

Localidad .... *F. C.* ....

Provincia ....

Firma ....

S 3



QUIENES PREFIEREN ANTICASPAS LIQUIDOS ahora usarán

ENDEN LIQUIDO

UNICO ANTICASPA LIQUIDO CON 99 % DE EFICACIA!

Luego del éxito mundial que significó ENDEN crema, los laboratorios Helene Curtis se dieron a la tarea de obtener un anticaspa *—en tipo líquido—* que asegurara el mismo 99 % de eficacia para terminar definitivamente con la caspa. Y así es como hoy —luego de su favorable acogida en los EE. UU. y Europa— presentamos para ese numeroso público que prefiere los anticaspas líquidos, el único que le ofrece 99 % de eficacia comprobada.



ENDEN *líquido*

UN PRODUCTO HELENE CURTIS

Aumentan las pruebas de que el programa acelerado para llevar un hombre a la Luna en 1970 se concibió apresuradamente, sin suficiente estudio. Acaso aún se esté a tiempo de suspender el inmenso desperdicio de dinero y esfuerzo científico que el plan implica.

¿Podrá detenerse la carrera a la Luna?

Por Blake Clark

En la base Edwards de la fuerza aérea, situada en el desierto Mojave de California, se escucha el rugir del mayor motor-cohete del mundo, que tiene una fuerza equivalente a la de 48.000 locomotoras. En Downey (California) detrás de los edificios que ocupa la Sección de Sistemas de Información del Espacio, de la compañía North American Aviation, se puede ver una nave espacial simulada, que a modo de prueba se estrella en un terreno arado o en un estanque lleno de agua. En la Florida se halla en construcción un hangar para las tres secciones del cohete impulsor Saturno V, hangar que será el edificio más grande del mundo: mucho mayor que todo el Pentágono en Washington.

En todo el país los contratos de construcción y fabricación destinados al Proyecto Apolo, como se denomina el esfuerzo irrestricto de los Estados Unidos para llevar hombres a la Luna en el año de 1970, están convirtiendo las aldeas en ciudades y las ciudades en complejos metropolitanos.

En el proyecto Apolo participan, en forma más o menos activa, los 50 Estados de la Unión, millares de compañías independientes y millones de trabajadores. Se espera que costará entre 20.000 y 40.000 millones de dólares, lo que lo convierte en el más costoso que haya emprendido jamás la humanidad.

El Congreso votó en favor del proyecto en 1961, después del viaje del cosmonauta soviético Yuri Ga-

garin alrededor de la Tierra y después del desastre de la bahía de Cochinos. En aquel entonces se cifraba en él la esperanza de que podría restaurar el prestigio de los Estados Unidos. El Congreso reafirmó su apoyo en 1962, duplicando el presupuesto para realizarlo. Hoy, sin embargo, los peritos militares, los hombres de ciencia, los miembros del Congreso y el público, no están tan seguros de su conveniencia. Muchos han llegado a la conclusión de que se ha asignado al proyecto demasiada prioridad, y que el programa acelerado es excesivo y debería moderarse. Unos pocos lo tienen por una locura lunar.

Las principales consideraciones en que descansan estas ideas son:

1. *Llevar un vehículo tripulado a la Luna no es esencial para la defensa nacional.*

La verdad es que las ventajas de carácter militar que pudieran derivarse del proyecto, como por ejemplo, el perfeccionamiento de poderosos cohetes impulsores, serían solo incidentales; el material no se presta para aplicaciones que puedan dar a los Estados Unidos el dominio militar del espacio; y nadie sostiene que la posesión de la Luna, distante de nosotros 384.700 kilómetros, sería una ventaja estratégica.

Mientras tanto, los rusos bien pueden estar aprovechando la preocupación norteamericana por la Luna, para perfeccionar operaciones en zonas militarmente importantes entre 150 y 800 kilómetros de altura.* Muchos técnicos militares de los Estados Unidos creen que la Unión Soviética podría dominar este "espacio periterrestre" (y que tiene la intención de hacerlo) lanzando súbitamente una abrumadora fuerza de vehículos espaciales con capacidad de bombardeo y de interceptación: una especie de patrulla celeste sobre los Estados Unidos.

Estas consideraciones hacen pensar a los censores de la carrera a la Luna que el dinero debe retirarse de ese proyecto y destinarse más bien a otros planes de aplicación militar directa en el espacio; y que por lo menos se debería estar creando un sistema global de información, inclusive con satélites tripulados, para descubrir, observar, rastrear, registrar y analizar los movimientos de artefactos en el espacio.

2. *Las ventajas científicas que se esperan no justifican el costo.*

Esta es la opinión de muchos sabios que son, sin embargo, partidarios de la exploración espacial. El Dr. Harold Urey, que apoya el viaje a la Luna como una gran aventura, advirtió a una comisión del Congreso que "desde el punto de vista del progreso científico, el programa no se justifica".

El Dr. Philip Abelson, director de la revista Science y del Laboratorio Geofísico de la Institución Carnegie, de Washington, consultó en lo particular la opinión de 110 hombres de ciencia no vinculados a la Administración Nacional de Aeronáu-

Véase "¿Ganar la Luna . . . y perder la Tierra?*" en SELECCIONES de setiembre de 1963.

tica y del Espacio, y encontró que 107 se manifestaron en contra del plan de llevar un hombre a la Luna para 1970. En otra encuesta de 25 norteamericanos ganadores del premio Nobel, la mayoría expresó serias reservas acerca del programa acelerado "por causa del desperdicio que implica". El Dr. Abelson dice que las principales cuestiones que puede aclarar el estudio de la Luna se refieren al origen e historia del sistema solar, y que estos problemas se podrían estudiar con un costo incomparablemente menor valiéndose de vehículos no tripulados.

El Dr. J. C. Warner, presidente del Instituto Técnico Carnegie, dice: "No estamos comprometidos en la exploración del espacio por las ventajas científicas o militares que nos pueda reportar, sino por el engrandecimiento de nuestro prestigio nacional. Este esfuerzo exige tal concentración de recursos, tanto de hombres como de dinero, que podría poner en serio peligro el porvenir de la nación".

3. *Se han exagerado los beneficios económicos de los mejoramientos técnicos que se logren de paso.*

No hay duda de que los conocimientos que se adquieran incidentalmente mientras se lleva a cabo el Proyecto Apolo darán por resultado algunos sub-productos valiosos; pero ¿serán suficientes para compensar el costo? "Me sentiría más tranquilo", escribe el economista William Meckling en el *Bulletin of the Atomic Scientists*, "si pudiera descubrir una convincente lista de aplicaciones de la técnica del espacio y predecir confiadamente que se realizarían pronto y que influirían de forma significativa en la vida de todos nosotros. Desgraciadamente las perspectivas no son tan halagüeñas." Aunque se podrá aprender mucho al producir equipos mucho más seguros que todos los hasta ahora conocidos, Meckling no puede creer que los productos no militares compensen, como no sea en mínima parte, la inmensa inversión.

4. *Es necio jugarse el prestigio nacional a la carta de llegar primero que los rusos a la Luna.*

"¿No entran también otros factores en nuestro prestigio y amor propio?" pregunta el senador William Fulbright. "Si al terminar este decenio los rusos han llegado a la Luna y nosotros no, pero en cambio nosotros hemos logrado renovar nuestras ciudades y nuestros medios de trasporte, hemos acabado virtualmente con los barrios miserables y con el delito, y hemos creado el mejor sistema de educación pública del mundo, ¿quién gozará entonces de un prestigio mayor y quién será más admirado en el globo?"

¿Se podrá detener la carrera a la Luna?

Si se resolviera el Congreso a detener o moderar el frenético ritmo del programa, podría hacerlo, porque la savia de tal programa es el dinero, cuyo flujo controla el cuerpo legislativo. Cada año la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio tiene que acudir a él en so-

licitud de nuevos fondos. Pero el Congreso tiene estímulos y acicates para continuar gastando dinero.

Uno de ellos es la presión que sobre los congresistas ejercen los electores que se benefician con los jugosos contratos que da la Administración de Aeronáutica; y cuantos más van siendo los representantes de personas que gozan de la prosperidad creada por dicha Administración, más difícil va resultando conseguir votos en contra del programa acelerado, por antieconómico que éste resulte.

Dice un congresista: "Si yo voto en favor de recortar las asignaciones del Proyecto Apolo, me reclamarán la comisión de desarrollo que está tratando de conseguir más contratos para mi Estado, las cámaras de comercio de mi distrito, los constructores, los dueños de grandes almacenes y los bancos".

Otro obstáculo formidable que se opone a la sensata moderación del programa Apolo es sencillamente la ignorancia. "Yo no lo comprendo bien", dice un senador. "El Congreso aceptó este programa confiado en el Ejecutivo, pero sin haberlo estudiado realmente. Yo no sé si se debería suspender, o recortar, o qué".

Por desgracia, expresiones como ésta se repiten con frecuencia. El más vasto programa del hombre se propuso de prisa; y lo aceptó, lo aprobó y lo ha ratificado un Congreso que confiesa no haber estudiado mucho el asunto. El Congreso se confió en sus comisiones del espacio, y éstas a su vez se confiaron en los voceros de la Administración de Aeronáutica.

Esta entidad, por su parte, no ha podido obtener el apoyo total de los hombres de ciencia, y ahora el Congreso empieza a abrigar dudas con respecto a esta especie de Frankenstein lunar que se ha creado tan súbitamente.

"Al Congreso no le gusta desperdiciar el dinero", dice el senador Willis Robertson. "Si el gasto de 20.000 a 30.000 millones de dólares en el proyecto lunar no cuenta con la aprobación del público, el Congreso actuará de acuerdo con la protesta de sus electores que le digan: *No queremos que nuestro dinero se malgaste en esa forma*".

Es claramente deseable un programa del espacio con metas razonables, que responda a las necesidades militares y científicas de la nación, y podría culminar con un aterrizaje en la Luna; pero el actual programa *acelerado* está sujeto a fechas arbitrarias que no se compaginan con la realidad de los hechos.

Para lo único que el pueblo norteamericano está dispuesto siempre a firmar un cheque en blanco es para la seguridad nacional. El experimento lunar debe llevarse a cabo más despacio hasta que los jefes militares encargados declaren clara y terminantemente que es indispensable para la defensa del país. El hecho de que no lo hayan declarado así exige una revisión del Proyecto Apolo.



Eunice Weaver, abnegada mujer que goza de inmenso prestigio en el Brasil, ha salvado más de 30.000 niños de una suerte pavorosa.

Ángel de los lazarinos

POR VIRGINIA PREWETT • *Condensado de "Latin American Report"*

ESPARRANCADO a la orilla de un afluente del Amazonas, el arma terciada al desgaire en su pistolera, torvo el ceño de su rostro tostado por el sol, el ranchero brasileño esperaba la llegada de una embarcación. Desde hacía años, él y la media docena de hombres que lo acompañaban habían desafiado a los pistoleros pagados por los opulentos ganaderos, no menos que a los peligros de la selva poblada de jaguares y de las rocosas tierras altas. Aquel día de 1938 se preparaban

para reñir una nueva batalla en su vida.

En el distante Río de Janeiro se habían anunciado planes para establecer en aquella región un asilo para hijos de leprosos. La sola palabra "lepra", con sus ecos del antiguo grito de "¡Inmundo!" llenaba a estos hombres de inquietud.

Doblando un recodo del río apareció una lancha que llevaba a bordo a la presidenta de la Federación de Sociedades de Asistencia a los Lazarinos y Defensa contra la Lepra. Atracó la lancha, saltó a tierra la presidenta y se fue en derechura al jefe de los rancheros que esperaban. Éste, desconcertado, dio un paso atrás: no se había imaginado que su enemigo fuese una mujer, joven y muy bonita por cierto, en cuyos negros ojos fulguraba una mirada retadora.

Con todo, el hombre declaró de mal humor que ni él ni sus amigos tolerarían en esa región una casa para hijos de lazarinos.

—¡Le prenderemos fuego! —afirmó.

—Si la incendian, la volveremos a construir —replicó la dama, y pasó a darles algunas explicaciones sobre la lepra o enfermedad de Hansen; les dijo que no es hereditaria, de manera que no se trasmite inevitablemente de padres a hijos, sino que es una enfermedad infecciosa producida por una bacteria, y que generalmente una persona se contagia por vivir largo tiempo, a menudo desde la niñez, con personas que la padecen. Agregó que lo que se proponía era aislar del contagio a los niños que estuvieran libres de ella y proporcionarles la oportunidad de llegar sanos a la edad adulta.

—Pero aquí no hay leprosos —dijo el ranchero.

—Traigan canoas y vengan conmigo —les replicó—. En el término de dos días les mostraré 50 familias que han tenido que huir y esconderse por la vergüenza de su mal. Les mostraré cien niños que pueden salvarse... ¡y que se salvarán!

Dos meses más tarde, cuando el hogar infantil ya estaba en construcción, el ranchero comentaba:

—La señora era tan joven y bonita, y estaba tan enfadada, que no me quedó otro remedio que ceder.

Esta agraciada mujer de mirada fulgurante, llamada Eunice Weaver, ha confundido a hombres mucho más formidables que los rancheros. Gobernadores de provincia, directores de industrias y hasta presidentes del Brasil se han visto obligados a escuchar sus palabras sobre este tema, que constituye el problema sanitario más grave del país. Aguijoneó y finalmente dirigió a las mujeres brasileñas para iniciar una campaña que dio por resultado la construcción de 30 asilos en 21 Estados y dos territorios. Debido principalmente a la labor de su Federación, la proporción de leprosos bajó de 4 por 1000 habitantes en 1931 a 1,5 por millar en 1951. Sus métodos han sido estudiados y adoptados por la mayoría de las naciones que sufren este flagelo; y si las realizaciones de éstas no igualan a las del


deslizantes
afeitadas
eléctricas...
aún en días de calor
con
williams
Lectric
Shave
loción para antes
de afeitarse
williams
Lectric
Shave

Brasil, ello se debe a que no tienen una Eunice Weaver que las guíe.

Hija de padre de ascendencia suiza y de madre brasileña, Eunice Gabbi se crió en una *fazenda* (hacienda) en el Estado de Río Grande del Sur. Miserables bandas de proscritos leprosos, a quienes otros mendigos apedreaban para obligarlos a huir, vagaban por la región pidiendo "¡Una limosna, por amor de Dios!" Cuando se alcanzaban a oír estas lastimeras súplicas de los infelices que se aproximaban, lo que se hacía era colocar alimentos fuera de la *fazenda* y cerrar la puerta.

Un día de primavera, en 1916, cuando su tía salió a dejar el alimento, Eunice, que contaba nueve años de edad, vio el horror cara a cara: media docena de personas que casi no podían reconocerse como seres humanos, leprosos con la carne característicamente hinchada y las facciones desfiguradas, algunos con deformaciones que los hacían inválidos. Pasado el primer choque emotivo, Eunice se quedó mirando irresistiblemente otro par de ojos. No veía la cara abotagada porque los ojos dolorosos le parecían conocidos.

—¿Rosa? —murmuró la tía.

Los ojos de la leprosa se llenaron de lágrimas. Rosa Fernandes era la hija de unos vecinos y se creía que se había suicidado ahogándose. Les contó que esa patraña la había inventado ella misma, en cuanto se dio cuenta de que tenía la enfermedad de Hansen para poder desaparecer e ir a reunirse con sus hermanos de desgracia.

Cuando la miserable banda se alejó camino adelante, la tía, haciéndose eco de inmemorial prejuicio, comentó:

—Sobre ellos pesa la maldición de Dios. Nosotros no podemos hacer nada.

Eunice, en cambio, desde aquel día vio a estos desgraciados de otra manera: los vio como seres humanos.

De ahí a poco, la familia la mandó a una escuela misional metodista en la población de Uruguaiana, donde un joven misionero y maestro norteamericano, el Dr. Anderson Weaver, la convenció de que Dios no ha maldecido al leproso, puesto que ama al enfermo lo mismo que al sano. Pasado un año, murió la esposa del Dr. Weaver y a él lo trasladaron a otra escuela misional.

Diez años después, en 1927, Eunice y el Dr. Weaver volvieron a encontrarse. Ella era entonces una hermosa mujer que enseñaba medicina preventiva en la pujante ciudad de San Pablo. Pronto se casaron y llegaron a constituir una pareja notable. Ella era la que poseía la personalidad activa y la energía para llegar a la meta deseada; él era suave y tranquilo y fue su refugio en los momentos de desfallecimiento.

En 1929 invitaron al Dr. Weaver a enseñar en una "universidad flotante", en un barco que debía dar la vuelta al mundo bajo el patrocinio de la Universidad de Nueva York. En Hawaii, Eunice visitó la

leprosería de Molokai, donde había trabajado el padre Damián. Se enteró de que él les quitaba a los padres enfermos los hijos sanos para criarlos libres de la enfermedad. En Filipinas y en Calcuta observó la labor de médicos innovadores que habían establecido pueblos modelo para las víctimas del mal de Hansen, a quienes trataban como seres humanos, no como si fueran réprobos. Cuando regresó al Brasil, ya sabía lo que ella misma podría hacer.

El plan que tenía era salvar a los hijos sanos de padres leprosos. Resolvió establecer en todo el país una red de hogares, que no se llamarían orfanatos, dado que estos niños no eran huérfanos, sino *educandários*, o casas de educación. Como para llevar el plan a la práctica se necesitaba dinero y organización, empezó a escribir y a hablar, dirigiéndose principalmente a las mujeres ricas. Visitó el sur, el norte, el este y el oeste del país llamando la atención sobre las lacras de la nación y haciendo que se avergonzaran los indiferentes. Los que la escucharon se sintieron conmovidos y en su conciencia hallaron eco los hechos terribles que presentó en forma descarnada.

En 1935 ya se había abierto en Río de Janeiro una modesta sede para este movimiento nacional; y cuando empezaron a surgir uno tras otro los *educandários*, el presidente Getúlio Vargas la llamó a palacio y le preguntó en qué forma podría él ayudar. Ella le dijo:

—Señor Presidente, dénos un cruzeiro de fondos oficiales por cada uno que nosotros podamos obtener en donativos voluntarios. Organizaremos una sociedad y construiremos uno de nuestros hogares en cada Estado y territorio.

—Imposible tarea —comentó el Presidente, conocedor de las vastas regiones del país que ni siquiera tenían caminos—. ¿Por qué no se concentran en unos pocos puntos difíciles, y dejan lo otro para más tarde?

—Haremos lo imposible ahora —contestó Eunice con convicción.

—*Se Deus quiser* —murmuró el Presidente. "Si Dios quiere".

—Con la ayuda de Dios —corrigió su visitante, rechazando la antigua frase fatalista de los brasileños.

El Presidente le lanzó una severa mirada, mas luego sonrió y accedió.

—Con la ayuda de Dios.

Poco después se reunieron en Río de Janeiro los gobernadores de los Estados y el presidente Vargas invitó a la señora Weaver para que les dirigiera la palabra. No se mostraron entusiasmados con esta perspectiva. Ella, por su parte, les dijo cosas fuertes.

—Yo tenía un amigo en su Estado, Excelencia —dijo a uno de los gobernadores, que estaba en la primera fila—. Se llamaba Francisco y era un niñito sano, de ocho años; a los padres tuvieron que llevarlos al lazareto y, como no había con quién dejar al niño, lo llevaron también. Lo que más anhelaba el chico en este mundo era una bicicleta, y yo prometí dársela en cuanto pudiera

obtener el dinero para comprarla. Como nosotros tenemos que atender a tantas necesidades urgentes, no fue fácil disponer del dinero para la bicicleta, pero al fin la compré y me fui contentísima a llevársela. Ya era tarde. La lepra lo había dejado sin dedos para agarrar el manillar.

A otros gobernadores les contó otras anécdotas. Cuando acabó de hablar, todos la rodearon para prometerle apoyo.

Al crecer el número de los *educandários*, se empezó a comprobar lo que Eunice Weaver siempre había sostenido, o sea, que los niños sanos, si se retiran del contacto con padres enfermos, no contraen la enfermedad de Hansen. Es más: aquellos que se criaron en estos espléndidos hogares infantiles sufrieron menos enfermedades de cualquier índole que el término medio del niño brasileño. Y, lo que es más importante aún, allí fueron felices.

En todos ellos doña Eunice, como la llaman cariñosamente, es una figura familiar. Sabe el nombre y la historia de cada niño y se preocupa porque se les trate y se les estime como individuos. "Comprende que el niño necesita amor y ternura", dice un colega. "Ella no trata de ocupar el lugar de los padres ausentes, pero es una amiga íntima y sincera".

Cuando se construyeron los primeros hogares, las familias vecinas obligaban a sus propios hijos a dar grandes rodeos a fin de que no pasaran cerca de ellos; pero con el tiempo las cosas han cambiado. A la vuelta de pocos años la banda de los chicos del *educandário* tocaba en las fiestas del pueblo y su equipo de fútbol jugaba contra el de otras escuelas. Finalmente, cuando los niños crecieron, empezaron a casarse con hijos de las familias del vecindario.

La Federación no abandona el cuidado de sus pupilos hasta que los deja bien instalados en la vida, casados o con un empleo. En años recientes 216 jóvenes de ambos sexos se han hecho profesionales: dentistas, médicos, abogados o maestros. Y fue un gran día aquel en que, en 1953, el nene de una muchacha criada y graduada en un *educandário* se ganó un premio como el niño más sano del Brasil.

Hoy doña Eunice cuenta 58 años, es robusta y tiene el pelo blanco. Sufrió una gran pena personal cuando murió su marido, en 1955, pero sigue siendo una dinamo de energía. Desde su sede en Río de Janeiro hace por lo general un viaje semanal y dirige 170 sociedades federadas, a las que pertenecen 18.000 mujeres, diseminadas de uno a otro extremo del Brasil.

Durante el Octavo Congreso Internacional de Leprología, celebrado en setiembre de 1963 en Río de Janeiro, la Sociedad Damián-Dutton, orden católica de los Estados Unidos, otorgó a Eunice Weaver el premio Damián-Dutton por su notable participación en la lucha contra la lepra. El gobierno brasileño le dio también la Orden del Mérito, y fue la primera mujer que recibió

tal condecoración. Goza en su país de incalculable prestigio.

Su mayor recompensa, sin embargo, son para ella más de 20.000 hijos sanos de padres leprosos que han pasado por sus *educandários* y han gozado de una vida mucho mejor de lo que puede soñar la generalidad de los hijos de familias pobres brasileñas. Otros 4000 niños han sido colocados en hogares adoptivos y 12.000 más reciben tratamiento a domicilio, escapando también así a la suerte de sus padres. Mientras tanto, en Brasil y en otros países donde se han puesto en práctica las técnicas de Eunice Weaver para salvar a los niños, el número de casos de enfermedad de Hansen ha llegado a reducirse en proporción muy notable.

Tal vez su mayor satisfacción consiste en que sus compatriotas al fin han afrontado valerosamente el problema de esta terrible enfermedad, y han aceptado el hecho de que ellos son, en realidad, guardas de sus hermanos.



Caricaturas

Un joven, al nuevo patrón: "No pretendo comenzar por arriba, señor, pero sí un grado más allá del automatismo". —Lichty

La presidenta del club, a las demás matronas que asisten a la reunión: "El informe de la comisión encargada de *La solución de los problemas del mundo* tendrá que postergarse porque tres de las designadas no tienen con quién dejar a los niños". —D. T.

Un niñito que se está lavando las manos para ir a la mesa, a la mamá: "¡Caramba! Sólo voy a comer... no a practicar una operación de cráneo". —H. M.

El jefe a la mecanógrafa, al verla salir: "Señorita, el hecho de que suene la campanilla de su máquina de escribir, no indica que sea hora de tomar café". —B. B.

Un señor a un chiquillo, en el parque: "Y tú, muchacho, ¿de quién eres *explosión demográfica?*" —G. R.

Un agente de viajes norteamericano a sus clientes: "Hagan los planes de su gira tomando en cuenta los siguientes hechos: ya no le tememos a Rusia, y muy poco a China; estamos disgustados con el Canadá y, con Francia, furiosos". —Lichty

Los asaltantes de bancos cambian de táctica



Aficionado o profesional, trabaja solo y sus víctimas favoritas son los bancos de las poblaciones pequeñas o de los suburbios.

Por Frederic Sondern, hijo

Un día de marzo de 1954 un hombre de pequeña estatura e impecablemente vestido se acercó al mostrador de los pagadores de un banco de Pensilvania. Cubriéndose hasta las narices con una bufanda, saltó ágilmente sobre el mostrador, sacó una pistola y chilló en una voz muy aguda: "¡Esto es un atraco. No se acerquen a los botones de alarma!" Los pagadores obedecieron. Después de observarlos un instante, el bandido abrió rápidamente los cajones y se metió en los bolsillos puñados de billetes. Saltó otra vez el mostrador y desapareció. Toda la escena trascurrió en pocos minutos. Pocas horas después, con más de 10.000 dólares, producto de este y otros robos, estaba a bordo de un avión rumbo a París.

El bandido era Robert Francis Urbano. Hijo de una respetable familia de una pequeña población de Massachusetts, graduado universitario, ex-oficial de la fuerza aérea dado de baja honorablemente, negociante en antigüedades y muy viajero, presentaba a la FBI un variado historial.

Inventó el romántico nombre de Roberto Urbano y de Blanquart para hacerse pasar hábilmente como hijo de una rica y noble familia, y empezó a echar raíces en Francia,

Suiza e Inglaterra. En Europa su comportamiento fue ejemplar; traficó inocentemente en antigüedades y llevó una vida placentera. Cada seis meses, durante cinco años, hacía una rápida visita a los Estados Unidos. (A sus amigos europeos les explicaba que tenía negocios con sus banqueros norteamericanos.) Ladrón confeso de 10 bancos y dos grandes tiendas, sus atracos le produjeron unos 200.000 dólares. Después de cada asalto tomaba un avión y se iba a Suiza, donde depositaba los fondos en un banco, y de ahí pasaba a su alegre apartamento en la rue St. Ferdinand, en París.

Urbano-Blanquart llegó a ser un gran quebradero de cabeza para la policía. Se movía con tal celeridad en los robos que dejaba escasos rastros personales. Siempre se presentaba enmascarado y siempre con distinto atavío, a veces desharrapado y a veces elegante. Una sucia gorra de obrero o un sombrero de fieltro de ala, arrugados pantalones de lino o bien cortados trajes hechos en Londres, formaban parte de su vestuario. Era la pesadilla de los funcionarios de identificación. Siempre enguantado, no dejó nunca huellas digitales. De su método invariable de operación, la FBI dedujo que todos esos atracos eran obra de un mismo individuo; pero, fuera de eso, no tenía más pistas.

Urbano podría haber seguido haciendo de las suyas durante mucho tiempo, si no le hubiera ocurrido un accidente en Paramus, en Nueva Jersey. Allí, en la gran tienda de Bamberger, donde había saltado el mostrador como de costumbre, tres valerosos dependientes lo agarraron, a pesar de la amenazadora pistola automática. Uno de ellos murió instantáneamente y los otros dos quedaron gravemente heridos. En eso un parroquiano de la tienda, Charles Jony, de Rochelle Park, se aproximó silenciosamente por detrás del pistolero y le dio en la cabeza un fuerte golpe con una lata de líquido quitamanchas que acababa de comprar. Hoy Urbano-Blanquart está en el penal del Estado de Nueva Jersey, en Trenton, de por vida.

El robo de bancos ha cambiado fundamentalmente en los últimos 10 años. Hoy ya no es casi nunca una operación de una pandilla organizada, como lo era en los días de los grandes *gangsters*. Los nuevos bandidos solitarios, tanto aficionados como profesionales, son, sin embargo, mucho más abundantes, si bien menos ambiciosos que sus antecesores armados de ametralladoras ligeras.

Considérese el caso de Lawrence Pope. Las tiendas y negocios de Thornton (Tejas), que tiene una población de 504 almas, empezaban a abrirse una mañana del invierno de 1960, cuando estalló un incendio en el almacén de granos y forrajes. Mientras la policía, los bomberos y los curiosos acudían presurosos al lugar del siniestro, un hombre bien vestido entró en el Primer Banco del Estado, situado a pocas calles de distancia. Le dijo al gerente que lo

acababa de contratar una fábrica de aviones de la localidad y que deseaba solicitar un préstamo sobre su automóvil. El gerente lo atendió con amabilidad. Súbitamente, seguro de que ni el banquero, ni su esposa ni el contador, que estaban distraídos viendo la conmoción del incendio, se hallaban cerca de los botones de alarma, el forastero sacó una pistola. Con mucha calma obligó al contador a entregarle todo el dinero que había en caja, los hizo entrar a todos en la bóveda, que cerró con llave, y se marchó tan tranquilamente como había venido.

La captura de Pope, que había pegado fuego al almacén de granos y forrajes para distraer la atención del público, no fue cosa fácil. Es hombre inteligente, había trabajado en bancos desde su niñez, y hasta fue durante algún tiempo inspector bancario y finalmente gerente de una pequeña, pero próspera institución tejana. Se dice que perdió el puesto a raíz de un desacuerdo con la junta directiva. Para resarcirse, le pareció que no le quedaba otro camino que dedicarse a robar bancos.

Un ladrón de este tipo no tiene conexiones con el hampa, de manera que era inútil apelar a soplones; pero Pope había subestimado la habilidad de la FBI para coordinar las pistas más tenues. La oficina de la FBI en Houston (Tejas) destinó todos los agentes especiales disponibles en la región, y comenzó la labor de infinita paciencia de estos funcionarios sumamente adiestrados. Sus víctimas lo describieron claramente. La Oficina, que aprovecha con grandes resultados la publicidad en los periódicos, la radio y la televisión, no perdió tiempo en difundir su descripción. Los agentes estudiaron los informes procedentes de gasolineras, paradores y "moteles", y lograron determinar su *modus operandi* y la dirección en que viajaba. Luego vino una feliz coyuntura (aunque no antes de que hubiera robado 16.000 dólares en otro banco). El avisado administrador de un "motel" en las afueras de San Antonio telefoneó a la oficina local de la FBI. El incendiario asaltante estaba inspeccionando muy orgulloso un coche europeo que acababa de comprar cuando la policía le echó el guante. Hoy cumple una condena de 25 años en la penitenciaría federal.

El caso de Frank Sprenz dio todavía más que hacer a la FBI. Una tranquila mañana un joven que tenía aspecto de estudiante universitario entró en una sucursal del First National Bank de Hamilton, en Ohio. Llevaba una bolsa de papel y un revólver. "Vamos", dijo, "nada de alarmas, por favor. Alguno podría resultar herido". Los cajeros retrocedieron. El bandido y el arma calibre 38 con que los amenazaba infundían respeto. Se abrieron los cajones y se llenó la bolsa. "Haciendo gala de tranquilidad y cortesía", dice el informe de la FBI, "y dando las gracias, partió rápidamente con 25.995,20 dólares del banco".

En un auto robado que había estacionado por ahí cerca, se dirigió

aleje los interrogantes!

con el **DICCIONARIO ENCICLOPEDICO SALVAT**
12 TOMOS



10a. edición
10.360 páginas
9.000 grabados
1.396 láminas y 58 mapas.

Porque para quien posee esta obra NO HAY PREGUNTA SIN RESPUESTA!
Util al profesional, al hombre de negocios y al estudiante. Inestimable como fuente de consulta y cultura personal.





ES UNA EDICION SALVAT

En COMODAS MENSUALIDADES usted puede adquirir ésta o cualquier otra obra del sello SALVAT en:

CORRIENTES 2777 - Tel. 89-4762/5812

LAVALLE 371 - Tel. 31-9014

Librería FAUSTO CORRIENTES 1311

AGENTES EN TODA LA REPUBLICA

SALVAT EDITORES ARGENTINA, S. A.
CORRIENTES 2777 ● BUENOS AIRES
Sírvanse remitirme, sin compromiso, folleto y condiciones de adquisición de
DICCIONARIO ENCICLOPEDICO SALVAT
Nombre: ....
Profesión: ....
Domicilio: ....
Localidad: ....
Provincia: .... F. C. 80

Envíe este cupón y recibirá folleto

al aeropuerto, donde a poco buscar encontró un pequeño avión con la llave del encendido en su lugar. Pocas horas después aterrizó a centenares de kilómetros de distancia, tomó un coche alquilado y partió nuevamente. Varios meses pasó yendo de una parte a otra por todo el continente. Se calcula que en un año recorrió unos 40.000 kilómetros, robó 29 autos y tres aviones.

Capturar a un criminal de este tipo exige muchísimo trabajo a la policía. La descripción del atracador del banco de Hamilton trajo al recuerdo de un funcionario de la Sección de Identificación de la FBI a un tal Frank Sprenz, de Akron (Ohio), que, estando detenido en espera de ser procesado por robo a mano armada, se había fugado del presidio y había desaparecido por completo.

Cuantos más detalles averiguaron los agentes especiales acerca de Sprenz hablando con sus parientes y conocidos en Akron, más se convencieron de que era el bandido de Hamilton. Se enteraron de que era entusiasta aviador y tenía una vanidad peculiar: casi calvo, usaba peluca y generalmente sombrero, aun para nadar, deporte del que gustaba mucho. Todos estos hechos se incluyeron en un boletín que la FBI envió no sólo a los departamentos de policía, sino a todos los albergues de la Asociación Cristiana de Jóvenes, a los vendedores de pelucas, negociantes en coches de segunda mano y aeropuertos en todos los Estados Unidos, lo mismo que a los funcio-

narios del Canadá y de Méjico.

Una red de la FBI tan bien calculada como esta es casi imposible de eludir. Sprenz, sabiendo que lo tenían en la lista de los diez criminales más activamente buscados, logró escapar a la isla de Cozumel, frente a la costa sudoriental de Méjico. Allí se creyó seguro y se instaló en una agradable cabaña de techo pajizo en la playa; pero un día en que daba un paseo, un automóvil frenó ruidosamente a su lado. Dos policías mejicanos lo reconocieron. Sprenz está cumpliendo actualmente una condena de 25 años de presidio.

Para combatir la creciente amenaza de atracos a bancos, el director Edgar Hoover de la FBI lleva actualmente a cabo una metódica campaña con los bancos y las fuerzas locales de policía, haciendo hincapié en la *prevención*. Recientemente se reunieron en Bear Mountain (Nueva York) 300 banqueros de la ciudad de Nueva York y sus alrededores para ver una película tomada por una de las nuevas cámaras ocultas (que muchos bancos usan en la actualidad) de un atraco real en pleno desarrollo. Un cajero había tocado el botón que ponía en movimiento la cámara. La película permitió a la policía arrestar a los dos bandidos en el curso de pocas horas.

También vieron un folleto de la FBI titulado *Cómo pueden los bancos ayudar a la FBI*. En él se da una lista de puntos importantes para frustrar a los malhechores: guardias bien adiestrados; un sistema eficaz

de alarma conectado con el cuartel de policía de la localidad; educación de los cajeros para que sepan exactamente lo que deben hacer. Lo más importante es formarse una imagen mental detallada del ladrón, tomando nota de su estatura, vestido, arma, modo de hablar, etcétera.

La FBI ha inventado también una serie de ingeniosos medios tácticos para ayudar a los bancos a protegerse. Uno de estos, por ejemplo, es un "procedimiento para abrir el banco". Varios empleados se comprometen a llegar a trabajar al mismo tiempo. Uno de ellos entra y busca. Si todo está bien, hace una señal visible a los que están fuera. Esta señal puede consistir en quitar la cubierta a una determinada máquina de escribir. Mientras tanto los empleados que están afuera han observado los automóviles que haya estacionados frente a las aceras cercanas. Los detalles del procedimiento se varían con frecuencia, por solicitud de la FBI.

También han perfeccionado otras reglas que están adoptando muchos bancos: entregar los fondos para pago de nóminas a diferentes horas; mantener un mínimo de dinero en efectivo en el cajón de cada cajero. Un número de billetes anotados por denominaciones y números de serie, que se guardan en el cajón, han sido a menudo de gran ayuda para la policía en la persecución de un criminal. A los empleados de los bancos se les ha adiestrado para que inmediatamente después de un atraco aíslen el lugar donde ocurrió, de manera que no se borren las huellas digitales que haya podido dejar el bandido. Otras técnicas y sistemas no se pueden divulgar. Baste decir que la vida del ladrón de bancos se está haciendo más difícil cada día.



Herencia que enorgullece. En nuestra sociedad los números van remplazando paulatinamente a los nombres. Cuando hayan trascurrido algunos años más, el padre dirá al hijo: "Eres heredero de un número ilustre. Mantenlo siempre incólume, libre de deshonra y de quebrados impropios".

—B. V.



Salida diplomática. Siendo superintendente del hospital de Santa Isabel, en Washington, el Dr. Winfred Overholser se hizo acreedor al premio de Servicios Distinguidos, concedido por el Presidente de los Estados Unidos a un civil. Cuando el presidente Eisenhower colgaba la cinta alrededor del cuello del siquiatra, sonrió e, indicando a los demás funcionarios allí presentes, preguntó:

—¿A veces no abriga dudas acerca de todos nosotros, doctor?

—Hoy no estoy de servicio, señor Presidente —repuso Overholser.

—J. M.

(Cuento)

Un padre encuentra la manera de hacer de su hijo un hombre



Cuando el aguilucho abandona el nido

POR WIN BROOKS

Condensado de "Woman's Day"

CUANDO llegaron a la cima del paso, entre las dunas, la sombra del *jeep* se alargaba sobre la arena y, hacia el oeste, padre e hijo vieron, destacándose contra el sol poniente, los últimos halietos del verano que patrullaban el cielo.

—Ese es el macho —dijo el hombre—. No he visto a su compañera en toda una semana, de modo que ella habrá emprendido ya la emigración. Y los polluelos que abandonaron el nido en julio se han marchado por su cuenta.

El muchacho que iba a su lado observó:

—Oye, papá, este cacharro anda mal de válvulas. La compresión está muy baja. ¿No lo has notado al subir la cuesta?

—Lo haré arreglar antes de que regreses a casa para las vacaciones de Navidad —contestó el padre.

El *jeep* descendió de la fina arena amarilla al duro subsuelo pardusco que la bajamar había dejado al descubierto.

—Bien ¿tiramos a oriente, hacia Beach Point, o a occidente, hacia Scorton Creek?

—Me da igual, papá. Tú propusiste el paseo.

Así era, pensó el hombre. Y dobló hacia el este.

—También a mí me es indiferente —dijo—. Pensé que sería agradable que viniésemos a pasear por aquí durante una media hora, hoy que es el último día que estás en casa. Esta noche sin duda querrás ir a despedirte de esa chica... ¿cómo se llama?... ¿Carol?

El muchacho, sonriendo, golpeó a su padre suavemente en las costillas. Éste se encogió, confiando en que el chico no lo habría notado, y pensó para su capote: *No tan fuerte, hijo.* En voz alta dijo:

—¡Pensar que mañana a estas horas estarás en otra costa, frente a otro océano! Tus tíos están muy deseosos de que vayas a pasar una temporada con ellos. Tu mamá y su hermana estuvieron siempre muy unidas.

El chico guardó silencio. Una conferencia de gaviotas se desbandó con gritos insolentes para darles paso y se volvió a reunir una vez que hubo pasado el *jeep*.

La bahía estaba azul, y el hombre pensó que debía haber tenido este color hacia las postrimerías de cada verano, desde que nació el mundo. Para el mar no existía el tiempo, y golpeaba sin descanso contra la eternidad. Sus orillas brindaban el sitio idóneo para decirse adiós. El padre apagó el motor.

—¿Quieres que estiremos un poco las piernas?

—Si tú quieres —contestó el hijo, desenroscándose como un resorte y saltando luego a tierra.

El padre bajó y se enderezó cautelosamente hasta igualar casi la estatura del mozo. Este tenía 15 años, y piernas largas y delgadas, como las de una garzota erguida en una charca invernal. Membrudo y ágil, excitable y fuerte, ya maduraba, siendo inmaturo aún; se volvía independiente y un poco obstinado; toda demostración de afecto le incomodaba, si bien sabía corresponderla; tenía conciencia del bozo que le apuntaba en el labio superior, y de que las chicas, aunque hechas de azúcar y especias, no son todas buenas.

—Te apuesto una carrera hasta la cima de esa duna —dijo el padre.

Era un reto como aquellos de años pasados. Amagó un salto hacia la empinada pendiente, se contuvo, y a través de un aguacero de arena siguió con la vista la alocada carrera del hijo hasta la cima. Éste lanzó una exclamación de triunfo y en seguida de decepción.

—¡Ven, papá! ¡Corre! En todo el verano no habíamos apostado una carrera.

El hombre subió lentamente, inclinado hacia adelante, agarrándose a los matojos. Luego se tendió boca abajo al lado de su hijo.

—Te habría podido ganar —dijo— pero resbalé y arranqué mal.

El chico hizo juguetonamente como que le iba a pegar, con una mano ágil y vigorosa. Era una buena mano, tal vez demasiado grande para ciertas intervenciones quirúrgicas; pero cirujano no sería, en todo caso, porque el hijo tenía mucho de la madre: el valor tenso, más que tranquilo, la sensibilidad, la dulzura. El padre así lo comprendía sin abrigar por ello sentimiento alguno de desilusión.

Al occidente las nubes eran de oro derretido y de un violeta oscuro. Mar adentro el crepúsculo recogía el azul del agua, y más allá de las dunas, hacia el lado del puerto, las islas superiores estaban al alcance de la mano.

—¡Qué estupendo es todo esto! —exclamó el muchacho con aprecio. Y luego—: ¡Ahí viene el halieto!

El ave salió del sol en ocaso, voló a ras del agua sobre los bajíos con grandes aletazos, engañosamente lenta, remontándose a veces en espiral al impulso de alguna corriente termal para deslizarse luego, alas inmóviles, sobre los últimos rayos del sol.

—¡Fantástico! —volvió a exclamar el joven.

Y el hombre pensó cómo puede el padre hacer salir del nido al aguilucho cuando le llega su tiempo: a veces con las garras, mas a menudo, como lo hacen los halietos, con el hombro, con insistencia pero con suavidad. Siempre, sin embargo, pensó el hombre, por necesidad y decisivamente.

La necesidad existía ahora. Bien lo sabía; lo sabía desde hacía meses. Saboreaba una especie de amargo consuelo; y como la medicina había adiestrado y disciplinado su mente en mil cuartos de enfermo, en docenas de salas de operaciones, rechazó la amargura y abrazó el consuelo.

El muchacho, en tanto, seguía el vuelo del halieto. Tenía negro el cabello, cortado al rape, grandes ojos pardos, boca de carácter tallada por su madre. Un muchacho y su padre caminan de la mano sólo por corto tiempo, pensó el hombre. *Para nosotros ese breve tiempo toca a su fin.* Tuvo la tentación de acercarse unos pocos centímetros y tocar al joven, pero se abstuvo de ello.

—Quiero hablarte un momento —le dijo—. ¿No te molesta?

—No, señor. Quiero escuchar.

Siguió observando al halieto pescador. Su sencilla franqueza desconcertaba al hombre, que trató de disimular la desacostumbrada cortedad que experimentaba, y al fin dijo:

—Primero, quiero recordarte que te afeites el labio superior cada dos o tres meses.

—¡Cuidado! —exclamó el joven—. Cuidado, o te las verás conmigo.

Hasta aquí, muy bien. El padre rió sin esfuerzo y prosiguió:

—No me asustas. Pero hablando en serio, lo que realmente quería decirte es que estoy muy satisfecho

por la manera como has tomado la idea del viaje. Sin que tú me lo hayas dicho, comprendo que no tenías muchas ganas de irte a estudiar tan lejos y vivir todo un semestre con los tíos. Me has demostrado que tienes fe en mi buen juicio y eso me ha complacido mucho. Aunque tu mamá viviera, creo que, por tu bien, yo insistiría en este viaje. Es hora de ampliar un poco los horizontes, de escalar otras dunas, de estar un poco más contigo mismo y adquirir otros puntos de vista.

—Lo que pasa es que yo no te quiero dejar solo —repuso el muchacho; y el hombre pensó: *¡Cuidado!*

—Eso no me preocupa —dijo—. Es más: tengo que preparar un trabajo para la revista médica y estando solo tendré más tiempo para escribir. Creo sinceramente que es lo mejor.

Iba el chico a replicar, pero el padre continuó rápidamente:

—No estaremos separados mucho tiempo, puesto que tú volverás a casa para Navidad, y espero que pasarás aquí todo el verano entrante. Tal perspectiva nos dará ánimos, ¿no te parece? Nos dedicaremos entonces a pescar y a no hacer nada.

Y para sus adentros pensó: *Lo que hago nada tiene de mala fe. En realidad, hay en ello cierta rectitud.* Luego continuó:

—He estado pensando en sentar un poco el paso; no en retirarme del cuerpo médico del hospital, por supuesto, pero sí en ejercer sólo para una clientela pequeña. En todo ca-

so, nos quedará más tiempo para estar juntos y divertirnos.

En un pequeño silencio, pensó: *Cuidado ahora.* El muchacho replicó entonces:

—Pero siempre nos hemos divertido juntos.

Tenía la serena mirada vuelta hacia otra parte. El aguilucho había sido sacado del nido, y no muy suavemente.

La madre habría sabido cómo proseguir entonces. El padre lo había pensado mucho todo aquel mes, pero no sabía cómo continuar. Había meditado y repasado lo que hacía falta decir: sobre el cambiante, perturbador y a menudo tergiversado sentido de los valores humanos; la general decadencia del ambiente moral; la satisfacción que proporciona el trabajo bien hecho; algo acerca de la naturaleza de Dios. ¡Tantas cosas! Demasiadas cosas. Y demasiadas despertarían sospechas.

—Lo que has aprendido lo recordarás cuando estés lejos. Con decir integridad, se ha dicho todo. De ahí dimana cuanto el hombre tenga en su favor, y la integridad debe originarse dentro de uno mismo. Tú la tienes. No la pierdas nunca, que lo demás no importará gran cosa.

Vio al joven mascar un tallo de hierba, escupir los pedazos y arrancar otro con violencia. Sí, el aguilucho sacado del nido volaría.

El halieto regresó precediendo a la total oscuridad y ahora más cerca del agua; padre e hijo lo vieron remontarse; permaneció un instante suspendido en el aire, inclinó la

cabeza y se zambulló en el agua. Cuando salió y tornó a emprender el vuelo, llevaba en las garras un pez, flecha de plata.

—¡Colosal! —gritó el joven—. ¡Qué formidable cosa! ¿Viste, papá?

Súbitamente el hombre sintiose presa de una garra de otra especie, una garra que le atenazó las entrañas hasta la espina dorsal, de arriba abajo. Bien familiarizado estaba con aquel persistente dolorcillo y sabía perfectamente lo que significaba: para él no habría otros veranos en las Grandes Marismas. Luchó contra el dolor y se sobrepuso a él cuanto se lo permitieron una voluntad y un organismo bien disciplinados. Esto era lo que había enseñado a tantos a hacer en aquella etapa en que los narcóticos no son todavía indispensables. Lenta, gradualmente, la garra fue aflojando para dejar sólo un dolor sordo... Y el chico decía que sin duda el pez era una lobina, pues tanto brillaba.

—Eso me recuerda —dijo el padre— que los jóvenes también tienen que comer. Es hora de regresar. ¿No dijiste que ibas a cenar en casa de Carol?

—Es cierto, pero no recordaba que ésta sería la última noche que tú y yo pasaríamos juntos. Prefiero quedarme en casa y cenar contigo.

—Nada de eso. Un muchacho tiene que ir a despedirse de su novia. Además, mañana temprano desayunaremos juntos antes de llevarte al aeropuerto.

—¿De veras, papá? ¿Estás seguro de que no te importa?

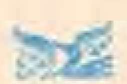
—Claro que no.

Todas las estrellas habían aparecido de repente y exigían atención. El joven señaló con la mano el arco estrellado y exclamó:

—¡Es fantástico!

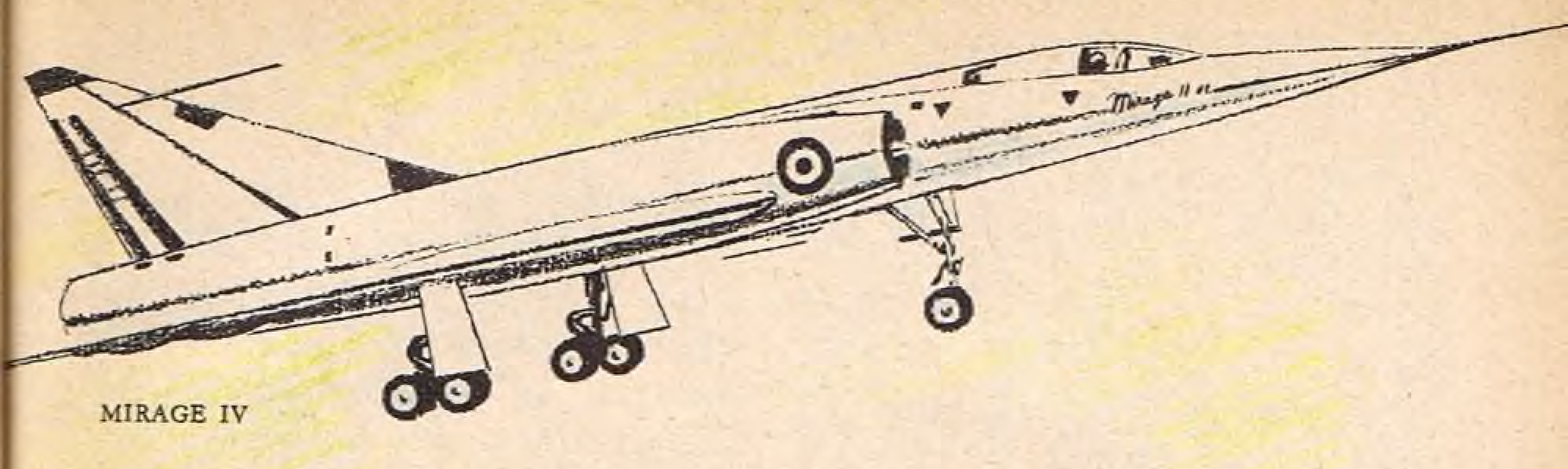
—Ya las verás en mayor número en la costa del Pacífico. Hay unos doscientos mil millones de estrellas en qué pensar. En cualquier momento en que te sientas demasiado importante, sal un rato a estudiarlas.

Juntos descendieron lentamente el flanco de la duna y subieron al *jeep*. Los dos haces de luz brillaron sobre los rizos del mar y siguieron luego paralelos a éste. La noche iba a ser fría. Los faros iluminaban un largo trecho adelante y sin embargo la oscuridad estaba tan próxima como el otoño. El muchacho pasó el brazo izquierdo sobre el espaldar del asiento, y de cuando en cuando el padre sentía el leve roce de su mano.



Poco después que de Gaulle impidió la entrada de Inglaterra en el Mercado Común Europeo, en una tienda de animales de Londres ofrecían en venta unos perritos, con el siguiente letrero: "Perros lanudos franceses, anglófilos".

— UPI


MIRAGE IV

Qué pretende Francia

Una luminosa explicación de lo que motiva la notoria intransigencia de de Gaulle

POR ROBERT KLEIMAN

LA PEQUEÑA fuerza nuclear de ataque de Charles de Gaulle —tan debatida, disputada y hasta ridiculizada por el mundo— se está convirtiendo en una realidad. Su avión de bombardeo, el Mirage IV, de velocidad Mach 2,2, está saliendo de una línea de montaje en Burdeos a razón de uno por mes, y la producción aumentará a dos por mes en el curso de este año. No se queda a la zaga la fabricación de bombas atómicas, después de muchas pruebas realizadas en el Sahara. Estas bombas son de una potencia de 60 kilotoneladas, mayor que la de Hiroshima, aunque pequeña si se compara con los gigantes termonucleares de hoy.

En la primavera estará completamente lista para entrar en acción la primera escuadrilla de seis u ocho aviones. Las tripulaciones (dos para cada avión) se están adiestrando para lo que será una fuerza de 50 bombarderos a fines de 1965. En Versalles se ha instalado un *Commandement Aérien Stratégique* (Mando Aéreo Estratégico) a las órdenes del mayor general Bernard Marie; y en Taverny, que queda en las afueras de París, al noroeste, se está terminando un centro de mando subterráneo, con alojamiento para el propio de Gaulle en caso de crisis.

Se han adoptado ya las tácticas pertinentes, después de los ensayos

hechos con tres aviones Mirage IV de pre-producción. Ya se han probado la navegación por inercia, las técnicas de bombardeo y los métodos para reducir al mínimo la vulnerabilidad en la tierra. El ligero Mirage IV, de dos motores de reacción, puede despegar de pistas de tierra de 1800 metros, endurecidas mediante rociaduras con una nueva sustancia química. Estos aviones se tendrán dispersos en campos secretos por toda Francia. Sus principales bases y suministros se repartirán en docenas de aeropuertos militares, donde los aviones se guardarán en hangares de hormigón con aire acondicionado, que son refugios contra bombardeo y están en el extremo de las pistas, protegidos contra cualquier cosa como no sea un impacto nuclear directo.

Si se da una alarma de cuatro minutos de anticipación, los Mirage IV estarán en el aire 60 segundos después de haber salido por la puerta de su hangar. Los aviadores franceses están convencidos de que una proporción considerable de ellos lograrían atravesar a gran altura las defensas soviéticas en el período 1964-1966. Se espera que, en una etapa posterior, un proyectil de aire a tierra que se pueda disparar desde gran distancia del blanco permitirá realizar ataques a baja altura para mantener alejado al enemigo, ataques que son mucho más difíciles de interceptar.

Mientras tanto, se adelanta en la investigación y desarrollo de una fuerza nuclear invulnerable "de segunda generación" para 1970 en adelante. La compondrán de tres a cinco submarinos nucleares, cada uno armado con 16 cohetes de alcance medio que llevan en su cabeza una bomba de hidrógeno. En Pierrelatte, al sur de Francia, se construye a un costo de 5000 millones de francos una instalación de difusión gaseosa para producir uranio enriquecido para estas bombas. Las islas francesas del Pacífico setentrional se están aprontando para establecer en ellas un campo de prueba de las bombas de hidrógeno. Se encuentra en construcción el prototipo de un motor para submarinos; y se ensayan avanzados cohetes de combustible sólido.

El programa nuclear del general de Gaulle le cuesta a Francia miles de millones de francos y somete a dura prueba los recursos de la nación; pero ya no cabe ninguna duda de que Francia sí es capaz de organizar una pequeña fuerza disuasiva independiente. Así lo entendió el finado presidente Kennedy en agosto pasado cuando reconoció a Francia como potencia nuclear con derecho, con ciertas condiciones, a recibir la misma clase de ayuda que Inglaterra obtuvo hace tiempo de acuerdo con la Ley de Energía Atómica de los Estados Unidos.

ROBERT KLEIMAN, ex-redactor de asuntos de Europa Occidental en la revista *U.S. News & World Report* y jefe de la oficina parisiense de CBS News, es miembro de la junta editorial del *Times* de Nueva York, y autor del libro *Atlantic Crisis — American Diplomacy Confronts a Resurgent Europe.*

Y sin embargo, apenas un año antes el secretario norteamericano de la Defensa, Robert McNamara, denunciaba las fuerzas nucleares independientes como inútiles y peligrosas. Y toda esta empresa sigue siendo tan controvertible como siempre.

La fuerza nuclear francesa se considera obra del presidente de Gaulle. Ciertamente, fue él quien la impulsó y sin su decisión quizá no existiría hoy; pero la mayoría de las decisiones principales se tomaron en realidad antes que de Gaulle volviera al poder en junio de 1958. El verdadero padre de la *force de frappe* es el general de la fuerza aérea Pierre Gallois, de 52 años, poco conocido fuera de Francia, que contribuyó a la concepción original y luego, casi solo y venciendo una fuerte oposición de militares y civiles, persuadió al gobierno para que la llevara a la práctica.

El general Pierre Gallois voló en 30 incursiones nocturnas sobre Alemania con el Mando Británico de Bombarderos en la segunda guerra mundial; pasaba los días escribiendo artículos sobre estrategia militar para una revista de los combatientes franceses que se editaba en Londres. Brillante intelectual militar, Gallois aprovechó posteriormente un puesto clave en el mando de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, instruyéndose en lo relativo a armamento nuclear. Hoy retirado del servicio, Gallois fue escogido en 1953 por el general norteamericano Lauris Norstad, entonces comandante supremo de la fuerza aérea de la OTAN, para que tomara parte en un estudio que realizaban los aliados sobre la manera de emplear las armas atómicas para defender a Europa. Con otros cuatro oficiales de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, pasó un año escribiendo un documento de 1000 páginas que influyó profundamente en todos los subsiguientes planes militares de la OTAN.

En julio de 1954 Gallois fue llamado a conferenciar con el ministro francés de Aviación, Diomède Catroux, para tratar la modernización de las fuerzas armadas del país. Gallois opinaba que la bomba atómica, como el revólver Colt en el viejo Oeste norteamericano, serviría de "igualador" entre los grandes y los pequeños. Sostenía que Francia debía formar su propia fuerza nuclear y que la capacidad de destruir siquiera 20 ciudades soviéticas bastaría para disuadir a los rusos de una agresión.

Durante los tres años siguientes Gallois documentó a ministros del Gabinete, diputados, senadores, hombres de negocios, periodistas y militares. Encontró tanto escepticismo que comenzó a ilustrar sus tesis en grandes cuadros dibujados sobre cartón que él mismo preparaba, ya que es hábil pintor (su elegante apartamento en París está adornado con sus propias pinturas murales). En marzo de 1956 convenció definitivamente al socialista Guy Mollet, presidente del Consejo de Ministros, de que la defensa

nacional era inconcebible sin armas nucleares. Mollet por consiguiente ordenó el perfeccionamiento de una bomba atómica francesa e inició la construcción de los prototipos del Mirage IV.

Así pues, a principios de 1957 se había adelantado ya bastante en las investigaciones sobre la bomba de plutonio y se habían asignado en el presupuesto los fondos iniciales para la fábrica de difusión gaseosa de Pierrelatte, que haría posible el perfeccionamiento de una bomba de hidrógeno. Después que de Gaulle asumió el poder en junio de 1958, se destinaron sumas mucho mayores y se aceleró todo el programa.

Cuando esté terminado, Francia contará con una fuerza nuclear de un valor militar limitado (menos de uno por ciento del poder nuclear de ataque de los Estados Unidos); pero no se trata realmente de eficacia militar: se trata de una cuestión política.

Ante todo, lo que de Gaulle espera conseguir a costa de los miles de millones que está gastando, es un símbolo de prestigio. Para él, lo mismo que para los conservadores ingleses, la fuerza disuasiva independiente ha llegado a ser el atributo necesario de una gran potencia en un mundo dominado por dos colosos. Desde el principio esta ha sido la cuestión fundamental en la disputa nuclear que lleva ya seis años y que ha enturbiado las buenas relaciones de Francia con los Estados Unidos y con la OTAN.

Mucho antes de hacer explotar su primer artefacto atómico, de Gaulle había presionado a Eisenhower para que reconociera a Francia como potencia mundial. Se negó a permitir que en territorio francés se almacenaran proyectiles norteamericanos de alcance mediano o armas atómicas, de modo que obligó a los Estados Unidos a retirar de Francia sus cazas-bombarderos. Retiró su Flota Mediterránea de la OTAN y ahora ha anunciado que hará lo mismo con su Flota Atlántica.

El precio que exigía por su cooperación, como le dijo a Eisenhower en 1959, era el derecho de veto sobre las decisiones de los Estados Unidos para el empleo de armas modernas en cualquier parte del mundo.

—¿Quiere usted decir —le preguntó incrédulo Eisenhower— que, si yo quiero emplear cohetes Sidewinders en Formosa, tengo que pedir su consentimiento?

—*Oui* —respondió el francés sin inmutarse, y Eisenhower comprendió que con de Gaulle no era posible llegar a un acuerdo.

La campaña de de Gaulle resultó contagiosa. Alemania, seguida por otros países de la OTAN, empezó a exigir mayor participación en la estrategia nuclear de la Organización, estrategia que dominaban los Estados Unidos. Inglaterra, que empezaba a retirarse de la competencia nuclear, resolvió, en cambio, conservar su propia fuerza disuasiva. Los Estados Unidos se vieron obligados a ofrecer a los europeos

un papel nuclear en la fuerza multilateral de 25 buques equipados con proyectiles Polaris. Funcionarios ingleses y franceses han propugnado recientemente una fuerza disuasiva anglo-francesa, y los países continentales han empezado a pedir una fuerza disuasiva europea sin veto norteamericano. En una palabra, el genio se ha salido de la botella y el acuerdo de Moscú para prohibir las pruebas no puede volverlo a encerrar.

El presidente Kennedy lo reconoció así y trató de contentar a las potencias no nucleares con la fuerza multilateral. Extendió la vida de la fuerza disuasiva británica hasta bastante más allá de 1970 con el trato del Polaris y ofreció entrar en conversaciones con Francia sobre ayuda nuclear a cambio de más cooperación en la defensa conjunta del Occidente. De Gaulle no mostró mayor interés en ello. No quería entrevistas antes de la primavera, cuando su primera escuadrilla de aviones Mirage IV estuviera lista. Quiere que los Estados Unidos lo traten como igual al formular la estrategia nuclear del Occidente, lo mismo que en las negociaciones con Rusia acerca de cuestiones europeas. La asistencia nuclear, que él nunca ha pedido personalmente en forma directa (aunque sus ministros y militares sí lo han hecho), es para él de importancia secundaria comparada con su objetivo supremo: la categoría de gran potencia para Francia.

¿Se mostrará más complaciente una vez que su *force de frappe* esté volando? Hay una teoría de que de Gaulle es más intransigente cuanto más débil. Durante la guerra, Churchill le pidió una vez que cediera a las exigencias de Roosevelt, como lo había hecho él muchas veces. De Gaulle le contestó:

"Usted está apoyado en un Estado sólido, en una nación integrada, en un Imperio unido, en grandes ejércitos. ¡Pero yo! ¿Dónde están mis recursos? Soy demasiado pobre para poderme doblegar".

Unos pocos bombarderos Mirage IV armados con bombas atómicas de 60 kilotoneladas no harán a de Gaulle rico en potencia nuclear; pero algunos creen que él verá en ello un símbolo de prestigio y poderío nacionales. En este sentido, Francia llegará esta primavera a su mayoría de edad en la era nuclear. Pero no es seguro, ni mucho menos, que esto convierta a de Gaulle en un aliado más complaciente.

El Presidente francés aspira a ser el portavoz de Europa, pero hasta ahora sus esfuerzos para unir el continente han sido estorbados por su afán de prevalecer en la dirección del mismo. De Gaulle ha querido ante todo hacer de Europa una floja coalición de Estados, al estilo del siglo XIX, dirigida por Francia. Construyendo una fuerza nuclear nacional en vez de europea, oponiéndose a la unión federal en el continente, retirando su cooperación a la OTAN, excluyendo a Inglaterra del Mercado Común y

absteniéndose de participar en las negociaciones angloamericanas con Rusia, de Gaulle ha conseguido aislar progresivamente a Francia en lugar de promover la naciente unión de Europa.

Cualesquiera que sean sus virtudes (y son muchas), no es probable que los Estados Unidos concedan igualdad de voz y voto a una nación de 47 millones de habitantes con una economía que es la novena parte de la norteamericana y una fuerza nuclear que, como máximo, llegará a menos del uno por ciento de la que tiene a su disposición el Mando Aéreo de los Estados Unidos.

Por otra parte, los Estados Unidos han ofrecido "asociación en pie de igualdad" a una Europa unida. Una unión federal, basada en el actual Mercado Común, convertiría a Europa en el tercer gigante del mundo. Esa Europa, aun con la exclusión de la Gran Bretaña, tendría una población de 170 millones, una economía vigorosa como la de Rusia, y la capacidad de convertirse en una gran potencia nuclear. Con la Gran Bretaña sería mucho más poderosa aún.

Tal unión no podría realizarse de la noche a la mañana. Pero, si de Gaulle actuara eficazmente para unir el continente, no necesitaría otro símbolo de prestigio para fortalecer su voz política.

Marcha nupcial

TANTO han desfigurado la marcha nupcial de *Lohengrin* que ya su autor no la reconocería, dice el musicólogo Maurice Zam.

La pieza es tomada de la ópera de Wagner, y el compositor indicó que debe ejecutarse *andante con moto*; como si dijéramos "algo más rápido que andando". Debiera ser un gozoso y rítmico recorrido hacia el altar, pero hoy esa marcha nupcial se toca tan lentamente que, para poder mantenerse en equilibrio al avanzar por la nave de la iglesia, se necesita ser acróbata. Más apta para acompañar los pasos del asesino cuando lo llevan al cadalso a purgar su crimen, la de *Lohengrin* se ha convertido en la marcha más lúgubre en la historia del hombre civilizado.

Las indicaciones de Wagner fueron *siegreicher Mut*, que significa espíritu valiente, y *schreit voran*, que quiere decir ¡adelante! "La valentía de espíritu", dice en conclusión Zam, "sintetiza la disposición de ánimo y el ritmo que debieran inspirar a quien se casa".

¿Cómo remediarlo? Será necesario reformar a todos los futuros organistas y músicos de manera que toquen la marcha nupcial *andante con moto*, o sea como quien dice: "Aceleremos esta parte de la ceremonia, para pasar pronto a lo importante, que es la feliz luna de miel".

— Frank Scully, en *Variety*

De nuevo en 1964, más fabricantes de automóviles están instalando más bujías Champion que de las dos marcas que le siguen combinadas. ¿La razón? Funcionamiento insuperable. ¿Por qué conformarse con algo inferior para su auto? Exija siempre bujías Champion.



LAS BUJÍAS FAVORITAS EN TIERRA, MAR Y AIRE

"¡TORA, TORA, TORA!"

Tras el ataque japonés a Pearl Harbor

Condensado de un libro que publicará en breve Gordon Prange



Hasta la presente publicación, el relato completo del modo como el Japón planeó y ejecutó el ataque a Pearl Harbor había sido uno de los dramas callados de la segunda guerra mundial. Hoy, tras 17 años de paciente investigación, Gordon Prange ha sacado a la luz la historia auténtica. ¿Cómo lograron los japoneses enviar una escuadra de 31 barcos de guerra en un crucero de 5600 kilómetros sin ser descubiertos? ¿De qué manera 350 aviones efectuaron el ataque sobre el "Gibraltar del Pacífico" con tan desconcertante sorpresa? Aquí están las respuestas... en esta historia del "triunfo de la traición", que al fin se convirtió en terrible tragedia para el Japón. (Esta condensación es la primera de dos partes.)



TRES SUBMARINOS navegaban veloces bajo el negro oleaje unos 150 kilómetros delante del grueso de la escuadra. Sumergidos a poca profundidad, iban vigilando la superficie, atentos al menor indicio de interceptación. Tras ellos navegaban los destructores, los cruceros, los acorazados y los portaaviones de la flota de ataque propiamente dicha. La enorme formación se extendía en un espacio de 150 kilómetros por el mar. No obstante, tan formidable armada se perdía en la infinita inmensidad del Pacífico. Había navegado ya cerca de 5600 kilómetros desde su puerto de origen en absoluto secreto.

Sobre las cubiertas de despegue y

¡Despegue!
Los pilotos japoneses se dirigen a sus aviones para lanzar el ataque contra Pearl Harbor

aterrizaje de los portaaviones se alínean los bombarderos y los cazas listos a emprender el vuelo, encarados hacia popa como ansiosos de salir. Los mecánicos, como quiméricos duendes en la penumbra, corren presurosos de aquí para allá dando los últimos toques a motores, radios, trenes de aterrizaje, tanques de combustible. Están llenos los depósitos de municiones para las ametralladoras; las bombas y los torpedos en su sitio. Uno de los hombres sonríe para sus adentros leyendo un letrero escrito con tiza sobre el costado de una bomba, que dice así: "Con ésta se iniciará la guerra contra los Estados Unidos".

Porque aquella era la Primera Flota Aeronaval de la Armada Imperial japonesa, que tenía la consigna de lanzar un ataque por sorpresa sobre Pearl Harbor. En efecto, esta operación fue una fantástica maniobra militar con la cual una nación desesperada había resuelto jugarse el porvenir.

En las horas que precedieron al amanecer del 7 de diciembre de 1941, la atmósfera era torva a bordo de los barcos japoneses. Los pilotos veteranos, aquellos que tenían ya centenares de horas de vuelo, sentían nerviosa expectación, mas entre los oficiales jóvenes que acababan de terminar su entrenamiento, esa emoción no estaba exenta de pavor. Los aviadores novatos de los flamantes portaaviones *Shokaku* y *Zuikaku* mostrábanse especialmente nerviosos y, al tomar su desayuno, sentían que el té verde y el arroz se les cuajaban en el estómago. Después de recibir las últimas instrucciones, algunos pilotos se inclinaron ante un diminuto templete sintoísta en silenciosa oración; otros se despidieron de sus camaradas de a bordo.

Mas la inquietud no se limitaba ni con mucho a los oficiales jóvenes. El mismo comandante de la expedición, vicealmirante Chuichi Nagumo, había pasado las noches in-

---

Este libro, cuya preparación ha durado casi 17 años, fue escrito por el hombre que mejor conoce hoy los detalles del ataque japonés contra Pearl Harbor: el Dr. Gordon Prange, profesor de Historia en la Universidad de Maryland. La primera vez que el Dr. Prange vio al Japón fue en 1945, como teniente de la armada adscrito al gobierno militar norteamericano en Tokio. En octubre de 1946 lo trasladaron al estado mayor de ocupación del general MacArthur con el cargo de historiador civil; muy pronto decidió consagrar todo su tiempo libre a investigar exhaustivamente la historia de Pearl Harbor desde el punto de vista japonés. Durante los cinco años que permaneció en el Japón, y lo mismo después, el Dr. Prange estuvo estudiando y valorando montones de diarios desconocidos antes por el público, millares de cartas y de archivos bélicos. Además entrevistó virtualmente a todos los oficiales japoneses sobrevivientes que participaron en la operación de Pearl Harbor, y a varios de ellos docenas de veces. El resultado de sus trabajos es esta narración realmente notable.

somne, paseando en su camarote durante todo el viaje, convencido de que la incursión estaba condenada al fracaso. El oficial que tenía a su cargo las operaciones aéreas, comandante Minoru Genda, se sentía abrumado por el peso de la responsabilidad que le cabría si la operación resultaba mal. De ordinario inmune a las inquietudes, ahora, que faltaban pocas horas para el ataque, se intranquilizaba ante el peligro de trampas imprevisibles. El día podría reservarles una victoria gloriosa, o (¡los dioses ancestrales no lo quieran!) un rotundo fracaso. Genda pensaba que de sus decisiones dependía el porvenir de cien millones de compatriotas suyos.



Almirante Isoroku Yamamoto
Comandante en jefe de la Flota Combinada del Japón, que proyectó la desesperada jugada.

Pero sus recelos no duraron mucho. ¿No tenía acaso un capitán brillante que iba a dirigir el ataque? ¿Y no eran la mayoría de los pilotos japoneses ases de la mejor clase, oficiales capaces de descollar en cualquier fuerza aérea? Por fin Genda llegó a la conclusión de que tantos meses de cuidadoso planeamiento, la disciplina y formación espartanas y las tácticas de precisión darían el fruto apetecido. Y, extendiendo la vista por aquel mar hostil y solitario, el comandante sintió de pronto resurgir su confianza. "Me sentí milagrosamente despreocupado", dijo, "todos mis cuidados se habían desvanecido".

Y luego, por encima del trueno de las turbinas de los buques, un ruido más agudo se dejó oír... el zumbido de los motores aéreos: dos hidroaviones de largo alcance salían en vuelo de reconocimiento sobre los objetivos.

La flecha había dejado el arco. Ya nadie podría detenerla.

Un prisionero de la historia

El plan de ataque a Pearl Harbor había sido concebido y propugnado contra viento y marea por el jefe supremo de la flota combinada japonesa, almirante Isoroku Yamamoto. Caso paradójico, ya que Yamamoto era un brillante estratega que se oponía abiertamente a la guerra con los Estados Unidos. Había conocido directamente la poten-

cia industrial de ese país, cuando estudió en la Universidad de Harvard, y más tarde cuando desempeñó el cargo de agregado naval japonés en Washington.

"Si me ordenan pelear sin tomar en cuenta las consecuencias", informó al Primer Ministro japonés en 1940, "haré estragos durante los primeros seis meses, pero no tengo absolutamente ninguna confianza en el segundo y en el tercer año. Espero que usted tratará de evitar una guerra entre el Japón y los Estados Unidos".

¿Cómo es posible que un hombre que previó con tanta lucidez las consecuencias de esa guerra fuese el maquinador del golpe que vino a precipitarla?

La explicación está en que el Japón se hallaba ya comprometido en un plan de acción que no le dejaba a Yamamoto otra alternativa: el hombre era un prisionero de la historia.

El imperio insular del Japón ha sido siempre tierra de excepcional belleza; pero su terreno montañoso escasamente podía mantener una población que aumentaba por millones cada año, o producir las materias primas para su gran industria. Por tanto, su afán de extensión territorial fue apremiante: llevó a los japoneses a Corea en 1910 para anexarse la "región de la paz matutina", a Manchuria en 1931 y a China en 1937, y los envolvió en un oleaje de nacionalismo tan borrascoso como el del mar plagado de tifones que rodea el suelo inhóspito de su patria. Y así, cegados por la esperanza de un brillante destino, viéronse comprometidos en intentos de conquista tan descabellados y suicidas como las migraciones periódicas de los lémmings noruegos que se precipitan al mar.

Los japoneses habían soñado por mucho tiempo en reforzar su imperio explotando los recursos de las ricas tierras del sur: Filipinas, Malaca y las Indias Orientales Holandesas. En 1939, cuando Yamamoto llegó a la jefatura de la escuadra combinada, la obsesión por la Jauja del sur habíase convertido en un grandioso plan de conquista. La sangría producida por el "incidente de China", que en 1941 llegaba ya al cuarto año de indecisa e infructuosa guerra, hacía más deseable aún esta conquista para obtener los metales y el petróleo de que carecían.

"Creo firmemente", dijo el general Teiichi Suzuki, jefe de la Junta para el Fomento de Asia, "que si dentro de tres o cuatro meses estamos en posesión firme de los puntos claves de la región del sur, al cabo de seis meses después de esa fecha podremos conseguir petróleo, aluminio, níquel, caucho, estaño, etcétera, materiales que empezaremos a aprovechar en su totalidad desde el segundo año de ocupación".

Tal paso significaba la guerra con los Estados Unidos... cosa que sabía y deploraba Yamamoto. Pero Yamamoto era ante todo japonés y nacionalista hasta la médula de los huesos. Amaba al Emperador y a

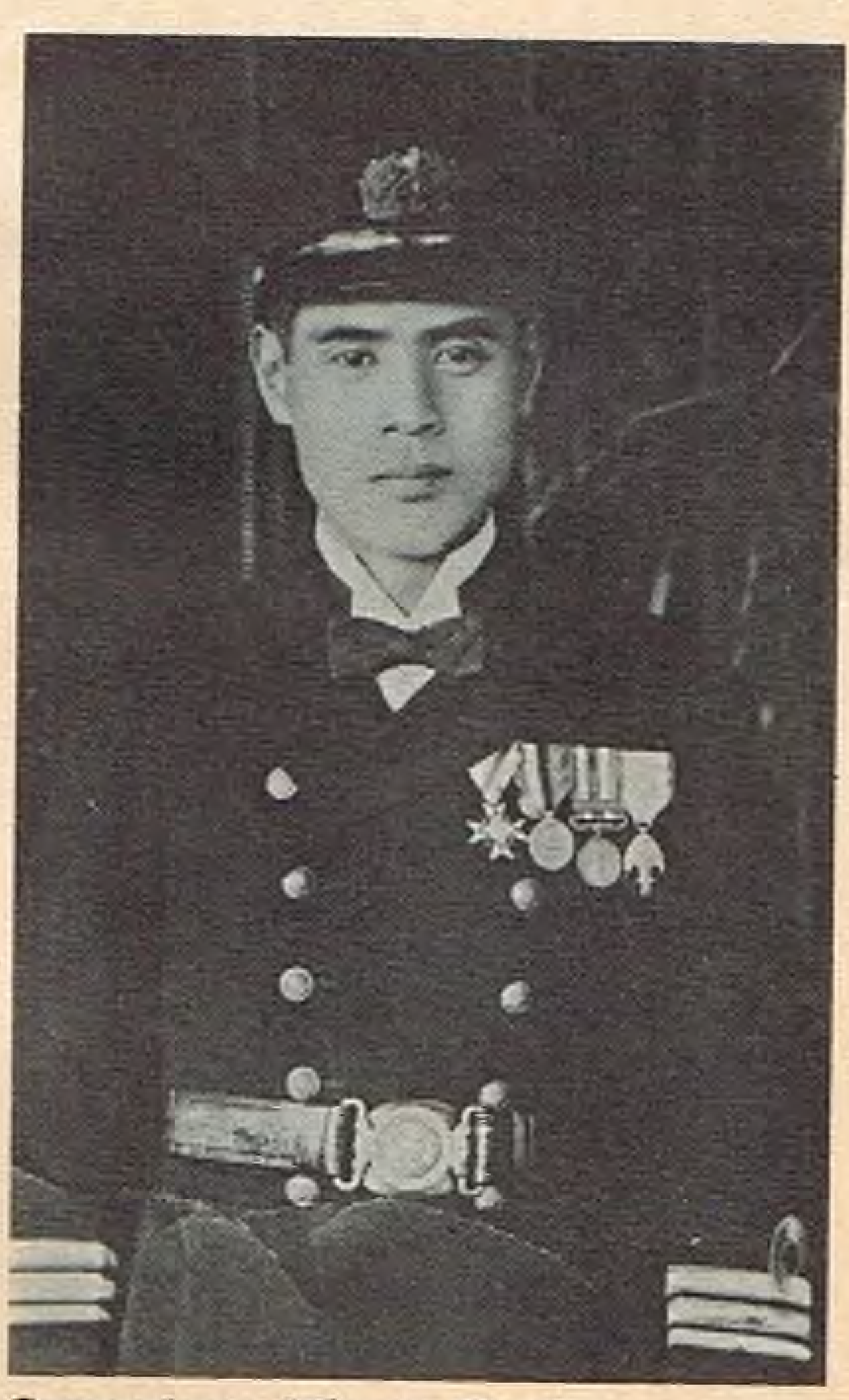
la patria con ardor volcánico y en su corazón de guerrero conservaba las tradiciones del verdadero samurai: ponía ante todo el deber. Yamamoto creía, como la mayoría del pueblo japonés en aquel entonces, que la suya era una raza escogida, elegida por la Providencia para alcanzar un destino inevitable. Así, según su modo de pensar, era perfectamente lógico que el Japón desempeñara un papel dominante en la comunidad de las naciones asiáticas.

El obstáculo más formidable en la Operación del Sur (de la que él, por su posición, sería en gran parte responsable) era la Marina de los Estados Unidos. Para que tuviera éxito la operación, esta enfadosa fuerza naval tendría que ser expulsada de las aguas del sur, por lo menos durante los primeros meses. ¿Cómo podría lograrse esto?

Yamamoto planteó el problema de acuerdo con su preparación militar y su temperamento. Era aviador experto, pensador atrevido y original, y aficionado al juego. Le gustaba citar máximas y una de sus predilectas era: "Si quieres los cachorros del tigre, tienes que entrar a buscarlos en la guarida de la fiera".

Inevitablemente se le fueron los ojos hacia la guarida del tigre en Pearl Harbor, en Hawaii... donde la flota norteamericana del Pacífico tenía su base. ¿Sería posible destruir esa escuadra antes de comenzar la Operación del Sur?

Cierto día de enero entró en su camarote del barco insignia *Nagato*, con el propósito de escribir a su íntimo amigo Takijiro Onishi, que era uno de los contados almirantes de la armada japonesa partidarios de colaborar estrechamente con el arma aérea. Comenzando por exigirle la más estricta reserva, pergeñó rápidamente una carta de tres páginas en la cual le expuso a grandes rasgos el plan de ataque aéreo por sorpresa a Pearl Harbor. ¿Creía Onishi en la viabilidad de tal plan? "Por favor, estudie cuidadosamente todos los problemas que entraña". Así terminaba.



Comandante Minoru Genda
Este brillante estratega fraguó todos los detalles del ataque de la aviación

"Difícil, pero no imposible"

Lo PRIMERO que hizo Onishi fue llamar al comandante Genda, joven oficial del portaaviones *Kaga*. No hubiera podido dar un paso más eficaz.

Era Genda el aviador más brillante de la Armada Imperial. Su rostro aristocrático, de cejas espesas, nariz recta y firme mentón estaba dominado por unos ojos negros de mirada tan penetrante que casi infundía miedo. Tenía ideas atrevidas, mucha imaginación y había influido ya considerablemente en la táctica y el planeamiento de la aviación.

Cuando Onishi le enseñó la carta de Yamamoto, que leyó atentamente, se sintió cautivado por el atrevimiento y la originalidad de la idea.

—El plan es difícil, pero no imposible —comentó.

—Yamamoto confía en quebrantar la moral de los norteamericanos si concentramos la atención en los acorazados y les hundimos cuantos nos sea posible —repuso el otro.

Aunque los portaaviones eran superiores como unidades ofensivas, todavía se consideraba entonces el acorazado como el verdadero puntal de la flota. Así que, destruyéndolos, Yamamoto contaba con asestar un golpe sicológico paralizador.

Por fantástico que parezca, Yamamoto había acariciado también la idea de que los aviones atacantes no regresaran a sus bases flotantes. Así los portaaviones no tendrían necesidad de ponerse en peligro acercándose demasiado a los objetivos y podrían volverse apenas despegaran los aviones que llevaban. Concluido su ataque, los pilotos se dejarían caer en el mar, donde serían recogidos por los destructores y los submarinos. Presumía Yamamoto con rara candidez que, sirviéndose de semejante táctica, los norteamericanos creerían que el pueblo japonés era el más valiente del mundo, contra el cual era inútil luchar.

Genda torpedeó inmediatamente tales ideas. Los objetivos primordiales tendrían que ser los portaaviones norteamericanos, dijo, puesto que constituían el mayor peligro para la armada japonesa. Y, para obtener los mejores resultados, los portaaviones japoneses debían acercarse lo más posible a Pearl Harbor, pues un viaje de ataque sin perspectiva de regreso tendría muy mal efecto sicológico en los pilotos japoneses y el descenso violento en aguas enemigas significaba un desperdicio innecesario de aviones y de aviadores. Además, el regreso de los portaaviones japoneses sin su arma aérea sería una invitación al desastre, si los norteamericanos resolvieran contraatacar.

Genda regresó al *Kaga* con la cabeza repleta de ideas nuevas y se puso a trabajar inmediatamente. Dos semanas después le entregó a Onishi un esquema completo del proyectado ataque.

Todos los portaaviones disponibles tomarían parte y el ataque se lanzaría a eso del amanecer para que la última fase del acercamiento

Ah ...¡ESTAN SONRIENDO, ESTAN FELICES!

...¡ELLOS SIENTEN LA FRESCURA PROTECTORA DE KOLYNOS!

¡Usted también sonreirá feliz, con la protección de Kolynos! Por su Nueva Fórmula Tensioactiva, Kolynos limpia más a fondo los dientes y deja en su boca una nueva sensación de frescura y bienestar.



con NUEVA FORMULA TENSIOACTIVA

...¡Mejor que nunca!

SOLO SU DENTISTA PUEDE CUIDAR MEJOR SUS DIENTES

se efectuara bajo la protección de la oscuridad. La aviación llevaría bombarderos de vuelo en picado, bombarderos de gran altura, torpederos y cazas. Los torpedos tendrían prioridad sobre las bombas por tener más capacidad destructiva y ser más precisos disparados desde cerca. Aunque las aguas de Pearl Harbor eran muy poco profundas para los torpedos que los japoneses tenían entonces, Genda se mantuvo firme: había un problema, simplemente, y era preciso resolverlo.

Onishi aprobó casi todas las ideas de Genda, agregó unas cuantas de su cosecha y a principios de marzo remitió a Yamamoto el plan de ataque, que fue el que se utilizó en definitiva.

Al cabo de un mes se inició su ejecución, poniendo en práctica un concepto estratégico por el que venía abogando desde hacía tiempo la aviación de la Marina. Formóse la Primera Flota Aeronaval con cinco portaaviones escoltados cada uno por dos destructores. A este paso se opusieron enérgicamente los "almirantes de acorazado", que no sabían una palabra del plan de Pearl Harbor (y que no lo hubieran aprobado si lo hubiesen conocido). Pero Yamamoto pasó por encima de todo sin mirar atrás una sola vez y, de allí en adelante, Genda siguió trabajando en la operación aeronaval como un poseso, dedicándose a ella día tras día con el fervor religioso de un monje.

A Yamamoto le hubiera encantado mandar la nueva flota personalmente, mas como su presencia era indispensable en el puesto en que estaba, el cargo recayó en el vicealmirante Chuichi Nagumo, por razón de la antigüedad en el servicio, principalmente. Nagumo era un marino de la vieja escuela, falto de imaginación e iniciativa, pero de reconocida autoridad en el arte de navegar y en las maniobras navales. Ningún suceso en su larga y honrosa carrera se había relacionado en lo más mínimo con la aviación y, cuando le informaron acerca del plan de Pearl Harbor, se quedó estupefacto. El envío de un gran contingente naval a una distancia de 5600 kilómetros, cruzando sobre las olas de un mar bravío hasta la misma plaza fuerte del enemigo era cosa que merecía estudiarse para ver los riesgos que entrañaba.

Nagumo sostuvo que la mera hazaña de viajar hasta Hawaii sin ser descubiertos, reabastecerse de combustible en el camino —operación difícil aun en circunstancias normales— y llegar allá a la hora y al minuto fijados, era un problema insuperable. Y como el éxito de la incursión dependía casi por completo de la sorpresa, si los descubrían casualmente, el Japón perdería lo mejor de su armada y la guerra en un solo día.

Por el momento, el flemático Nagumo se consoló pensando en la improbabilidad de que se pusiese en práctica un plan tan temerario. En primer lugar, la guerra con los Estados Unidos no era en modo alguno una cosa decidida; las ne-

gociaciones con ese país seguían adelante. (Con su bien calculada simulación, el Japón continuó esas conversaciones hasta el momento en que cayeron las primeras bombas.) Segundo: Yamamoto había abusado de su autoridad al tomar la iniciativa de un plan semejante; el planeamiento era una función que correspondía al estado mayor de la Marina; a no ser que este organismo aprobara el proyecto —cosa que parecía bastante improbable— el plan de Yamamoto estaba condenado a empolvarse en los archivos secretos.



Vicealmirante Chuichi Nagumo
Comandante en jefe de la Primera Flota Aeronaval. Tuvo muchas reservas acerca del plan.

Habla el Emperador

Pese a las esperanzas de Nagumo, continuaba la marcha inexorable hacia la guerra. A fines de julio los japoneses establecieron un "protectorado" en la Indochina francesa, y sus tropas del "Nuevo Orden", que ya ocupaban el norte del país, efectuaron un rápido movimiento para apoderarse del resto. Pocos días después el presidente Franklin Roosevelt congelaba todos los bienes japoneses en los Estados Unidos; prohibía a los barcos nipones cargar y descargar en los puertos norteamericanos y, habiendo ya suspendido los despachos de hierro y chatarra el otoño anterior, proscribía también las ventas de petróleo norteamericano al Japón. Inglaterra y Holanda tomaron medidas similares.

"Ya está declarada la guerra económica", decía un periódico japonés; "no es difícil imaginar lo que vendrá después".

El 6 de setiembre el emperador Hirohito citó a los estadistas japoneses a una junta especial. Reuniéronse en torno de una larga mesa rectangular en el Salón No. 1 Este del palacio imperial. Sentado sobre un pequeño estrado a la cabecera, el Emperador, inmóvil y al parecer impasible, escuchó al primer ministro Fumimaro Konoye que abrió la sesión dando lectura a un "Plan esquemático de política nacional", el cual reveló lo siguiente:

1. El Imperio estaba resuelto a correr el riesgo de una guerra con

los Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda, para alcanzar sus fines económicos. Los preparativos para esa guerra quedarían terminados a fines de octubre.

2. Hasta esa fecha provisional de ruptura de hostilidades, el Imperio seguiría tratando de lograr sus demandas por medio de negociaciones.

No obstante, las exigencias mínimas del país condenaban las negociaciones al fracaso, puesto que su logro aseguraba al Japón un imperio poderoso, en tanto que los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda quedaban con las manos virtualmente atadas en el Extremo Oriente.

Uno a uno, los altos jefes se fueron levantando para dar su opinión. Todos hicieron hincapié en la necesidad de proceder con urgencia. Japón tenía que actuar mientras pudiera disponer de las reservas almacenadas de materiales indispensables, ya que con la hostilidad de la Gran Bretaña y el embargo de los Estados Unidos era imposible surtirse de nuevo. El general Teiichi Suzuki, por ejemplo, observó que escasamente quedaba provisión de petróleo para algo más de un año.

El último en hablar fue el vocero del Emperador, barón Yoshimichi Hara. "El plan general de política nacional", dijo, "da la impresión de que se concede gran importancia a la guerra y se relega la diplomacia a un segundo plano. ¿Estoy en lo cierto al creer que se está haciendo todo lo posible para resolver la situación por los medios diplomáticos?"

Hubo un breve silencio. Luego el almirante Koshiro Oikawa, ministro de Marina, aseguró en breves palabras que así era. Pero, al parecer, no estuvo convincente. Poco después, con gran sorpresa de todos, se levantó el Emperador para dirigirles la palabra.

Nunca jamás se había dejado oír Hirohito personalmente en una conferencia imperial. No obstante, allí estaba de pie el símbolo viviente del Imperio; el 124 emperador del Japón "irradiando su divina luz".

Sacó del bolsillo un poema titulado "Los cuatro lados del mar", escrito por su abuelo el emperador Meiji; y en medio de un silencio que los asistentes a la conferencia no se atrevían a turbar siquiera con la respiración, leyó en alta voz:

> Creo que todos los pueblos del mundo son hermanos.
> ¿Por qué será entonces que las olas y los vientos están hoy tan encrespados?

Contó el Emperador a sus oyentes que había leído esos versos muchas veces. ¿No sería posible adoptar en el presente el ideal de paz internacional de su abuelo?

Siguió un gravoso silencio, que al fin rompió el jefe del estado mayor de la Marina diciendo que, realmente, el alto mando reconocía la importancia de la diplomacia, que era partidario de la fuerza armada únicamente como último recurso. El jefe del estado mayor del Ejército se hizo eco de esta opinión, pero el Emperador no quedó nada

satisfecho. "La conferencia terminó en un ambiente de tensión sin precedentes", escribió el primer ministro Konoye.

Los que creen que Hirohito hubiera podido vetar el plan de Pearl Harbor si así lo hubiera deseado, o si hubiera tenido más entereza de carácter, no comprenden la posición sutil y compleja del Emperador. Él sólo podía aconsejar y ratificar, porque debía estar completamente de acuerdo con su gobierno a fin de guardar la unidad monolítica de su nación. Estaba atado al mástil de su propio e ilimitado prestigio.

En esta ocasión, no obstante, el emperador Hirohito ni siquiera conocía el proyecto de ataque a Pearl Harbor.

Los almirantes se rebelan

LAS MANIOBRAS navales bajo techo que se hacen anualmente con modelos de barcos en miniatura sobre cartas de marear en el vasto edificio gris del Colegio Naval de Tokio, tenían lugar normalmente en noviembre o diciembre. Por causa de la tirante situación se adelantaron para los días 11 a 13 de setiembre y el estado mayor de la Marina (que no tenía entusiasmo por el proyecto) consintió a regañadientes en que la Primera Flota Aeronaval ensayara un simulacro de ataque a Pearl Harbor.

El incansable Genda había preparado tres posibles rutas para llegar a Oahú: una por el sur, otra por el centro y otra por el norte. Esta última era la más corta y la menos usual, pero Nagumo prefería acercarse por el sur, pues sostenía que no se podría usar la ruta del norte a fines del otoño debido al mal tiempo.

—Si usted cree que habrá mal tiempo, tenga en cuenta que los almirantes norteamericanos serán de la misma opinión —le dijo Genda.

Al fin Nagumo convino en que se tomara la ruta del norte para los ejercicios.

El primer ataque fue un fracaso. El equipo japonés de los rojos, que representaba a los Estados Unidos, puso en práctica las medidas anticipadas de defensa norteamericanas, y descubrió a las fuerzas de Nagumo en la madrugada.

En el cielo de Oahú los aviones atacantes fueron interceptados por enjambres de aviones enemigos. Según el fallo de los jueces, Nagumo había sufrido las siguientes pérdidas con el contraataque: la mitad de sus aviones derribados, dos portaaviones echados a pique y varias unidades navales con serias averías.

En el segundo ensayo lo hicieron mejor. Llegando directamente del norte en el tiempo exactamente calculado para escapar a la vigilancia de los aviones norteamericanos de reconocimiento a la luz del día, la flota, teóricamente, no fue descubierta y el ataque tuvo las características de una sorpresa. Los jueces dictaminaron esta vez que los Estados Unidos habían sufrido serias pérdidas y que, con excepción de unos cuantos aviones derribados, la flota nipona había salido ilesa.

Esta demostración suscitó inexplicablemente una enérgica oposición al plan. A algunos críticos les pareció todo aquel proyecto excesivamente arriesgado. Otros, con los ojos fijos en la Operación del Sur, opinaron que solamente con esto se agotarían las reservas navales del Japón. Finalmente, los "almirantes de acorazado" estaban honradamente convencidos de que era una equivocación atenerse a barcos con blindaje tan débil como los portaaviones.

Porque el acorazado prevalecía aún en el ideario de la marina japonesa, como lo atestiguaban las superfortalezas navales que entonces se construían: no de 33.000 toneladas como el *Nagato*, almiranta de Yamamoto; ni de 35.000, como los nuevos barcos norteamericanos de la clase del *South Dakota*; ni de 45.000, como los gigantes que los Estados Unidos construyeron más tarde durante la guerra (*Iowa, Missouri, New Jersey* y *Wisconsin*), sino verdaderos monstruos marinos como el *Musashi* y el *Yamato*, barcos de 62.000 toneladas de desplazamiento neto y armados de cañones de 46,2 centímetros de calibre. Eran los más grandes jamás vistos en el mundo.

Sabiendo que estos leviatanes estarían surcando los mares a fines de 1941 y a principios de 1942, los almirantes manifestaban una serena confianza en sus doctrinas de guerra naval y mucho escepticismo por los nuevos conceptos del poderío de la aviación marítima. Después de los simulacros de guerra, los oficiales que estaban decididos a impedir el peligroso plan de Pearl Harbor tuvieron por lo menos media docena de conferencias clandestinas. Pero en el almirante Yamamoto encontraron estos conservadores un opositor de energía formidable.

Yamamoto juega su as

Una fotografía de Yamamoto tomada en el apogeo de su poderío nos revela un hombre bajo de estatura, aun para la talla de los japoneses: 1,60 m. Los anchos hombros realzados por gruesas charreteras y el pecho abultado lleno de medallas y condecoraciones hubieran hecho una figura ridícula a no ser por el rostro. Con sus labios gruesos, nariz recta y ojos grandes, con el pelo entrecano cortado casi al rape... la cara de Yamamoto era la de un hombre de acción, la de un personaje dotado de inmensa fuerza de voluntad.

De joven fue un fanático del estudio. Para concentrarse con mayor intensidad se iba quitando la ropa poco a poco, para que el frío se encargara de ahuyentar su cansancio. Muchas noches heladas sus padres lo encontraron casi desnudo en su cuarto, absorto en algún libro de álgebra o geometría.

Al enterarse de las "habladurías" en torno a un ataque contra Pearl Harbor, citó a unos 50 comandantes de la flota para que comparecieran el 11 de octubre a bordo de la nave almiranta, *Nagato*, con el preten-

dido objeto de pasar revista a sus planes guerreros. Después de todo un día de ensayar maniobras navales y de una agradable comida, el grupo se reunió en el alcázar para una conferencia final. Habiéndoles dado la seguridad de que lo que allí se dijera sería confidencial y extraoficial, podían exponer todas las objeciones que tuvieran contra el plan de Pearl Harbor.

Uno a uno, varios almirantes fueron exteriorizando sus recelos y desconfianzas. El tiempo para poder operar en el Pacífico del norte era ya peligrosamente corto. Los temporales harían imposible el reabastecimiento de combustible en alta mar. Además, había que vigilar a la Rusia soviética. Hasta el mismo almirante Onishi, a quien Yamamoto había hecho su confidente en enero, creía entonces que el plan era imprudente dadas las fuerzas de portaaviones que tenían. Nagumo, que fue el último, habló prolijamente acerca de los riesgos que iban a correr. ¿Qué pasaría si los norteamericanos estuvieran bien preparados y hacían caer a los japoneses en una trampa desastrosa?

"La opinión general de los altos jefes coincidía en que ya era demasiado tarde para vacilaciones", dijo Genda. "La situación política había empeorado hasta tal punto que los Estados Unidos debían estar preparándose para un ataque por sorpresa".

Los últimos rubores del crepúsculo se habían desvanecido casi en el horizonte cuando se puso de pie Yamamoto. Comenzó hablando despacio, pero con decisión inequívoca. Había anotado las objeciones presentadas, dijo, y serían tomadas en consideración. Pero, de su largo y detenido estudio de la situación militar, deducía que la operación contra Hawaii era indispensable para la gran estrategia del Japón. Sin ella fracasaría la incursión contra el sur. Por tanto quería que se entendiera lo siguiente: "Mientras yo sea comandante en jefe de la flota combinada, Pearl Harbor será atacada".

Esta declaración despejó el ambiente de una vez por todas. Los almirantes entendieron que, de ahí en adelante, no habría más discusiones ni más quejas. Si el Japón iba a la guerra, la flota se haría a la mar con el alborozo y la unidad de una cruzada.

Pero el estado mayor de la Marina se oponía obstinadamente al plan de Pearl Harbor y aquí Yamamoto ya no trataba con oficiales que estaban bajo su mando, sino con el pináculo de la jerarquía naval. No obstante, para algo era buen jugador de póquer. A fines de octubre decidió mandar un emisario al estado mayor con el fin de forzar una decisión. Encargó de esta comisión a uno de sus oficiales más antiguos, el capitán Kameto Kuroshima, a quien armó de un argumento definitivo, para el caso de que ningún otro le sirviera.

Kuroshima se entrevistó con el capitán Sadatoshi Tomioka, jefe de operaciones del estado mayor de



la Marina, y no perdió el tiempo en remilgos.

—El almirante Yamamoto me ha ordenado obtener una declaración inmediata acerca de la operación de Pearl Harbor —le dijo—. ¿Será o no será aprobada? El tiempo apremia. Necesitamos una respuesta sin dilación.

Tomioka no se dejó acosar y, sin tomar una determinación, opuso todos los reparos corrientes que se le hacían al plan. Kuroshima los refutó con los mejores argumentos de Yamamoto, mas, viendo que por ese camino no iba a ninguna parte, agregó:

—El almirante Yamamoto insiste en la adopción de su plan. Me ha autorizado para declarar que, si no se hace así, no podrá responder por la seguridad del Imperio. No le quedaría otra alternativa que la de renunciar, y con él toda su plana mayor.

Tomioka abrió los ojos y la boca. La amenaza lo impresionó profundamente. No obstante, convino en el ataque, en cuanto a él personalmente se refería. Así que Kuroshima hubo de subir peldaño a peldaño el escalafón para soltar a los otros jefes el trueno de Yamamoto. Finalmente el estado mayor naval en masa sancionó el ataque a Pearl Harbor. Había alcanzado una gran victoria, sí; pero es que la posición y la influencia de Yamamoto en la marina japonesa eran únicas. Ni los jefes del estado mayor ni nadie pensó jamás en ir a la guerra sin Yamamoto al timón de la flota com-

binada. "Eso era inconcebible", afirmó más tarde uno de los almirantes.

Espionaje en Oahú

De aquí en adelante se intensificó el espionaje japonés en Hawaii. Ya no eran suficientes los informes ordinarios acerca del número de barcos norteamericanos surtos en el puerto. Tokio quería saber con precisión en qué muelle estaba atracado cada barco y hacía innumerables preguntas relativas a patrullas aéreas y a la disposición de los aviones.

La mayor parte de esta información se obtenía por medios perfectamente lícitos, con solo mirar. Ciertos miembros del consulado japonés en Honolulú formaban un competente equipo para el oficio, y entre ellos sobresalía un joven escribiente que se hacía llamar Tadashi Morimura. Su verdadero nombre, no obstante, era Takeo Yoshikawa y había sido alférez en la marina imperial.

Cuando Yoshikawa llegó a Hawaii, el 28 de marzo de 1941, se presentó al cónsul general Nagao Kita, diplomático de carrera recién trasladado a Honolulú, para trabajar con él. Al examinar a su nuevo subalterno, Kita se encontró con un jovenzuelo bien parecido, de mediana estatura, que no representaba los 29 años que tenía, totalmente distinto del super-espía que él se había figurado. En efecto, le pareció conmovedoramente ingenuo, uno de aquellos chicos a quienes los hombres mayores suelen llamar "hijo", de los que se hacen lenguas

las damas de cierta edad y que alborotan el cotarro de las adolescentes. Nunca había tenido experiencia como agente secreto y, además, había perdido la primera falange del dedo índice . . . precisamente la clase de desfiguración que en cualquier momento podría traicionarlo. Kita desconfió de que ese fuera el hombre llamado a desempeñar tan delicado trabajo.

Pero en Tokio no cometían esa clase de equivocaciones. Su misma falta de experiencia era para Yoshikawa una ventaja, ya que nunca había aparecido su nombre en las listas de agregados diplomáticos y no despertaría la curiosidad de los agentes de contraespionaje norteamericanos. Y su preparación era ejemplar. Procedía de una familia modesta (su padre era policía); asistió a la academia naval y sirvió un año como alférez hasta que hubo de retirarse de la Marina por enfermedad.

Después de catar el agua salada se aficionó tanto a la mar que ya no le gustaba la vida de paisano y vagó muchos meses apático y abatido, hasta que un buen día recibió la visita de un oficial de personal naval quien le insinuó que la Marina estaba dispuesta a utilizar sus servicios como agente de la oficina de espionaje. Aunque tendría que renunciar a toda esperanza de ascenso, esto le pareció un precio exiguo con tal de regresar a su adorada armada.

Las instrucciones que recibió fueron muy sencillas: debía volverse un experto en todo lo relacionado con la flota del Pacífico de los Estados Unidos y con sus bases de Guam, Manila y Pearl Harbor, y mejorar su conocimiento del idioma inglés. Durante los cuatro años que siguieron se quedó en el Despacho de Asuntos Norteamericanos, estudiando un texto sobre barcos y aviones de guerra de los Estados Unidos y escudriñando periódicos, revistas y libros técnicos de ese país. Con el tiempo llegó a conocer todas y cada una de las unidades de la marina y la aviación de guerra de los Estados Unidos por sus nombres, su configuración y sus características técnicas.

A fines de 1940 recibió instrucciones de presentarse a los exámenes del Ministerio de Relaciones Exteriores para poder recibir un nombramiento diplomático de inferior categoría con el cual encubriría su verdadera misión. Según el almirante Kanji Ogawa, en aquel tiempo subjefe del servicio secreto de la Marina, tal componenda no era cosa rara. Cualquier oficial de marina podía ser destituido, degradado y convertido deliberadamente en paisano, para asignarle más tarde algún cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que lo enviaba adonde pudiera prestarle más eficaces servicios a la armada. En general este fue el procedimiento seguido en el caso de Yoshikawa: una discreta insinuación al cuerpo médico de que el alférez Yoshikawa era más valioso para la Marina en traje de paisano, un período de ocio

a fin de disponerlo bien para su misión de observar, y luego...

Una vez en Honolulú, después de darle un cargo nominal —fue registrado oficialmente en la Secretaría de Estado de los Estados Unidos como canciller del consulado japonés— Yoshikawa se dedicó a trabajar. Todos los días leía los periódicos locales de cabo a rabo, prestando especial atención a las noticias marítimas y a las sociales que se relacionaban con el personal de la armada norteamericana. Un paseo diario por Pearl City le proporcionaba una visión perfecta de la isla Ford y de su campo de aviación. Dos o tres veces por semana paraba a tomar un refrigerio en un café que administraba un viejo japonés en el muelle al extremo de la península de Pearl City. Quedaba precisamente frente a la Isla Ford, y era lo más que podía acercarse a Pearl Harbor.

Allí se enteraba de muchas cosas: de si la flota saldría pronto, de si tomaba a bordo nuevas provisiones... todo por observación directa. Por la noche frecuentaba los bares y cantinas más visitados por los marinos norteamericanos para escuchar las conversaciones y rumores que entre ellos corrían, pero rara vez hacía preguntas directas.

El temor de ser descubierto lo mantenía nervioso; la sombra de la FBI se cernía incesantemente sobre él; Kita lo había puesto al corriente acerca de tan formidable organismo y él abrigaba el constante recelo de que pudieran instalar aparatos grabadores en el consulado o en alguno de los restaurantes que frecuentaba. Los informes que daba al cónsul solían tener lugar tarde en la noche, cuando los demás empleados se habían ido a la cama; y sus conversaciones secretas se hacían por escrito, cambiando notas que quemaban inmediatamente después de leer.

La afluencia de turistas a Hawaii le ofrecía muy buenas oportunidades. Hasta que los Estados Unidos prohibieron todo tráfico con el Japón, Yoshikawa salía al encuentro de los barcos japoneses que entraban en el puerto, reunía un grupo de viajeros y recorría con ellos la ciudad como cicerone. Esto le servía de tapujo para los muchos viajes que hacía, que de otro modo hubieran despertado sospechas. Cierta vez se puso su más flamante camisa hawaiana para acompañar a una *geisha* amiga en un vuelo de turismo sobre Oahú, excursión que le proporcionó un claro panorama de los campos de aviación de Wheeler y Hickam. También solía explorar los campos de vuelo desde el mar, a veces en excursiones de pesca, a veces como nadador.

Las plantaciones de caña de azúcar de Aiega tenían una vista excelente sobre Pearl Harbor. Muchas veces Yoshikawa se vistió de campesino para observar la flota desde allá; iba a un sembrado distinto cada vez y no se quedaba en él más de treinta minutos.

Uno de los rincones predilectos que solía frecuentar era *Shuncho-ro,* restaurante de estilo japonés situado

en las alturas de Alewa, con una preciosa vista sobre Pearl Harbor y el campo de aviación de Hickam. A veces se fingía demasiado borracho, incapaz de marcharse, y el posadero lo acomodaba discretamente para que pasara la noche en una pequeña habitación cuyas ventanas daban sobre la bahía.

En una de esas ocasiones Yoshikawa vio salir la flota de la bahía en las primeras horas de la mañana... espectáculo majestuoso que hace vibrar el corazón de cualquier marino. Él se puso a observarlo con interés profesional, comprobando el tiempo preciso que tardaba en salir, la clase de maniobras que hacía y la posición que tomaba cada barco. Era una información importante para Tokio, porque, si la flota de los Estados Unidos intentaba una salida al comenzar el ataque, los japoneses podrían proceder en consecuencia.

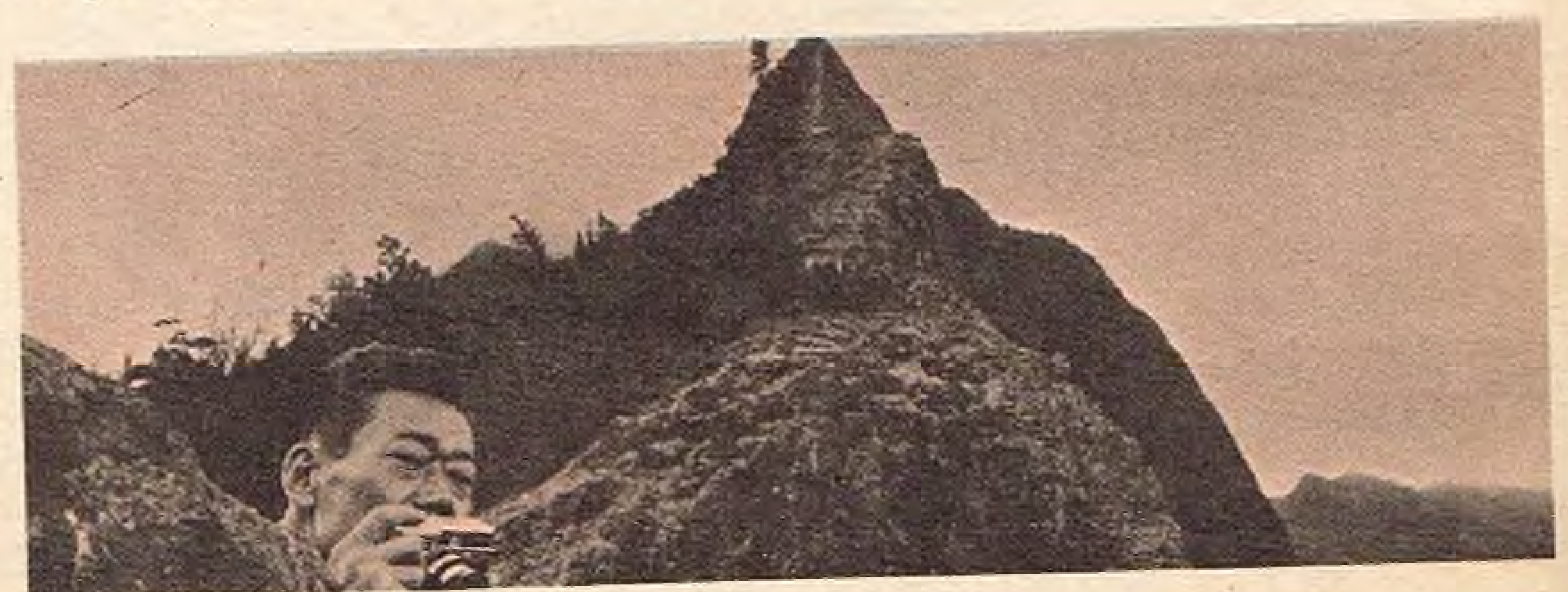
El 7 de agosto, "día de gala" en el campo de Wheeler, Yoshikawa se encontraba entre el numeroso público que había sido cordialmente invitado. No estaban permitidas las cámaras fotográficas, pero a él no le importaba la prohibición; lo vio todo, no perdió ningún detalle y escribió sus impresiones tan pronto como regresó al consulado.

El horario de trabajo que se había impuesto era agotador. Para él no había fiestas y los domingos eran días como cualquier otro. Aunque el Japón tenía otras redes de espionaje en Hawaii, Yoshikawa las consideraba, y no sin razón, como labor de aprendices.

El gigante dormido

¿Sabían los altos funcionarios norteamericanos que Pearl Harbor era un posible objetivo? ¡Claro que sí!

El secretario de Marina, Frank Knox, escribió lo siguiente al de Guerra, Henry Stimson, el 24 de enero de 1941: "Si llegase a estallar la guerra con el Japón, se cree muy posible que las hostilidades se iniciarían con un ataque por sorpresa a la flota o a nuestra base de Pearl Harbor".



Takeo Yoshikawa
Principal espía en Oahú. Se le inscribió como "canciller" del consulado japonés.

Tres días más tarde (escasamente dos semanas después de aquel en que Yamamoto le confió su plan a Onishi), el embajador de los Estados Unidos en el Japón, Joseph Grew, enviaba el siguiente mensaje cifrado a su Secretaría de Estado:

> Mi colega del Perú se ha enterado por varios conductos, inclusive uno japonés, de que se está preparando un ataque por sorpresa a Pearl Harbor, para el caso de un conflicto entre el Japón y los Estados Unidos. Dice que trasmite el informe por haberle llegado de diversas fuentes, aunque el plan parezca fantástico.

La Secretaría de Estado pasó el aviso —uno de los más trascendentales de la historia— a la Marina, que lo remitió al almirante Husband Kimmel, comandante de la flota del Pacífico, con este comentario:

> La Sección del Servicio Secreto Naval no da crédito a estos rumores. Basada en hechos conocidos relativos a la actual disposición de las fuerzas navales y terrestres japonesas, no alcanza a prever ningún movimiento inminente o proyectado contra Pearl Harbor.

No obstante, en una carta confidencial del 15 de febrero, presumía el almirante Kimmel que "una declaración de guerra puede ser precedida de un ataque por sorpresa a los barcos surtos en Pearl Harbor".

Esta suposición figuraba asimismo en tres informes, brillantes y sorprendentes por su precisión, que se rindieron en 1941. El último, un estudio "de la situación aérea de Hawaii", fue preparado por el coronel William Farthing, comandante del 5º Grupo de Bombarderos de la fuerza aérea hawaiana. Este documento profético, enviado a la Secretaría de Guerra el 20 de agosto, insinuaba la posibilidad de que el Japón efectuara un ataque aéreo imprevisto contra Pearl Harbor, probablemente con seis portaaviones; decía también que el tiempo más ventajoso para lanzar ese ataque aéreo era el amanecer; y que lo más probable era que se acercaran por el norte.

Para prevenir tal ataque, aconsejaba el informe, entre otras medidas defensivas, que las patrullas aéreas "mantuvieran una vigilancia continua y minuciosa en una zona de 360 grados alrededor de las islas del Hawaii durante el día". Para hacer eso la fuerza aérea hawaiana precisaba "180 aviones del tipo B-17D u otros bombarderos de cuatro motores con igual autonomía de vuelo".

Si las batallas se ganaran con sólo planearlas, los japoneses hubieran estado perdidos, pero los Estados Unidos no tenían 180 fortalezas volantes; y aquellas de las que podían disponer estaban seriamente comprometidas en Filipinas, en la Gran Bretaña y en el sector del Atlántico en donde el esfuerzo nacional se concentraba en la derrota de la Alemania nazi. Así que, cuando los japoneses dieron el golpe el 7 de diciembre, la fuerza aérea sólo

tenía 12 bombarderos B-17 en Hawaii.

En el verano de 1940 los criptógrafos norteamericanos habían descifrado la clave diplomática japonesa en uno de los más brillantes rasgos de ingenio en los anales del contraespionaje. Por tanto, los informes secretos de Yoshikawa y la respuesta de Tokio, los mensajes cruzados entre el Japón y su embajada de Washington, todo quedaba a la vista de los Estados Unidos. Pero lo mismo hubiera dado que tan valioso tesoro hubiese quedado enterrado. Los despachos vitales que se interceptaban se amontonaron sin descifrar, a veces hasta más de ocho días. No se les dio la necesaria divulgación, el más decisivo de los requisitos del contraespionaje, en parte por mera ineptitud, en parte por un desmedido celo en proteger las fuentes de procedencia. Como divulgarlos podía hacer sospechar a los japoneses que su clave había sido descifrada, se negaban con frecuencia los informes a quienes más los necesitaban. El almirante Kimmel asegura que ninguna de las llamadas "interceptaciones mágicas" llegó jamás a sus manos.

En sus relaciones con el Japón, los Estados Unidos cometieron un funesto error de apreciación de las cualidades de un pueblo genial. Para la mayoría de los norteamericanos el japonés era un hombrecillo ridículo con dientes de conejo y anteojos de marco de carey; industrioso, pero falto de imaginación; un imitador servil. Algunos que presumían de peritos sostenían que, debido a la peculiar configuración de los ojos, los japoneses eran malos aviadores. Un informe diplomático de mediados del decenio de 1930 decía así: "Los japoneses tienen en el oído interno un grave defecto físico debido al cual su sentido del equilibrio es anormal".

El Japón era un tigre de papel, su maquinaria de guerra endeble, su aviación un revoltijo de "combinaciones híbridas", sus unidades navales mal proporcionadas y de inferior calidad. En caso de un conflicto de grandes proporciones, su frágil imperio se haría pedazos como una taza de té lanzada contra una pared de cal y canto. Sus ciudades de pasta de papel lo hacían el país más vulnerable del mundo ante un ataque aéreo ... "el sueño dorado de un bombardero". Además, sufría de una anemia militar perniciosa, pues su sangre se vertía en el vasto río de la China; desafiar el poderío industrial de los Estados Unidos sería para el Japón un suicidio nacional.

En cuanto a la fortaleza de mil millones de dólares que tenía el Tío Sam en el Pacífico central, esa estaba fuera de peligro. "Pearl Harbor es probablemente la mejor base naval del mundo actualmente; no hay otra mejor situada, mejor defendida o mejor abastecida", escribía el secretario de Marina a Fletcher Pratt, corresponsal de asuntos navales, nueve meses antes del "domingo sangriento". El periodista Clark Beach añadía el 6 de setiembre: "Un ataque japonés a Hawaii se

considera como algo inverosímil, con una probabilidad de éxito en un millón". Peritos sibilinos y estrategas aficionados en profusión casi interminable hablaban sin ton ni son de la mítica fortaleza del día: "La inexpugnable Pearl Harbor, el Gibraltar del Pacífico".

Finalmente, como por arte de mágico error, en el otoño los norteamericanos volvieron las espaldas a Pearl Harbor para hacer frente a la progresiva crisis del Atlántico, que culminó el 4 de setiembre con el hundimiento de un destructor de los Estados Unidos, torpedeado por un submarino alemán en aguas de Islandia. Con el revuelo que esto causó, el Japón fue relegado a las páginas interiores de los diarios, y no volvió a vérsele en titulares de primera plana hasta el 7 de diciembre. "El Pacífico forma todavía parte muy importante de la situación mundial", escribía con cierta inquietud Kimmel al almirante Harold Stark, jefe de operaciones navales, el 12 de setiembre. Pero Stark le replicó en tono consolador: "Personalmente no creo que los japoneses se atrevan a atacarnos".

Ese era el estado de ánimo general: mientras los norteamericanos fijaban sus ojos en el Atlántico, se inclinaban a olvidar que la puerta trasera estaba abierta.

Forjando las armas

A fines de setiembre el comandante Genda comenzó a adiestrar a los pilotos de la Primera Flota Aeronaval con el fin concreto de atacar a Pearl Harbor. Labor formidable, tanto más cuanto que la necesidad de guardar absoluto secreto le impedía informar a los aviadores para qué los estaba adiestrando. Era preciso combinar diferentes tipos de aviones —bombarderos de altura, torpederos, bombarderos en picado, cazas— para formar una potente unidad de combate capaz de volar en formación perfecta, no de 40 o 50 aeronaves, sino de varios centenares. Disponía de poco tiempo para llevar esto a cabo.

El que capitaneara esta fuerza tendría que ser un consumado maestro en su oficio, habría de tener una paciencia a toda prueba y excepcionales dotes de mando. Genda ya tenía en mientes el hombre que necesitaba: un condiscípulo suyo de la academia naval, el comandante Mitsuo Fuchida. A los 39 años, Fuchida era todavía piloto activo (Genda ya no lo era), veterano de la guerra de China con más de 3000 horas de vuelo, manejaba su avión como si formara parte de él, y tenía fama de ser el oficial más laborioso de la Marina japonesa. Cuando Genda le informó del plan de Pearl Harbor, Fuchida se entregó a él en cuerpo y alma.

Los dos hombres se complementaban de una manera ideal: Genda concebía brillantes y atrevidas ideas que Fuchida forjaba pacientemente hasta convertirlas en realidades. Como muchos hombres de grandes dotes, Genda ponía su talento por norma y se mostraba impaciente con otros de menos agilidad mental.

Como el tacto no era su especialidad, infundía admiración más bien que afecto y carecía del don de atraer a la gente.

Fuchida, en cambio, era un hombre simpático por naturaleza. Sus hombres se le adherían instintivamente, casi lo adoraban. Para la Primera Flota Aeronaval se tomó la flor y nata de la aviación naval del Japón ... los animosos, los abiertos a la realidad exterior, los fuertes. Aunque tales individuos son por lo general indóciles, Fuchida supo dirigir desde el principio con mano segura a sus fogosos subalternos. Como dijo más tarde: "Genda escribió el guión: mis pilotos y yo lo representamos en escena".

Como el guión estipulaba el bombardeo en picado de gran precisión, Fuchida lo obtuvo, sencillamente, disminuyendo la altitud a que los pilotos debían soltar las bombas. La altura de disparo, que era de 600 metros, se redujo a 450. Esta táctica exigía que los pilotos se lanzaran entre las fauces de la muerte y que volvieran a elevarse casi perpendicularmente en el último momento posible. Pero los aviadores eran felices ejecutando la maniobra, y la precisión de los bombarderos en picado fue creciendo rápidamente.

El bombardeo desde gran altura era cosa más difícil de mejorar. El Japón no poseía el equivalente de la mira lanzabombas Norden que tenían los Estados Unidos, y la puntería dependía únicamente del buen ojo de los lanzadores y de la percepción intuitiva del momento preciso. Los antecedentes de la Marina a este respecto eran lamentables en verdad. Aun en la China, donde la oposición aérea había sido casi nula, la precisión del bombardeo a gran altura sólo llegaba al diez por ciento o menos.

Pero es mucho lo que se puede alcanzar por medio de la práctica infatigable e inteligente. Fuchida escogió un bombardero sobresaliente para que fuera en el avión delantero de cada escuadrilla, dispuso que volara siempre con el mismo piloto a fin de que se acoplaran bien uno y otro y se propuso luego hacer sincronizar sus movimientos hasta la perfección con repetidos ejercicios. Los granjeros de la vecindad de Izumi, donde se hacían gran parte de los ejercicios, se quejaban de que el constante ruido de los motores era la causa de que sus gallinas hubieran dejado de poner. A la postre, Fuchida alcanzó notables resultados. En una prueba de bombardeo llevada a cabo el 24 de octubre, cuyo objetivo era un barco que hacía zigzags a gran velocidad en medio de un viento borrascoso, los bombarderos acertaron un 50 por ciento de sus tiros. Contra un barco anclado, calculaba Fuchida que la misma formación de cinco aviones acertaría en un 80 por ciento. En efecto, había aumentado la potencia naval japonesa con una nueva y formidable arma ofensiva.

Un nuevo tipo de torpedo

En las primeras instrucciones que dio Genda a Fuchida a bordo de la

almiranta de Nagumo, el *Akagi*, planteó los problemas de un ataque con torpedos. Los barcos norteamericanos en Pearl Harbor estaban atracados en doble fila, de tal modo que los del interior no podían ser alcanzados por ningún torpedo. Además, el fondeadero era tan estrecho, que los del exterior quedaban apenas a una distancia de 480 metros de la orilla opuesta de la bahía, y en esa orilla se alzaban grúas, chimeneas y otros obstáculos propios de un astillero.

El Japón no poseía torpedo alguno que fuese destructivo en tales circunstancias. Las aguas en Pearl Harbor tenían apenas 12 metros de profundidad y, por bajo que volara el avión torpedero para lanzar su carga, el torpedo se hundiría por lo menos 20 metros antes de comenzar su carrera. Con esto, naturalmente, se enterraría en el lodo del fondo sin hacer daño alguno.



Comandante Mitsuo Fuchida
Piloto que encabezó la primera oleada de aviones atacantes

Los técnicos trabajaban febrilmente con el objeto de perfeccionar un torpedo que funcionara en aguas bajas desde el principio. Si lo lograban sería el más eficaz medio de destrucción. Así pues, ¿se pondría Fuchida a adiestrar a su gente de todos modos?

Se escogió la bahía de Kagoshima como lugar de adiestramiento por ser su forma muy parecida a Pearl Harbor. Un volcán activo de 1200 metros de altura representaba a la isla de Ford; la ciudad de Kagoshima simulaba el astillero naval de los norteamericanos, y su gran tienda Yamagataya podía pasar muy bien por el edificio principal que había en él.

En un claro día de otoño reunió Fuchida las tripulaciones de sus torpederos y, con mucha flema, hizo este anuncio: "Acabamos de terminar un entrenamiento preparatorio de bombardeo de barcos en alta mar. Ahora, como curso avanzado, vamos a practicar el torpedeo de buques anclados en aguas poco profundas".

Y lo dijo con tanta naturalidad que sus oyentes no se inmutaron. Su asistente, el comandante Shigeharu Murata, que sabía lo de Pearl Har-

bor, sonrió sardónicamente al oírlo y apuntó más tarde que Fuchida habría podido ser un magnífico actor.

Si algo sintieron los tripulantes, fue desconcierto y fastidio. Les parecía mucho más importante adiestrarse tirándole a un blanco en movimiento, mucho más difícil de acertar. Pero la precisión del torpedeo no era la mayor preocupación de Fuchida. Teniendo por blanco las enormes masas de los barcos norteamericanos anclados era imposible errar el tiro . . . una vez que dispusieran de torpedos de poca profundidad.

—Como todavía no están listos los torpedos de entrenamiento —dijo a sus aviadores— haremos únicamente el simulacro.

Las instrucciones que les dio fueron desconcertantes. Debían elevarse a una altitud de 2000 metros, agruparse al norte de la ciudad, para iniciar desde allí el descenso sobre la bahía. Al volar hacia el sur deberían pasar, casi rozando los tejados, a una altura de 40 metros.

Esto causó estupor a los pilotos. ¡Cómo era posible que Fuchida, tan estricto cumplidor de los reglamentos de seguridad y disciplina de vuelo, les ordenara volar sobre una ciudad a 40 metros de altura! Mas no habían terminado las sorpresas. Al pasar sobre la tienda Yamagataya —siguió explicando el instructor— alcanzarán a divisar un tanque de gas en la costa. Tomarán entonces esa dirección y desfilarán volando horizontalmente a una altura de

20 metros y a una velocidad de 150 nudos para lanzar el torpedo hacia el blanco desde una distancia de 500 metros de la costa, poco más o menos.

Ya no era posible recibir más sorpresas. Volando a ese nivel el más pequeño error precipitaría a los aviones en la bahía.

Después de soltar el torpedo —continuó Fuchida— cada piloto volverá a elevarse por la derecha para regresar a su base. Les advirtió que la maniobra era difícil. Era corta la distancia para hacer puntería y encontrarían muchos obstáculos en tan bajo vuelo. Y como, para llevarlo a cabo, era preciso una combinación bien equilibrada de atrevimiento y cuidado, el comandante Murata iba a hacerles una demostración.

Llevándolo aparte, Fuchida le preguntó si se sentía capaz de hacerla. Eso era como preguntarle al diablo si era capaz de pecar. Murata, reconocido as entre los torpederos de la Marina, era uno de aquellos que gustosamente hubieran ensayado toda la maniobra volando patas arriba.

Los habitantes de Kagoshima se quedaron boquiabiertos aquel día viendo que un avión tras otro se iba descolgando del cielo para pasar casi al ras de los tejados y seguir volando en dirección al mar. El mismo Fuchida quedó satisfecho; ninguno falló.

Dice que, mientras los miraba, el panorama se borró de sus ojos y vio en cambio a Pearl Harbor, con el *Pennsylvania*, el *Nevada*, el *Saratoga*, el *Lexington*, el *Arizona* anclados en el puerto. Vio luego las blancas estelas que dejaban los torpedos, las grandes columnas de agua que subían al cielo, sintió el estampido de las detonaciones, el crujir de los barcos que se hundían, el implacable traqueteo del fuego antiaéreo...

Las prácticas de bombarderos con torpedos continuaron diariamente y los ciudadanos de Kagoshima comenzaron a desesperarse con la disciplina de la armada. Las autoridades parecían darles pábulo a los aviadores para que volaran en picado sobre la ciudad cuantas veces quisieran.

Entre tanto Genda seguía urgiendo a los técnicos de la Marina con la demanda de un torpedo que funcionara en aguas poco profundas. Y éstos, aunque probaban metódicamente todas las aletas y estabilizadores hasta entonces ideados para gobernar un torpedo, no hicieron progreso alguno hasta que, en su desesperación, ensayaron un sistema de controles calculado únicamente como estabilizador aéreo.

Con gran sorpresa de todos funcionó, aunque no de un modo perfecto. Cuando la primera entrega de nuevos torpedos estuvo lista, solamente la mitad se conservaban a la profundidad deseada. En experimentos que se hicieron posteriormente se llegó a un 80 por ciento.

El perfeccionamiento se logró escasamente a tiempo. A pesar de haberse apresurado la fabricación de las nuevas aletas, los primeros 30

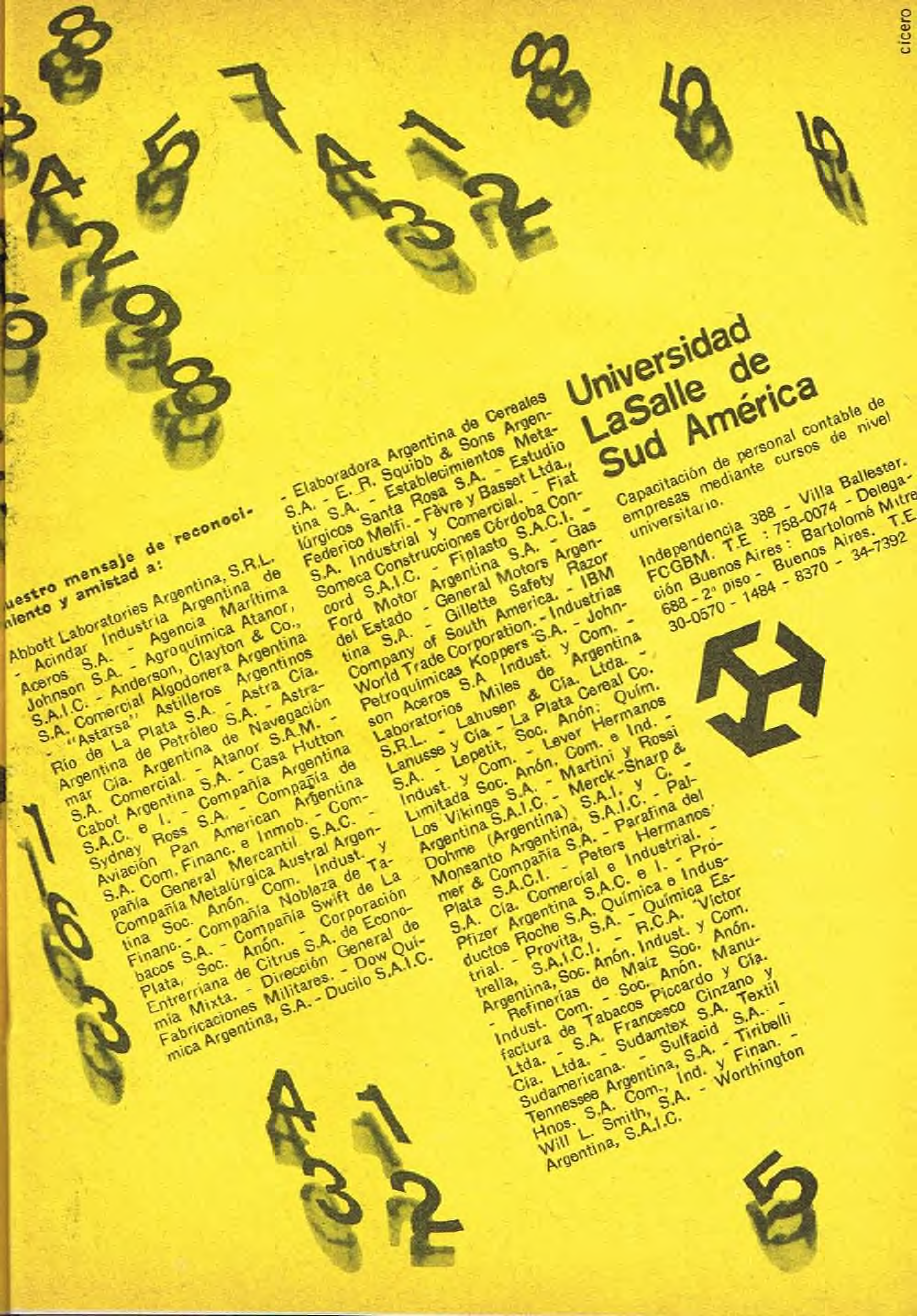
torpedos no estuvieron listos hasta mediados de octubre. Los últimos 100 no pudieron entregarse hasta fines de noviembre, y eso que los obreros tuvieron que quedarse a bordo de los portaaviones estacionados en las Kuriles para terminar el montaje allí.

Una misión especial

"Si el enemigo deja la puerta abierta, hay que entrar por ella a toda prisa", escribió Sun Tzu, clásico estratega chino, muy admirado por los japoneses. Los Estados Unidos habían dejado la puerta entreabierta en Hawaii y los japoneses se colaron por ella de rondón a fin de hacer un último espionaje.

En setiembre el gobierno japonés inició negociaciones con el fin de obtener que el gobierno de los Estados Unidos aliviara un poco el embargo sobre su flota mercante. Después de varias semanas de discusión entre el embajador Kichisaburo Nomura y el secretario de Estado Cordell Hull, se convino en que salieran tres buques de pasajeros del Japón para Hawaii y los Estados Unidos, con tal de que no llevaran carga. El gobie no de Washington hizo esta concesión de buena fe, creyendo que con ello se suavizaría la tirantez existente. El Japón se apresuró a sacar provecho de esta situación.

E! *Tatuta Maru*, el primero de los tres barcos que salieron del Japón, entró en Honolulú el 23 de octubre. Al poco tiempo de haber atracado, el cónsul general Kita su-


cicero
...uestro mensaje de reconoci-
...miento y amistad a:
Abbott Laboratories Argentina, S.R.L. - Acindar Industria Argentina de Aceros S.A. - Agencia Marítima Johnson S.A. - Agroquímica Atanor, S.A.I.C. - Anderson, Clayton & Co., S.A. Comercial Algodonera Argentina - "Astarsa" Astilleros Argentinos Río de La Plata S.A. - Astra Cía. Argentina de Petróleo S.A. - Astramar Cía. Argentina de Navegación S.A. Comercial. - Atanor S.A.M. - Cabot Argentina S.A. - Casa Hutton S.A.C. e I. - Compañía Argentina Sydney Ross S.A. - Compañía de Aviación Pan American Argentina S.A. Com. Financ. e Inmob. - Compañía General Mercantil S.A.C. - Compañía Metalúrgica Austral Argentina Soc. Anón. Com. Indust. y Financ. - Compañía Nobleza de Tabacos S.A. - Compañía Swift de La Plata, Soc. Anón. - Corporación Entrerriana de Citrus S.A. de Economía Mixta. - Dirección General de Fabricaciones Militares. - Dow Química Argentina, S.A. - Ducilo S.A.I.C.
- Elaboradora Argentina de Cereales S.A. - E. R. Squibb & Sons Argentina S.A. - Establecimientos Metalúrgicos Santa Rosa S.A. - Estudio Federico Melfi. - Fèvre y Basset Ltda., S.A. Industrial y Comercial. - Fiat Someca Construcciones Córdoba Concord S.A.I.C. - Fiplasto S.A.C.I. - Ford Motor Argentina S.A. - Gas del Estado - General Motors Argentina S.A. - Gillette Safety Razor Company of South America. - IBM World Trade Corporation. - Industrias Petroquímicas Koppers S.A. - Johnson Aceros S.A Indust. y Com. - Laboratorios Miles de Argentina S.R.L. - Lahusen & Cía. Ltda. - Lanusse y Cía - La Plata Cereal Co. S.A. - Lepetit, Soc. Anón. Quím. Indust. y Com. - Lever Hermanos Limitada Soc. Anón. Com. e Ind. - Los Vikings S.A. - Martini y Rossi Argentina S.A.I.C. - Merck-Sharp & Dohme (Argentina) S.A.I. y C. - Monsanto Argentina, S.A.I.C. - Palmer & Compañía S.A. - Parafina del Plata S.A.C.I. - Peters Hermanos S.A. Cía. Comercial e Industrial. - Pfizer Argentina S.A.C. e I. - Productos Roche S.A. Química e Industrial. - Provita, S.A. - Química Estrella, S.A.I.C.I. - R.C.A. 'Víctor Argentina, Soc. Anón. Indust. y Com. - Refinerías de Maíz Soc. Anón. Indust. Com. - Soc. Anón. Manufactura de Tabacos Piccardo y Cía. Ltda. - S.A. Francesco Cinzano y Cía. Ltda. - Sudamtex S.A. Textil Sudamericana. - Sulfacid S.A. - Tennessee Argentina, S.A. - Tiribelli Hnos. S.A. Com., Ind. y Finan. - Will L. Smith, S.A. - Worthington Argentina, S.A.I.C.
Universidad
LaSalle de
Sud América
Capacitación de personal contable de empresas mediante cursos de nivel universitario.
Independencia 388 - Villa Ballester. FCGBM. T.E : 758-0074 - Delegación Buenos Aires: Bartolomé Mitre 688 - 2° piso - Buenos Aires. T.E. 30-0570 - 1484 - 8370 - 34-7392

bió a bordo y recibió de manos del capitán un sobre cerrado. Procedía del estado mayor naval, que le pedía, entre otras cosas, un mapa detallado de todos los establecimientos militares de Oahú. Una misión especial llegaría muy pronto a recogerlo y a conferenciar sobre otros asuntos de vital importancia.

Integraban la misión el subcomandante Suguro Suzuki, autoridad en todo lo relacionado con la fuerza aérea norteamericana del Pacífico, y el subcomandante Toshihide Maejima, experto en submarinos. Iban a hacer una estimación personal de la situación en Pearl Harbor para informar luego de viva voz al estado mayor de la Marina.

Después de tocar en Hawaii, el *Tatuta Maru* continuó su viaje hacia los Estados Unidos. El segundo barco japonés autorizado, el *Taiyo Maru*, llevaba a bordo a Suzuki y a Maejima, y se anunció que iba destinado a Hawaii únicamente. En Tokio un vocero del gobierno explicó a los curiosos corresponsales extranjeros que esto se debía a una "sencilla conveniencia de itinerarios".

El *Taiyo Maru* zarpó de Yokohama el 22 de octubre. En la lista de pasajeros no estaba el nombre de Suzuki ni el de Maejima; el primero figuraba como ayudante del comisario y el segundo como médico de a bordo. Apenas perdió de vista la costa, el barco viró hacia el norte y tomó la ruta setentrional que debía seguir la flota de ataque a Pearl Harbor. Durante todo el viaje los dos oficiales, relevándose uno a otro, escudriñaron día y noche el horizonte.

Los resultados fueron más que satisfactorios: no avistaron ni un solo barco en toda la travesía; el tiempo era uniformemente favorable... el cielo estaba plomizo y había suficiente bruma para formar una delgada cortina protectora. Solamente cuando estuvieron a unos 120 kilómetros de Oahú, las patrullas aéreas norteamericanas comenzaron a asomar entre las nubes.

El *Taiyo Maru* se deslizó en la bahía de Honolulú a las 8:30 de la mañana del sábado primero de noviembre. El día y la hora habían sido cuidadosamente planeados: fin de semana y tiempo aproximado del proyectado ataque. Fondeó en el muelle 8, cerca de la torre de Aloha y, desde la popa, los dos oficiales armados de gemelos estuvieron vigilando continuamente las instalaciones de Pearl Harbor y sus aledaños.

El barco estuvo cinco días en el puerto, durante los cuales Suzuki y Maejima permanecieron a bordo. Esto lo hacían de acuerdo con órdenes superiores: el estado mayor no quería que fuesen vistos, ni mucho menos interrogados por funcionarios norteamericanos; no querían despertar la menor sospecha. El cónsul general Kita los visitó tres veces, acompañado de empleados del consulado que le ayudaron a llevar materiales al barco o a sacarlos de él. En esta forma, en caso de que se efectuara un registro, nada

comprometedor le hallarían encima. Si sorprendían a algún subalterno violando los reglamentos, sería cosa que se podría explicar en alguna forma.

Kita no permitió que el gran espía Yoshikawa se acercase siquiera al barco, no fuera que la FBI le estuviera siguiendo la pista; en cambio Suzuki entregó al cónsul un largo cuestionario que debía llenar Yoshikawa. Entre otras cosas, el estado mayor naval quería saber si Oahú estaba alerta. ¿Se lanzarían los norteamericanos a la guerra inmediatamente? ¿O los cogerían dormidos? Las respuestas de Yoshikawa fueron favorables.

El espía entregó a Kita el mapa detallado, el cuestionario lleno, añadió otros informes y uno de los empleados del consulado subió muy campante por la escalerilla del barco con su preciosa carga envuelta en un periódico local. Todos los comprometidos exhalaron un suspiro de alivio cuando la diligencia quedó cumplida sin novedad.

El *Taiyo Maru* volvió a hacerse a la mar rumbo al Japón el 5 de noviembre. Los pasajeros que tomó a bordo fueron sometidos al más severo registro de aduana en los muelles de Honolulú. No se encontró contrabando en sus equipajes ni en sus personas.

Reunión en las Kuriles

El ritmo de los preparativos iba ya *in crescendo*. El 6 de noviembre Fuchida puso en escena un ensayo definitivo que reprodujo el ataque a Pearl Harbor con toda la fidelidad posible, sirviéndose de un contingente naval compuesto de seis portaaviones y más de 350 aviones, con los barcos que iban a servir de blanco a 300 kilómetros de distancia del punto de despegue, tal como estarían en Oahú. Dos ensayos preliminares habían salido bastante mal, lo que tenía muy disgustado al almirante Yamamoto. El último estuvo coordinado casi a la perfección y, aunque Yamamoto se hallaba muy ocupado en otra parte para presenciarlo, desde el *Nagato*, que estaba entre los barcos que servían de blanco, llegó el elogioso comentario trasmitido por Morse: "*Kogeki wa, migoto nari*". (El ataque fue espléndido.)

En sus bases los barcos descargaron todo artículo innecesario, botes pequeños, sofás, sillas sobrantes, adornos, efectos personales, etcétera, con el objeto de quitar todo estorbo para el combate y, sobre todo, con el de hacer campo para almacenar combustible suplementario. Aunque, gracias a las diferentes pruebas, Nagumo estaba casi seguro de que era posible reabastecerse durante el viaje, se aprovechó todo espacio disponible para llevar el combustible a bordo; hasta en las cubiertas (exceptuando las de aterrizaje y despegue de los portaaviones) se apilaron los barriles.

Tomáronse minuciosas medidas de seguridad para ocultar al pueblo japonés la salida de la flota de ataque. Diose a los marinos uniformes tanto de invierno como de ve-

rano para que no hubiese indicio de que iban al norte. Para hacer menos conspicua la salida de tantos aviones, se ordenó a las unidades aéreas cercanas hacer vuelos extraordinarios sobre sus bases y sobre los pueblos circunvecinos de modo que no se notara la súbita ausencia de aviones. Se autorizó a todos los barcos costeros a conceder permisos de salida a sus tripulaciones con el objeto de que se vieran muchos marineros en las calles.

La flota misma debía viajar con la radio en completo silencio. Para disimular el volumen de radiocomunicaciones desde el Japón, que necesariamente debía aumentar una vez que la armada se pusiera en camino, hacía ya varias semanas que la marina venía aumentando los despachos radiados, de modo que no se notara su aumento repentino. Todo debería dar la impresión de que las cosas seguían su curso normal.

El 17 de noviembre por la tarde, Yamamoto y su plana mayor abordaron el *Akagi*, anclado entonces en la bahía de Saeki, para desear buena suerte a los altos jefes de la escuadra. Fuchida notó que Yamamoto estaba triste y ceñudo, y recordó que el almirante no había querido la guerra con los Estados Unidos.

Su palabra no tenía el vigor estimulante de siempre. Dijo claramente a sus oficiales que, aunque el Japón esperaba dar una sorpresa, todos debían estar preparados para una "terrible resistencia por parte de los norteamericanos". Que el Japón se había encarado con dignos oponentes en su historia gloriosa —mongoles, chinos, rusos— pero hizo hincapié en que ahora tendría que habérselas con los más fuertes de todos. Claramente, Yamamoto quería que sus hombres no cayeran en la trampa de una confianza desmedida en sus propias fuerzas.

Después del discurso se celebró una reunión de despedida en el cuarto de los oficiales. Aunque el ambiente era serio, lleno de dignidad, quizá un tanto pesado, Yamamoto descubrió sus verdaderos sentimientos durante este intermedio: "Estoy seguro de que la operación será todo un éxito", dijo, contraviniendo la inveterada costumbre de que el almirante en jefe sólo debía expresar *esperanza* en el buen resultado de una misión venidera. La positiva confianza con que se expresó levantó al punto los corazones de sus oyentes, que comían el simbólico *surume* para la felicidad y el *kachiguri* para la victoria. Brindaron luego por la próxima batalla y por el Emperador. "*¡Banzai! ¡Banzai! ¡Banzai!*"

Al cerrar la noche el *Akagi* apagó sus luces, levó anclas y se hizo a la mar silenciosamente, escoltado por dos destructores. Grupos similares salieron de varias bahías a lo largo de la costa; algunos navegaron sin apartarse de ella y otros se alejaron unos 160 kilómetros. Eran 31 naves en total: seis portaaviones, dos acorazados, dos cruceros pesados, uno ligero, tres submarinos, nueve des-

tructores y ocho barcos tanques. El último en soltar amarras fue el portaaviones *Kaga*, que se había quedado en Sasebo sometido a algunas reparaciones.

El lugar escogido para la reunión era la bahía de Hitokappu, escarpada caleta de Etorufu, una de las islas Kuriles o "islas humeantes", así llamadas por la eterna neblina que las envuelve. Quedaba a unos 1600 kilómetros al norte de Tokio en medio de un mar muy poco frecuentado por los navegantes y hubiera sido un ideal refugio de piratas en los pasados tiempos. A no ser por dos melancólicas aldeas de pescadores, no había más vida en aquel lugar y, desde antes que llegara la escuadra de Nagumo, se habían cortado todas las comunicaciones con el mundo exterior . . . teléfono, telégrafo, servicio de correos. Allí, en completo aislamiento, bajo la nieve que caía intermitentemente del negro cielo invernal, la más poderosa flota de portaaviones reunida hasta entonces echó anclas para esperar órdenes.

"Nuestra misión es . . ."

NAGUMO no perdió tiempo en ir al grano. A las ocho de la noche del 22 de noviembre citó a su plana mayor en la bien guardada cámara del *Akagi* donde estaban las maquetas de Pearl Harbor y Oahú, además de todos los datos que se habían reunido con relación a estos objetivos. Allí el subcomandante Suzuki iba a informarles acerca de su reciente espionaje en Hawaii.

Todos lo escucharon con extraordinaria atención. Aunque mucho de lo que les dijo de Pearl Harbor no era nuevo para ellos, cualquier informe de primera mano era recibido ávidamente en aquellas circunstancias. Suzuki hizo hincapié en el hábito que tenía la flota norteamericana de regresar a su base todos los fines de semana; describió prolijamente los campos de aviación, hasta el espesor del techo de los hangares, e hizo un recuento de los varios componentes de la fuerza aérea de la isla (la que calculó en el doble de lo que realmente era: reveló la presencia de 455 aviones militares en Oahú, cuando en realidad sólo había 231 en todas las islas de Hawaii).

Mientras duró el informe, Nagumo permaneció sentado, inmóvil como un ídolo. Aunque no habló palabra, todo se lo iba grabando en la mente, punto por punto y, cuando terminó Suzuki, expuso ansiosamente sus preocupaciones. ¿Habría posibilidad de que fueran descubiertos en el camino? ¿No estaría alerta el enemigo? ¿No tomaría represalias inmediatas? ¿Qué posibilidad había de no encontrar a la flota en Pearl Harbor?

Como habría sido imposible dar seguridad acerca de cada uno de esos puntos, Suzuki no aspiró a disipar los miedos crónicos de Nagumo. Se limitó a repetir lo que ya había dicho al estado mayor naval en Tokio: todas las circunstancias en este caso parecen favorables al contingente naval de ataque.

La única falla grave en el informe de Suzuki era la falta de datos precisos con relación a los portaaviones de los Estados Unidos. Genda y Fuchida lo habían interrogado prolijamente acerca de este punto, temiendo la posibilidad de que sus aviones no hallaran estos objetivos de primer orden el día del gran ataque. Suzuki no había podido darles seguridades.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, el *Akagi* bullía como una colmena con los oficiales que habían acudido a él de todos los barcos para asistir a una conferencia. Apretujados en el salón estaban todos los comandantes y la alta oficialidad del contingente naval y aéreo.

En medio de esa atmósfera cargada de expectación, Nagumo abrió la sesión con el anuncio de que su misión era la de atacar a Pearl Harbor. Se produjo una conmoción general y se oyeron murmullos en voz baja. Era la primera vez que revelaba abiertamente el verdadero objetivo de la escuadra. Aun cuando muchos de los presentes estaban ya en el secreto de la trama desde hacía meses, otros se hallaban completamente a oscuras; había algunos tan cándidos que creían haber salido a maniobras de adiestramiento.

El almirante les advirtió que todavía no era absolutamente seguro que se llevara a cabo el ataque. Si las negociaciones entre el Japón y los Estados Unidos tenían éxito, el contingente recibiría órdenes de regresar; pero si continuaban tan mal como iban, no les quedaba otro remedio que atacar. Sería arriesgado, pero también era de incalculable importancia para los planes de guerra del Japón, y cada uno de ellos debería hacer todo lo humanamente posible para que tuviera éxito.

El jefe de estado mayor describió luego a grandes rasgos la operación y en seguida su segundo habló de las precauciones que se debían tomar y del cometido de cada barco durante el peligroso viaje a Hawaii. De allí en adelante tomaron la palabra los aviadores: Genda habló casi una hora y en su discurso bosquejó los métodos que debían seguir para afrontar cualquier posible contingencia. Murata, Fuchida y otros continuaron la exposición.

Por la tarde, los jefes de vuelo de las dos proyectadas olas de ataque examinaron todas las fases posibles de la incursión, desde el principio hasta el fin. Siendo así que tanto ellos como sus tripulaciones eran todos candidatos a la muerte, no dejaron nada al azar.

La escuadra de ataque se hace a la mar

El 25 de noviembre Nagumo recibió el mensaje que tanto temía. Yamamoto le ordenaba hacer rumbo a Hawaii al día siguiente.

El primer ataque tendría lugar en la madrugada del día X (que se fijaría en orden posterior).

En caso de que se llegase a un acuerdo en las negociaciones con los Estados Unidos, la escuadra regresaría inmediatamente al Japón.

El fatídico viaje comenzó antes de rayar el alba del día 26 de noviembre. Envueltos en la bruma mañanera, como barcos fantasmas, las naves del gran contingente reunido para aquella misión especial se fueron deslizando de su fondeadero.

Los primeros días de navegación fueron apacibles. El tiempo era ideal: suave brisa, el cielo encapotado de nubes plomizas, suficiente bruma para disminuir la visibilidad. La velocidad de crucero se mantuvo entre los 12 y 13 nudos, al lento andar de los barcos tanques.

Para asegurarse del silencio de las radios se sellaron o se quitaron las llaves de trasmisión de los emisores y sólo se comunicaban los barcos entre sí por medio de señales con banderas o luces. Por las noches viajaban en completa oscuridad y usaban un sistema de señales con lámparas eléctricas especiales que emitían un destello muy tenue. A bordo de los buques aljibes se hacía todo lo posible por reducir el gran volumen de humo negro que generalmente despiden esa clase de barcos.

Ninguna de estas medidas de seguridad lograba disipar la angustiosa expectativa que comenzó a atormentar a Nagumo casi desde el mismo momento de la salida. Sobre sus hombros pesaba una responsabilidad que pocos comandantes navales han soportado jamás. Ese contingente con tan numerosos portaaviones sólo podría salir triunfante logrando una sorpresa total... y él no podía desechar el temor de estar constantemente vigilado por los submarinos norteamericanos. Le preocupaba, además, la posibilidad de no recibir el mensaje en caso de que tuvieran éxito las negociaciones diplomáticas y en Tokio resolvieran desistir del ataque.

Pero ni la ansiedad del comandante ni el ambiente de nerviosidad que los rodeaba hacían flaquear el ánimo de los despreocupados pilotos y sus tripulaciones. Acostumbrados a los diarios peligros de su azarosa profesión, y fortificados por la lealtad casi fanática a su patria y a su Emperador, descansaban tranquilos por las noches tomando sake y jugando al *go* y al *shogi*, sus pasatiempos predilectos. De día continuaban su programa de adiestramiento con celo infatigable. Los pilotos de los torpederos y los de los bombarderos, especialmente, estudiaban las maquetas de las islas de Oahú y Ford, hasta conocer al dedillo todo detalle, todo contorno de la costa, y se embebían en el examen de los pequeños modelos de buques de guerra norteamericanos hasta poder indentificarlos a primera vista.

A bordo del *Soryu* un suboficial llamado Noboru Kanai, que tenía fama de ser el mejor bombardero de la armada japonesa, despertaba la admiración de todos por su consagración a la labor que tenía entre manos. No se quitaba la chaqueta de aviador a ninguna hora y todos los días, mañana y tarde, subía a su avión en el hangar y no se can-

saba de ensayar sus procedimientos de lanzar bombas. Indudablemente esa constancia le dio los resultados apetecidos, pues más tarde se apuntó a su favor un blanco perfecto sobre el *Arizona* durante el ataque.

Mientras la Primera Flota Aeronaval, de cuya existencia ni siquiera se tenía noticia, descendía inexorablemente sobre su presa desde el norte, si algunos ojos miraban al Pacífico lo hacían hacia el sur, pues era en el sur donde los convoyes japoneses se habían puesto abiertamente en movimiento, y la prensa de los Estados Unidos teorizaba bonachonamente sobre los sectores que iban a quedar amenazados. "Roosevelt recibe a los enviados de Tokio mientras las tropas japonesas se agrupan en Indochina", informaba el *Times* de Nueva York el 28 de noviembre de 1941. "Puede tratarse de una invasión a Tailandia".

Otra maniobra astuta fue la salida del *Tatuta Maru* de Yokohama el 2 de diciembre. Era éste el tercer barco japonés de pasajeros que había recibido permiso de viajar a los Estados Unidos y, como su aparente misión "de canjear evacuados norteamericanos del Oriente por súbditos japoneses que estaban en los Estados Unidos" era muy admisible, se le dio gran publicidad en la prensa de este último país. La nave debía llegar a Nueva York el 14 de diciembre, y el 3 de ese mismo mes un despacho del corresponsal del *Times* en Tokio decía a su periódico: "...En cuanto al Japón se refiere, parece que nada va a ocurrir por ahora".

El engaño se hizo patente después del 7 de diciembre, cuando el *Tatuta Maru* viró en redondo y regresó al Japón.

"¡Disfruta de tu sueño de paz!"

El sétimo día de navegación la escuadra de ataque recibió instrucciones por radio del Japón que desvanecieron por lo menos una de las inquietudes de Nagumo. Ocurrió esto el primero de diciembre, al este de la línea horaria internacional (2 de diciembre en el Japón, el mismo día en que el *Tatuta Maru* comenzaba su engañoso viaje). El despacho decía "Subid al monte Niitaka", que era la clave acordada para anunciar que habían fracasado las negociaciones diplomáticas y que la guerra era segura. Por primera vez comunicaron la fecha del ataque: el 7 de diciembre.

La flota acababa de salir de las aguas peligrosas que bordean por el norte la base norteamericana de Midway, en cuyo trayecto había aumentado la tensión nerviosa debido a la inminente posibilidad de ser descubierta por algún barco o avión norteamericano. Milagrosamente había escapado de esa amenaza y ahora todo el mundo a bordo se preparaba al combate con tranquilidad y alegría contenida. Entretanto, el embajador Nomura y el enviado especial Saburo Kurusu recibían instrucciones de continuar las conversaciones de paz en Washington, negociaciones que, ilumina-

das por los reflectores de la publicidad, deberían absorber la atención expectante de los Estados Unidos durante varios días.

El 6 de diciembre todos los barcos llenaron hasta rebosar sus depósitos de combustible, y los aljibes (con excepción de tres que ya habían regresado) se despacharon a un lugar donde se reunirían con las demás unidades después del ataque. A eso del mediodía las tripulaciones se congregaron sobre cubierta para escuchar la lectura del edicto de guerra del Emperador, que fue seguido por este mensaje de Yamamoto: "La suerte del Imperio depende de esta sola batalla. Espero que cada uno de vosotros ponga todo su empeño".

Los barcos viraron luego 180 grados rumbo al sur, para dar principio a la última jornada, a toda máquina, hacia el punto desde el cual debían lanzarse los aviones.

La escuadra estaba ya a una distancia de poco más de 800 kilómetros de su objetivo. Si la descubrían allí, en las propias puertas de la fortaleza enemiga, el desastre sería inevitable; las horas que siguieron fueron, pues, de ansiedad mortal. Pero, una vez más, la fortuna favoreció a los audaces. No toparon con ninguna patrulla norteamericana, y finalmente la oscuridad vino a sosegar los ánimos. Durante las horas que aún faltaban viajarían protegidos por el manto de la noche.

Poco antes de las 12, Tokio trasmitió un comunicado acerca de la situación en Hawaii, mensaje que Genda y Fuchida esperaban ansiosamente: no se habían puesto todavía barreras de globos cautivos que impidieran las maniobras de los aviones (aunque hacía poco se habían enviado los globos a la isla). Tampoco se sabía que hubiera redes contra torpedos para proteger los barcos de guerra. Buenas noticias, en verdad, pues a los japoneses los había desvelado el problema de traspasar esas fuertes mallas de acero.

Uno de los últimos mensajes de Tokio, llegado en las horas que precedieron al ataque, informaba



Rumbo a Pearl Harbor
La flota japonesa navegó casi 6000 kilómetros por el Pacífico sin ser descubierta. De izquierda a derecha: los acorazados Hiei *y* Kirishima, *y el portaaviones* Shokaku.

PIRILLO PUBLICIDAD

todo el mundo es de CINZANO

EL VERMOUTH
QUE CONQUISTO
AL MUNDO

CINZANO
VERMOUTH
FRANCESCO CINZANO
TORINO

CALIDAD
QUE
RINDE

CASA FUNDADA EN TURIN EN 1757

que ninguno de los portaaviones norteamericanos se hallaba en Pearl Harbor; que había anclados nueve acorazados, siete cruceros y 19 destructores. El despacho también daba parte de las condiciones atmosféricas en los alrededores de Oahú... cosa innecesaria, pues los mismos norteamericanos se encargaban de suministrar gratuitamente esta información cada hora.



Últimas instrucciones
Los pilotos reciben las órdenes finales antes de hacer rumbo a Oahú

En el Japón, toda la jerarquía naval tenía fijos los ojos en Pearl Harbor. "Hawaii, tú caerás en la trampa como una rata", escribió en su diario el almirante Matome Ugaki, jefe de estado mayor de Yamamoto. "Disfruta de tu sueño de paz... siquiera un día más". Y en seguida, incapaz de contener la emoción, añadía: "¡Qué cosa tan impresionante es jugar así la suerte de una nación!"

En la semioscuridad del amanecer del 7 de diciembre, el almirante Nagumo tuvo la satisfacción de descargarse de la responsabilidad de aquel lance.

—He traído el contingente naval sin contratiempo alguno hasta el punto de ataque —dijo a Genda—. De aquí en adelante la carga descansará sobre sus hombros.

Con estas palabras cambiaba la antigua estrategia, que cedía el paso a la nueva era de la aviación.

"¡Tora, Tora, Tora!"

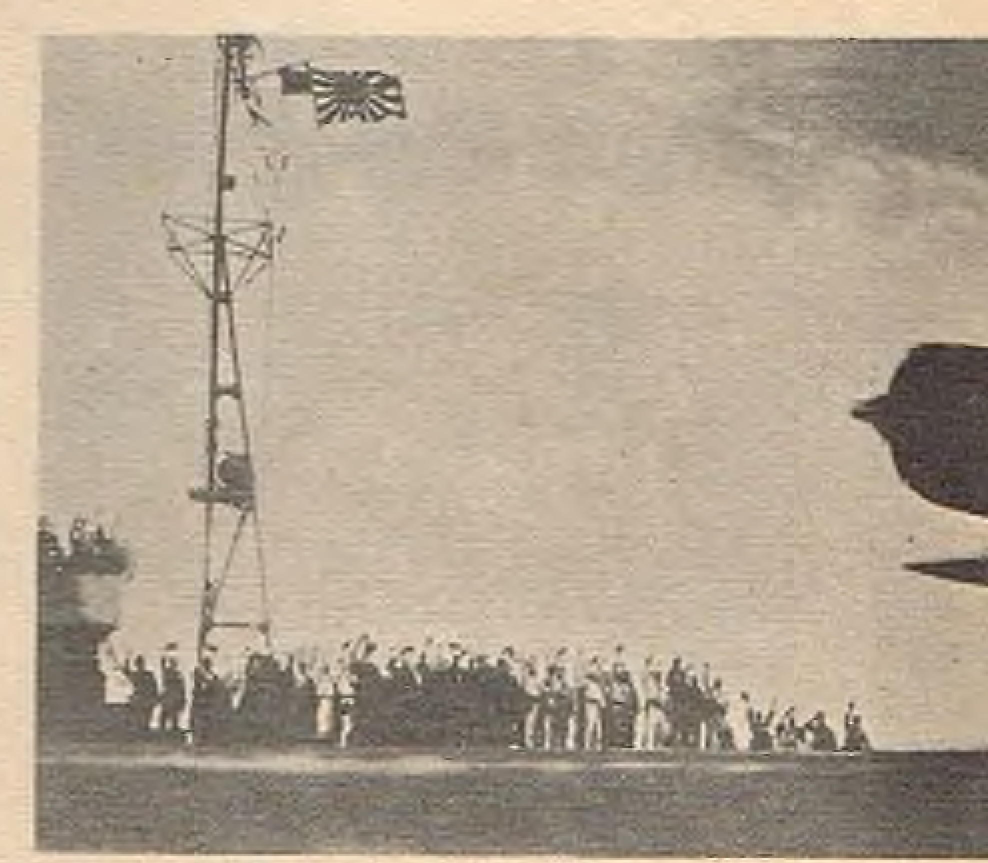
A LAS 5:30 de la mañana dos hidroaviones de largo alcance, enviados adelante como batidores, fueron lanzados por sendas catapultas desde las cubiertas de los cruceros pesados *Chikuma* y *Tone*. Tan siniestras palomas iban a volar sobre Oahú y el fondeadero de Lahaina, a corta distancia de la isla de Mauí, a fin de efectuar un reconocimiento de última hora sobre la flota norteamericana. Al ser descubiertos, pondrían sin duda sobre aviso al enemigo. Pero este era un riesgo calculado, que se justificaba por la urgente necesidad de información inequívoca.

Los pilotos se habían levantado antes de las tres de la mañana. Algunos, demasiado excitados para poder dormir, habían pasado la noche en vela escribiendo cartas de despedida a sus hogares o asentando en sus diarios sus últimos adioses. Tan pronto como terminaron el desayuno se congregaron en la sala de conferencias de cada portaaviones a escuchar una vibrante arenga final.

A bordo del *Hiryu*, el piloto de torpedero Haite Matsumura puso una nota de buen humor en el ambiente adusto y grave que allí reinaba. En el Japón la gente usa con frecuencia en el invierno un *masuku*, especie de mascarilla como las de los cirujanos para prevenirse contra los microbios del catarro. Matsumura no se había quitado el *masuku* desde que salieron de la bahía de Hitokappu, ni siquiera para comer, prefiriendo llevarse los alimentos a la boca por debajo de él. Decía que no quería pescar a última hora un resfriado que lo privara de participar en el ataque. Aquella mañana Matsumura se presentó en la reunión sin el *masuku*... pero con un hirsuto bigote negro que había estado cultivando en secreto. Esto dio origen a muchas pullas, ya que los oficiales jóvenes de la Marina japonesa no acostumbran a dejarse crecer pelos en la cara. "Estabas mejor con la mascarilla", le decían sus colegas.

A las 5:30 los seis portaaviones, que estaban ya a unos 300 kilómetros al norte de Oahú, hicieron rumbo al este y, para contrarrestar durante el lanzamiento los efectos del viento que soplaba en contra, aumentaron la velocidad a 24 nudos. Aunque la mar estaba muy picada y los grandes barcos cabeceaban violentamente, bañándose las cubiertas con la fina llovizna que soltaban las olas al romper, el despegue de los aviones era aún posible, y en los portaaviones se izó la bandera de combate.

Palpitantes de emoción, las tripulaciones prepararon las pistas y se dispusieron a dar la señal de salida a la primera oleada de "águilas niponas". Cada tripulante antes de subir a su aparato se ató sobre el casco de cuero un *hachimaki*: un pañuelo largo y angosto con el que se envolvían la cabeza los antiguos samurais antes de entrar en batalla. En cada *hachimaki* que se pusieron



"¡Banzai, Banzai, Banzai!"
La marinería despide a la primera unidad que despega hacia Pearl Harbor

los aviadores estaba escrita la palabra: *Hissho* (Victoria segura).

Todo el lanzamiento se llevó a cabo con tranquilidad y rapidez. La primera ola estaba formada por 43 aviones de caza, 49 bombarderos de gran altura, 51 bombarderos en picado y 40 torpederos. Al cabo de 15 minutos de elevarse el primer avión, los 183 aparatos estaban en el aire; era el lanzamiento más rápido jamás logrado. En los simulacros practicados en Kyushu, con tiempo

excelente, habían tardado 40 minutos en promedio. Desde la salida de la bahía de Hitokappu, el promedio se había reducido a 20 minutos; ya frente a Oahú, hasta esta marca se mejoraba... con solo dos bajas que lamentar. Una de ellas, un avión bombardero de altura que sufrió una avería en el motor; y la otra, uno de caza que se precipitó en el mar al despegar de la bamboleante cubierta del *Hiryu*.

A una señal de Fuchida, que encabezaba el propio grupo de bombarderos de altura en fila a través de la proa del *Akagi*, pusiéronse los demás en formación de vuelo y enderezaron el rumbo hacia Oahú y Pearl Harbor. Detrás de ellos saldría otra oleada tan pronto como las tripulaciones de cubierta lograran subir los aviones restantes a las cubiertas de despegue. Iban a participar en el ataque un total de 353 aviones, la concentración aeronaval más poderosa que se había visto hasta entonces.

El sol naciente del Japón Imperial jamás se había encumbrado tanto en los cielos, y todos lo tenían muy presente. Sobre las cubiertas la marinería, algunos con lágrimas en los ojos, aclamaba y despedía a los aviadores batiendo las gorras en el aire hasta verlos desaparecer como puntitos en el horizonte. En el puente, Genda se sentía también conmovido de orgullo. Con el eco de los *¡Banzai!* todavía repercutiéndole en los oídos, dirigióse al puente de mando del *Akagi* a esperar el primer mensaje que Fuchida debía enviarle cuando llegara sobre el objetivo.

Desplegados a todo lo ancho del Pacífico, los comandantes de la Segunda, Tercera, Cuarta y Quinta flotas japonesas esperaban también ese mensaje que sería para ellos la señal de lanzarse al ataque en doce frentes distintos. Y en la patria distante lo aguardaba Yamamoto, y lo esperaban con nerviosa aprensión los altos jefes del estado mayor de la Marina reunidos en el Club Naval de Tokio.

La primera información llegó cuando uno de los dos hidroaviones exploradores dio el parte de sus hallazgos a los atacantes: los barcos de los Estados Unidos estaban todavía en Pearl Harbor... no había indicios de que estuvieran precavidos.

Exactamente a las 7:49 crepitaron las ondas sonoras en los receptores con el mensaje de Fuchida, enviado desde los cielos de Hawaii: "*¡To-To-To!*"

Era la primera sílaba de la palabra japonesa "carga" y significaba que la primera ola estaba atacando en ese momento. Pero no decía nada de las circunstancias del ataque.

Pocos minutos después, en otro despacho, Fuchida tranquilizaba a sus impacientes superiores del *Akagi* y de Tokio con estas palabras: "*¡Tora, Tora, Tora!*" (Tigre, Tigre, Tigre). Era la clave convenida para comunicarles la noticia de que se había producido una sorpresa completa.

(*Continuará el mes entrante*)



"Naturalmente... Evanol"

Porque la mujer moderna —que necesita vivir plenamente todos sus días— encuentra en EVANOL rápido y prolongado alivio para los malestares y el decaimiento de **antes** y **durante esos días.** EVANOL calma eficazmente, afloja la tensión y levanta el ánimo. Y hace todo muy **naturalmente** porque ha sido creado **especialmente** para la mujer. Por qué no tenerlo cerca suyo la próxima vez?

Evanol

Evanol

EL CALMANTE FEMENIN

